Llámenme Miguel



Wakaisiki

EDIQUID

Llámenme Miguel

Wakaisiki
(Rafael Aldás Erazo)

EDIQUID

LLÁMENME MIGUEL
© Wakaisiki (Rafael Aldás Erazo)

Editado por: Corporación Ígneo, S.A.C.
para su sello editorial Ediquid
José Olaya 169, Ofic. 504, Miraflores. Lima, Perú
Primera edición, diciembre, 2023

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-09964

www.grupoigneo.com
Correo electrónico: contacto@grupoigneo.com
Facebook: Grupo Ígneo | X: @editorialigneo | Instagram: @grupoigneo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por leyes de ámbito nacional e internacional, que establecen penas de prisión o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Colección: Nuevas Voces

Primera parte

Capítulo 1

Llámenme Miguel. Hace unos años —no importa cuántos exactamente— teniendo poco o ningún apoyo de mis padres, decidí librar —así como el arcángel en los postreros tiempos— la batalla final asumiendo plenamente mi homosexualidad. Y a su semejanza, yo también he encadenado al demonio y lo he vencido.

Todo comenzó en el mismo instante en el que tuve plena conciencia de que no era uno más del montón. «Como todos los maricones», diría Leonardo. Puede que tenga razón. Ya desde niño me daba cuenta de que disfrutaba mucho más con mis amiguitos que con mis amigas y a ellos los consideraba más atractivos. Sin embargo, callaba y aparentaba que seguía siendo *normal*.

Todo iba bastante bien hasta que vi al actor de una película que proyectaron en la sala de cine, quien hizo que todo se trastornara: no, no debía tener esa sensación de mariposas en el estómago —«Eres tan cursi», el mismo Leonardo— ni tampoco esa erección. ¿Qué me estaba pasando?

Cuando pasó lo de la película yo tendría unos doce o trece años y entraba recién al colegio. Si alguien sabe lo difícil que es entrar a la pubertad, es un chico homosexual que ve cómo sus amistades masculinas cambian sus cuerpos infantiles por los estilizados rasgos viriles de la juventud. Entonces, era habitual que muchos comenzáramos a preguntarnos si ya habíamos hecho *cosas* con alguna chica o si nos habían crecido pelitos en tal o cual lugar. «Yo a una *man* le hice en su casa». «A mí me lo mamaron». «Yo le cogí las tetas».

En retrospectiva, muchas eran mentiras y exageraciones, como cuando alguien dijo que, en el coito, había sentido cómo ella se rompía ante el paso de su miembro, pero todos le creímos. Obvio, yo también mentía en muchas de mis declaraciones, no solo en lo *qué* hacía —que no hacía nada—, sino con *quién*.

Tampoco podía decirlo, y menos de manera tan abierta.

Para mí, la pubertad fue una mezcla de alegría extrema con cambios de humor, acné y la sensación de culpa cada vez que tenía un sueño erótico: «Diosito, no me lleves al Infierno».

No considero que sea oportuno dar el nombre del colegio donde estudié, porque ni quiero darle fama de «tolerante» —bastante difícil se me ha hecho estar ahí— ni tampoco quiero que piensen que es el único colegio donde se destila intolerancia u homofobia. La misma sociedad es así y más cuando ponen a Dios de por medio: «Tengan cuidado de Satanás, niños, que en esta edad es muy fácil caer en la tentación con las personas equivocadas», había dicho el Padre en el último sermón. No lo recuerdo bien, pero creo que era el mismo que, cuando daba clases de religión, nos pedía dinero para comprar biblias y enviarlas a Cuba: «Allá no pueden tener dos o tres televisiones como ustedes, son gente muy pobre». Tal vez más pobre era yo, que me sentía tan solo cuando lloraba al ver que mis amigos me gustaban, y las niñas no.

Mi colegio era como cualquier otro, si bien las instalaciones eran amplias, y se enfocaban

mucho en el aprendizaje, algo que me serviría, creía yo, cuando llegara a la Universidad. «Tienes que ser alguien en la vida», decía papá. «Debes tener una profesión digna que te dé lo suficiente para vivir y ahorrar». Es verdad, aunque eso de ser *alguien* no sé muy bien qué signifique —porque ahora soy alguien, ¿o no?—. Lastimosamente, nadie te toma en cuenta hasta que tengas un título, dinero y puedas pagar impuestos o al médico que te controla la presión.

«Siempre tienes cosas que decir, siempre tienes cosas que pensar», lo dijo Leonardo, quien también aseguraba que conversar conmigo era como conversar con alguien de cincuenta años.

No era mi intención aburrir a nadie. Divagaba y pensaba mucho. Sí, podía parecer mayor, pero también hacía cosas acordes con mi edad como reír, jugar fútbol o dejarme llevar por la libido…

* * *

Aquella ocasión había salido temprano —es lo que se acostumbraba en época de exámenes— y llegué antes que todos a casa. Papá, si no recuerdo mal, se encontraba en un viaje de negocios; mamá había salido y mi hermano estaba en el cine con sus compañeros y su novia. Aunque parezca tonto, me gustaba esa soledad, porque me daba la libertad de poder hacer lo que quisiera, si bien mis planes no iban más allá de escuchar música en alto volumen, bailar solo o darme un baño de tina… «¡Soy un cajón de diversión!», pensaba con ironía.

Para el mediodía, la tina estaba lista y yo, en toalla, decidí poner en la computadora una *playlist* de YouTube. «El diablo es puerco», dicen por ahí y es verdad. Sentado frente al monitor, decidí satisfacerme y entré a una página pornográfica que era de mi agrado. La pornografía gay es bastante surtida —supongo que en general es así—: personas en cuero, transexuales, adultos con jóvenes, adultos entre ellos —algunos bastante velludos— y jóvenes con jóvenes, de lo cual disfrutaba de manera particular.

Un psicólogo podrá analizarlo mejor, pero para mí, la pornografía *twink* —sobre todo con disfraces de colegiales— me llevaba a algo más que a la masturbación, pues mis fantasías involucraban a dos chicos *como yo* que, libremente, podían estar juntos y amarse —de una manera bastante gráfica y en ocasiones, sobreactuada—, pero con esa libertad de la cual no podía disfrutar. Sí, es verdad, no son colegiales ni tampoco una pareja sentimental, pero el hecho de que se involucren en un aula de clases y que luego decidan estar juntos —algo que me estaba vetado—, me llevaba a niveles supraorgásmicos en los cuales mis propias fantasías se mezclaban con lo que veía en ese momento.

Ese día, la película me pareció muy erótica, por lo que, mientras ejercía mi autosatisfacción, ni siquiera había escuchado la puerta de abajo abrirse y a mi hermano entrar. No sé si fue Dios, o la vida, o el destino, pero esa ocasión —luego lo haría todas las veces que entraba, por si acaso— mi hermano preguntó quién estaba en casa. Su grito me asustó sobremanera y lo único que pude hacer fue correr hacia el baño y cerrar la puerta tras de mí.

—¡Me estoy bañando!

Con el apuro, apenas había cerrado la pantalla de navegación y olvidé borrar los archivos del historial. Para cuando salí, después de al menos treinta minutos, el computador se encontraba apagado y mi hermano me llamó a su habitación.

Entré en ropa interior, cubierto apenas por la toalla. Simón, haciendo uso de sus dotes histriónicas, me preguntó cómo me fue en el colegio y me contó cómo era estar en la universidad. Dijo que había llegado temprano para también darse un baño de tina. Le dije que el

agua estaba exquisita.

—¿No dejaste manchado el baño?

—¿Perdón?

—Digo, por lo que estabas viendo antes de entrar a la ducha…

Un sudor frío me recorrió la espalda y bajé la mirada, avergonzado. «Me di un baño de tina», enfaticé mientras me disponía a irme. «Aguanta». Se me acercó y rodeó mi cuello con su brazo. «Solo ten cuidado, enano —me decía "enano" por costumbre, porque era algo más bajo que yo —, si en mi lugar venían mis papás, la historia hubiera sido otra». Tenía razón, mis papás hubieran reaccionado muy diferente, y lo comprobé mucho después. «Ya borré el historial y todo lo demás», terminó diciendo, haciendo una mueca de desagrado.

Ya en mi habitación, me acosté en mi cama. «Al menos fue mi hermano, mis papás me mataban», me dije antes de ponerme los audífonos y perderme en el Spotify.

* * *

Llovía, lo recuerdo bien. No era un aguacero, pero las gotas caían sobre mí mientras caminaba con desgano a la casa. Un par de semanas atrás había conocido, por chat, a Francisco, un chico de mi edad que estudiaba en otro colegio. Habíamos quedado en vernos en un centro comercial —tenía mucho miedo de que se tratase de otra persona o de esos viejos que se llevan a la cama, por voluntad propia o a la fuerza, a muchachitos como yo— y conversamos de manera amigable. Mientras comíamos un helado —que él invitó—, en una de las mesas esquineras del local, me preguntó qué tanto había hecho y qué tanto me había gustado.

Sonreí. Inventé una historia en la cual había perdido la virginidad con un primo, aprovechando que mi tío se encontraba de viaje. «¿Dolió?». «Sí, más o menos», dije, aparentando experiencia. «A mí sí me dolió *full*, por eso yo no dejo que me metan nada por ahí», dijo a la par que reía de forma muy aparatosa, mientras yo tenía mucha vergüenza de confesarle que no había tenido relaciones sexuales de ningún tipo.

Ese día en particular, el de la lluvia, habíamos quedado en ir a su casa. «¿Tus papás no dirán nada?». «Están divorciados y mi mamá trabaja hasta de noche». «Mis papás también, o sea, no es que estén divorciados, solo que trabajan hasta de noche». Tan tontos mis comentarios. Sonrió más por compromiso que con sinceridad.

Llegamos a eso de las dos de la tarde, con bastante hambre y sin saber a qué atenerme. Para entonces, ya habíamos intercambiado un par de fotografías desnudos y hasta habíamos tenido una sesión de *sexcam* desde nuestros celulares, pero una cosa era a través de la pantalla —«¡Qué rico!, muero por estar contigo»— y otra muy diferente frente a frente, jadeantes, y yo, más que nada, nervioso.

Me hizo pasar. Antes de entrar, escribí a Victoria un mensaje diciendo que estaba en la casa de Francisco, en tal y tal calle. «Ok». Y se dice mi mejor amiga, pero si no le enviaba nada, me hubiera gritado: «¿Sabes lo que les pasa a las personas que van a habitaciones de desconocidos?, ¿y si te despertabas en una tina con hielo?».

Subimos a su habitación y, muy educado, me ofreció galletas y un vaso de gaseosa, el cual no terminé de tomar porque enseguida me besó. No fue mi primer beso —ese honor le correspondió a una amiguita que tuve en la escuela, quien me decía que yo era su esposo y como tal, tenía que besarla—, ni siquiera con un hombre —no recuerdo ahora cómo fue, solo que estábamos jugando

cartas y él se acercó, yo me asusté y salí corriendo—, pero sí puedo decir que el beso con Francisco fue el primero con el cual sentí algo. Ese algo que no sé cómo explicar. A veces aún cierro los ojos y siento lo carnoso de sus labios, el olor de su perfume y ese roce que hicieron los escasísimos vellos de su barba cuando comenzó a besarme el cuello.

Íbamos a hacerlo. Esta vez era real y yo no estaba todavía listo. ¿Qué debía hacer? Para Francisco, yo ya había tenido sexo, así que debía tener experticia para desenvolverme bien, pero no la tenía. No, no había besado a nadie de manera tan apasionada ni había sentido sus labios en mis pezones o una caricia en mis nalgas. ¿Lo estaré haciendo bien?, ¿le gustará? Tantos pensamientos habían mermado en la turgencia de mi falo.

—¿Estás bien?

Sí, sí lo estaba, comencé a besarlo y me quité la camiseta. Mi miembro recobró su fuerza. Él sonrió y se colocó boca arriba, desabotonándose el pantalón. ¿Y si olía mal? Él, cerrados los ojos, esperaba que yo hiciera algo. ¿Y si dolía? Comencé a besarlo por encima de su ropa interior y sentía su palpitación sobre mis labios. En realidad, yo lo estaba disfrutando, pero tenía miedo de que él hiciera algo para lo cual yo no estaba preparado.

No tenía ni mal olor ni mal sabor y Francisco lo disfrutaba. «Ahora me toca a mí», dijo riendo, mientras me bajaba la ropa interior y colocaba su cabeza entre mis piernas. Ante mi ahogado grito, se detuvo. Con un gesto de mi cabeza le pedí que continuara, que sentía placer. Adiviné que poco a poco se desabotonaba la camisa mientras besaba la cara interna de mis muslos, mis pantorrillas y mis pies. Di un grito de dolor cuando sentí que presionaba con su pene mi parte de atrás.

—No, porfa.

—No te va a doler, tú mismo dijiste.

¡Claro que dolía!, sobre todo porque no hubo juego previo en esa zona. A su segundo intento sentí un corrientazo de dolor en mi pelvis y, aprovechando la fortaleza de mis piernas de futbolista, lo empujé lejos. Apenas tuvo tiempo de levantarse para impedir que me volviera a vestir mientras, sin querer, un par de lagrimones amenazaban con salir de mis ojos.

—Perdóname, ¿fue muy duro?

No contesté. Moría de la vergüenza, si bien ahí atrás palpitaba. «No, no es nada», le dije. «Me asustaste, pensé que te había hecho daño», me dijo mientras ponía saliva en su glande y se recostaba encima. «Esta vez lo voy a hacer despacito». «No, no quiero, para», le pedí sin mayor respuesta. «¡Para!».

Se quedó impávido, en sus ojos adiviné primero asombro y luego ira. En ese momento yo tampoco me sentía bien. «¿No sabes qué significa cuando digo “no”?», le pregunté mientras lo empujaba lejos, con repulsión. Enseguida me arrepentí. Quise decirle que no me sentía seguro de la penetración y que podíamos continuar con otro poco más de sexo oral y tal vez intentarlo de nuevo, pero no tuve otra opción que vestirme cuando él dijo, de manera cortante: «¡Lárgate!».

Ofendido, salí sin despedirme. Antes de cruzar la puerta regresé donde él: que no se ponga así, que si gusta lo intentemos, que no estaba preparado pero que podíamos hacerlo, que le había mentido y no había tenido relaciones sexuales nunca. «¡Lárgate, te dije!», gritó antes de decirle una sola palabra. Sin más que decir, giré sobre mis talones y salí del departamento.

La lluvia me empapó el calentador. Mis zapatos hacían un sonido particular al salir el agua cada vez que los pisaba. Culpable, le escribí diciéndole que lo sentía de verdad, que esperaba que nos siguiéramos viendo y que la próxima vez iba a ser más rico; sin obtener respuesta alguna.

Para cuando llegué a casa estaba empapado. La mochila, a buen recaudo debajo de la chompa

de mi calentador, apenas tenía algo de humedad. Decidí tomar una ducha caliente antes de ponerme a hacer los deberes. Simón me recibió asombrado. «Por suerte mi mamá no está, si no te hacía trapear todo el reguero que hiciste hasta el baño». No lo escuchaba, solo percibía el agua caliente sobre mi cuerpo, y al final, comencé a llorar.

Me sentía débil, impotente, me sentía raro. Todos los chicos a mi edad deseaban tener sexo y yo lo había rechazado. Sí, tal vez Francisco actuó mal, pero yo lo había dejado con una dolorosa erección. La verdad, en ese momento tampoco me agradaba mucho la idea de penetrar a alguien: ¿y si me ensuciaba? No sé si era porque de verdad me sentía mal o porque necesitaba hacer catarsis, pero el llanto aligeró mi carga y, más tranquilo, salí a mi habitación, donde se encontraba mi hermano, sentado sobre mi cama, mirándome con un rostro pétreo.

—¿Me puedes explicar esto?

Noté que su mano izquierda hacía puño sobre su muslo, mientras que en la otra me enseñaba mi celular. «¡No tienes derecho a revisar mis cosas!», le dije. Me explicó que había tomado todo lo que dejé en la cocina y que lo poco que estaba seco, lo había subido a mi habitación. Dentro de la mochila comenzó a escuchar que llegaban algunos mensajes y pensó, según él, que algo malo podía haber pasado. Con esa finalidad tomó mi celular y pudo ver, en la pantalla, que Francisco había escrito que no quería verme nunca más, que solo era un pobre mariconcito que no sabía nada de la vida y que me olvide de sus besos, de sus caricias y de todo lo que hicimos.

—¿Eres maricón?

No sé si lo que más me dolió fue el uso peyorativo del *maricón* o el asco escondido que se reflejaba en esa pregunta. La evadí al reclamarle que no tenía por qué revisar nada, que mis asuntos eran muy míos y que nadie debería estar indagando en mi vida, a menos que yo se lo pida —¿no era lo lógico?—. Simón permaneció en silencio y tomó aire. Maldita sea, se ponía rojo:

—No sabía que eras marica.

—Gay, es la palabra.

Yo tenía la razón. Para mí, *maricón* es el imbécil que golpea o asesina mujeres o el idiota que prefiere irse con su amante a la playa, mientras su esposa se encuentra en casa cuidando de sus hijos, pensando que se encuentra de viaje, no un chico que siente en el abrazo del otro, su llegada al cielo.

—¿O sea que sí eres gay?

Bajé la mirada y otra vez sentí un nudo en la garganta. ¿Y si le decía que no, que eso fue una confusión… o una etapa? ¿Si él me pegaba? Mucho más alto que yo, no era, pero sí más ancho y fuerte. Casos se han dado de que un homosexual fue abordado por otras personas y estas lo golpearon, lo torturaron o lo mataron. No merecía la muerte, no había hecho daño a nadie, ¿por qué debería atacarme si solo era homosexual?

Asentí.

Siguió respirando fuerte por unos segundos y se me acercó, en un movimiento que se me hizo amenazante, por lo que de forma intuitiva retrocedí y me puse en guardia.

Muchos meses después, Simón me diría que, en aquel momento, sentía culpa —«Tú pasando por tantas cosas, solito, sin nadie que te ayude o aconseje»—, así que, apartando mis brazos prestos a responder un golpe, me abrazó y me dijo que no me preocupara, que todo estaba bien. Sabía que aún lo estaba asimilando, pero al menos trató de darme tranquilidad. Fue suficiente para que yo llore un río. A pesar de que él lo niegue, sé que también lloró, porque con voz entrecortada me pidió que siempre confíe en él y que, aunque no lo entienda bien en ese

momento, yo era su hermano menor y les había prometido a nuestros padres que me cuidaría hasta el límite de sus fuerzas. «Gracias», balbuceé, mientras me sentía más tranquilo. «Te quiero mucho, ñañito», le dije y él me respondió que también me quería.

Luego de recobrar de nuevo la compostura y sonreír por un chiste estúpido —y bastante malo —, me pidió que me cuide de las personas con las cuales frecuentaba y me aconsejó:

—No creo que sea buena idea decirles aún a mis papis. Solo mantén la discreción.

Suspiró y antes de cruzar el umbral, me dijo:

—Y consíguete novios más guapos.

Esa noche dormí plácidamente, como no lo había hecho en mucho tiempo.

Capítulo 2

Conocí a Tomás el primer día de clases, al año y pico del incidente con Francisco. En el entretiempo, estuve con dos chicos, con uno solo chateé y con el otro, en una salida bastante agradable en la que fuimos con sus amigos de paseo a una cascada, como en un cuento de hadas, me besó debajo de la caída del agua.

Sí, soy muy cursi. Estúpido Leonardo.

De Francisco ya no volví a saber más. Esa noche le escribí pidiéndole disculpas y él respondió con un emoji de *thumb up*. A la mañana siguiente, su foto de perfil había desaparecido y ante un nuevo intento de mensaje, solo apareció un solitario *visto* gris en la pantalla: me había bloqueado.

No voy a mentir, eso me dejó dolido por mucho tiempo, aun cuando luego aparecieron esos dos chicos, gracias a quienes, en algo, recobré la confianza. Mi hermano, preocupado por lo que anduviera haciendo, siempre preguntaba de manera velada sobre si salía con alguien o indagaba un poco más sobre mi comportamiento sexual. «¿Quieres que te cuente con lujo de detalles?» —mentía—. «No, no, no… solo quiero saber si estás bien, nomás» —decía asustado—.

Sin embargo, sí que se pasaba de imprudente, en una fiesta que hizo con sus compañeros de universidad a la cual yo asistí un poco a regañadientes, al brindarme un vodka y presentarme a sus amigos les dijo: «El que esté como buitre sobre mi ñaño, se las verá conmigo». Del susto, tanto sus amigos como yo bebimos el contenido del vaso de un trago. Ni ellos sabían que yo era gay ni yo quería estarlo diciendo a los cuatro vientos.

Tiempo después, por boca del mismo Simón, supe que uno de sus amigos —bastante guapo, por cierto— había preguntado si en realidad yo era gay. «Sí», le había dicho mi hermano. «Lástima que sea quinceañero», le había respondido. «Sentí celos, de verdad. No me imaginaba que uno de mis amigos pudiera estar contigo y mucho menos llevarte a la cama». Luego de la confesión, su amigo dijo que era una broma lo de acostarse conmigo, pero que en realidad le parecía muy atractivo. «Y me lo dijo con toda la naturalidad del mundo. Yo ni sabía que él era gay como vos, enano». Al parecer, entre ellos no volvieron a topar el tema.

Retrotrayéndome a aquella fiesta, recuerdo que, si bien estuvo atento y cordial, no intentó nada —supongo que se mezclaron tanto su miedo a mi edad como a mi hermano—, ni siquiera un beso, que yo le hubiera correspondido con gusto. A lo mucho, lo que hizo fue decirme que me había arreglado bastante bien y que, si yo tenía pareja, debía sentirse muy orgulloso de lo guapo que soy.

Cuando Simón me contó lo de su amigo, él ocupó el papel protagónico en mis fantasías masturbatorias durante una larga temporada: me lo imaginaba sobre mí, tocando sus abultados bíceps y sintiendo la fuerza de sus piernas alrededor de mi cintura, pensaba en sus labios besando mi cuello y mi pecho, y mi lengua cruzando salvaje su abdomen; me imaginaba el tamaño y la fuerza de su erección. Desfallecía.

Pero cuando conocí a Tomás, nadie más ocupó mis pensamientos. Para muchos es ridícula la noción del *amor a primera vista*, pero si eso no era amor, ¿qué era?

Siendo un poco menos romántico, digamos que él me atrajo de inmediato y me ilusioné.

Entró con su mochila sobre el hombro, su uniforme bien planchado y visiblemente nervioso, acompañado del Padre Rector, quien nos lo presentó:

—El alumno Caballero ha venido a estudiar aquí. Su padre viaja mucho y casi nunca ha tenido

una escuela fija —cada vez que afirmaba una sentencia, regresaba a ver a Tomás para que lo confirme con la cabeza—, así que, durante esta temporada, que parece… y esperemos… sea muy larga, hagámosle sentir como en casa.

Cuando ya éramos novios, me confesó que nunca había estado en más de dos secundarias —incluyendo esta—, pero el cliché del alumno errante de colegio en colegio, le había dicho el Padre Rector, era más efectivo para generar empatía con los muchachos.

Tomás se presentó. Para mí, estaba rodeado de un halo luminoso y alrededor se escuchaba un coro celestial. Miento, lo que escuchaba era una canción, una canción que me parecía antiquísima y que la escuchaba siempre los domingos, cuando mi madre, en la tarde, nos ponía a todos a realizar el aseo.

—Esas canciones, mami…

Como lideresa de aquella brigada, ella tomaba el control asignando a cada uno una tarea y encargándose de la música.

—El día que te enamores de alguien, te vas a acordar de estas canciones y no de eso que bailas.

Y sí, escuché esa canción.

Durante su presentación, su voz, aunque melodiosa, se escuchaba algo delicada y sus gestos denotaban elegancia, si bien no era amanerado.

«Tiene sus palabras calor, y frío de invierno…».

Y mientras agradecía al Padre Rector y a nosotros por darle la bienvenida, uno de mis compañeros hizo un sonido que a todos hizo reír y que a mí me despertó de mi ensimismamiento y me causó molestia, así como a Tomás y a las autoridades: un grito de niña con el cual dejaba en claro que todos lo habían identificado como *mariquita*.

«Su piel es dura como el árbol que azota el viento…».

Miento de nuevo. Durante su presentación, mis compañeros solo intercambiaron miradas cómplices: sí, el nuevo era gay. Uno que otro hasta sonrió. Como objeto de *bullying* que era yo, recibí una palmada en el hombro que me trajo a la realidad, mientras escuchaba: «Al fin vas a tener novio, Migue». Yo no me inmuté. Veía a Tomás hablar y se me hacía ver a alguien que, en su perfección, era despreciado tanto como yo. Su sonrisa, sus gestos, su manera muy educada de pedirme permiso para poder pasar y la manera en la cual, aún con una notoria incomodidad, se sentaba en los asientos de atrás, valiente, estoico, sin importarle que los de su lado le fueran a hacer la vida imposible.

«Y así lo he conocido, y así me gusta a mí que sea…».

En realidad, no fue ese estoicismo lo que hizo acabar con el *bullying* que se inició apenas el Padre Rector salió del aula, sino que Tomás sabía defenderse bastante bien. Mientras tomábamos la gaseosa de aquella tarde, riéndonos por la pelea, nos confesó que practicaba *muay thai*: él no estaba ajeno a que sus modales y su lenguaje le hacían objetivo de cualquier *bully* amenazador que, al verlo delgado y pequeño —«Esto fue antes del estirón, ¿eh?, si yo era el más pequeño de la clase»—, quisiera aprovecharse de él y tildarlo de *nenita*, *enfermo* o, en el mejor de los casos, quitarle su colación. «Ya no quiero ir a la escuela», había dicho una vez, llorando, a su padre, quien lo fue a ver al colegio porque «se había caído de las gradas», cuando en realidad, uno de los niños le había partido el labio de uno, dos, cinco puñetazos. «No, Tomás, a los problemas se los mira de frente. Ya veremos qué solución tomar».

Llegó al *muay thai* por recomendación del chofer de su padre. Primero lo había querido inscribir en *capoeira* a pesar de la oposición de su madre quien, al verlo como pera de boxeo, prefirió cambiarlo de institución antes que enseñarle a pelear. «Allá donde vivía practicaba

cuatro veces a la semana. Mi padre me dijo que su chofer le había recomendado un arte marcial que no solo me ayudaría a defenderme, sino que aprendería a forjar mi carácter y a dejarme con un buen cuerpo… y con instructor privado». Mimado como era, prefirió la comodidad de un entrenamiento diario personalizado con el hermano del chofer, quien era el instructor. «Creo que por eso fue tan insistente con que entre a practicarlo, ya que tener de alumno al hijo del patrón siempre era una ventaja en el momento de mantener un empleo». Cuando tuvieron que mudarse, contactaron antes con una academia cercana a su nuevo hogar y él continuó con las clases, aunque estas, solo se dictaban dos veces a la semana.

Demostró sus habilidades tres semanas después de haber ingresado al curso. Para entonces, yo ya me había hecho su amigo, aunque no fue fácil, al menos para mí. Al inicio le temía, o más bien, temía fracasar en el intento de estar con él. Alguna pregunta tonta sobre la hora o el clima luego de saludarlo era lo usual. Cuando me sentía valiente, le mandaba un WhatsApp preguntando si ya había hecho los deberes, que cuáles nos habían mandado o cómo resolver una ecuación. De hecho, los mensajes me sirvieron para ganar confianza. Sin los nervios que me causaban su presencia física, al menos por el celular podíamos conversar un poco más. Sí, yo tenía un hermano mayor que estaba en primer año de la universidad. ¿En serio tenía una hermana pequeña?, debía ser la consentida de la casa. Sí, me gustaba mucho jugar *Play*, aunque el mío estaba dañado, y muchas gracias, sí aceptaba ir a su casa a jugar alguna vez, si quería yo llevaría mis juegos también.

En realidad, me gustaba. Algo que nunca podrán comprender los homofóbicos es el hecho de que los homosexuales tenemos sentimientos y no buscamos una compañía solo para ir a la cama —bueno, no siempre, *LOL*—: para mí, verlo llegar en uniforme de parada, y mucho más en calentador, se me antojaba glorioso. Como bicho raro que era —se lo dije siempre—, él estaba acostumbrado a cambiarse por una camiseta limpia la que había usado en Cultura Física —al contrario que nosotros, que manteníamos la misma camiseta sucia, sudada y maloliente hasta que llegábamos a casa—. Para evitar cualquier broma, se cambiaba en el baño, al cual entré una vez, por motivos fisiológicos, y donde lo descubrí con el torso desnudo, mostrando sus oblicuos cincelados y su figura esbelta con músculos bien marcados. Se notaba que el *muay thai* daba resultados. Esa tarde, al llegar a casa, mi mente realizó infinidad de fantasías, todas protagonizadas por Tomás, con las cuales me autosatisfice varias veces.

Un día de clases, se escuchó en el silencio del aula una notificación. El profesor, como había advertido, hizo que el dueño del teléfono se pusiera de pie y le pidió que leyera el mensaje. No lo hizo porque uno de mis compañeros, al ver que Tomás se estaba poniendo de pie, dijo en voz alta: «Debe ser Miguel Ángel, pidiéndole que se casen». El resto estalló en una sonora carcajada. Pensándolo bien, ahora celebro yo también el chiste porque gracias a él, Tomás y yo estrechamos nuestro vínculo. En ese momento solo agradecí que, ante la notoria falta de autoridad del docente, la broma no haya sido mucho más explícita y cruel, propia de un colegio de varones.

—¡Se me callan!, ¡se callan todos!

La voz del profesor apenas imponía respeto, mientras las carcajadas seguían. Viéndose herido en su autoridad y para no seguir torturando a Tomás, quien había enrojecido —no sé si de la ira o de la vergüenza, aunque pienso que fue lo primero—, lo hizo sentar y advirtió otra vez que el celular no debe ser usado en clases, so pena de arrebatárnoslo hasta el final del año escolar, para lo cual faltaba mucho.

Durante el recreo, mi compañero, con otros tres, comenzaron a hacer bromas estúpidas a Tomás, involucrándome en ocasiones: que quién hacía de mujer o si me había dejado sangrando,

que cuándo era la boda y que les daba miedo tocarlo porque les podía contagiar algo. Ambos nos mantuvimos en silencio y conservamos una calma que se rompió al entrar al curso, cuando de nuevo nos tildaron de maricones y Tomás, de un golpe en su mesa, les dijo que se callaran.

—¡Uy! Ha estado con el mes…

Resuelto a ponerle un final, aun manteniendo la compostura y las maneras, les dijo que si eran tan machitos, que los esperaba en el callejón para ver quién era el maricón.

El callejón no era otra cosa que una calle pequeña, adoquinada, siempre desértica, que servía de límite entre nuestro colegio y el resto de los domicilios cercanos. Cualquier cosa de importancia significativa lo involucraba: si alguien quería declarársele a una chica o, cuando menos, poder besarla y manosearse, si alguien quería fumar o darse de golpes, iban ahí.

Ahora bien, tomando en cuenta que el reto fue anunciado en las últimas horas de clase de un día bastante estresante, en un curso de adolescentes varones estudiantes de un colegio religioso, cuya única emoción colectiva era cuando se ganaba un campeonato de fútbol o de básquet, todos con algarabía celebraron el acontecimiento y estuvieron presurosos en llegar. Si no recuerdo mal, al que decíamos Canillita —por sus piernas de zancudo— estaba llevando las apuestas. «El nuevo está en contra dos a uno, ¿quién da más?». Hasta los alumnos de cursos inferiores, notificados por quién sabe, se adelantaron y tomaron lugar en las filas delanteras.

Era mi oportunidad, pensé de forma estúpida. Era el momento de tener el respeto de mi curso y, además, de caer en gracia con Tomás. Mientras todos se preparaban yo, que me encontraba en medio de la gente, salí al ruedo y me interpuse entre los dos:

—Compañeros —dije—, creo que esto se puede evitar. No vamos a meternos en problemas por algo que se puede resolver hablando. Lo que quiero decir es que podemos resolver nuestras diferencias de la manera más racional…

No dije más. Mientras decía mi discurso, me acerqué a Rafael y lo tomé del brazo: «No me toques, ojete» fue lo último que recuerdo antes de caer, producto del puñetazo en mi nariz. Después, Tomás se le abalanzó y demostró que las clases de artes marciales no solo le dieron un cuerpo bien esculpido. Rafael salió con un pómulo hinchado, la camiseta manchada de sangre y se estuvo agarrando sus costillas durante un buen tiempo. Tomás se me acercó después, para ver cómo estaba.

Para entonces, Victoria me estaba limpiando: «Pero si te dejaron hecho un Cristo». Si bien era común que ella me fuera a ver a la salida del colegio, porque su horario acababa antes que el mío, siempre lo acordábamos antes. Ella dice que sí lo habíamos hecho, pero yo no lo recuerdo, así como tampoco recuerdo cuando llegó. Nos dijo que había seguido a la muchedumbre hacia el callejón y que allí se abrió paso, demasiado tarde para evitar que yo hablara y cayera en ridículo —«Yo no sé qué pensabas hacer con eso, pero fue la idea más tonta que has tenido, Mickey»—. Luego, solo tuvo que sacar su pañuelo con encaje y el termo de agua de su mochila para limpiarme la cara y evitar que la sangre manchara mi uniforme.

Poco a poco, el resto se iban a sus casas —algunos corrían, para evitar que los deje el bus del recorrido—. Tomás agradeció mi valentía: «Lastimosamente, yo sabía que él no entendería sino con un buen golpe». Victoria lo había visto y estoy seguro de que quedó tan prendada de él como yo. Le sonrió apenas y le hizo notar que su labio sangraba.

—Ese imbécil me partió el labio.

En un gesto exagerado, dijo que Tomás era un héroe y que yo era valiente por afrontar las cosas sin uso de la violencia. No sé si por gusto propio o por quedar bien con él, ella nos invitó a una gaseosa antes de irnos a nuestras casas. «¿O tú coges recorrido?». «No, en realidad mi padre

paga el Uber». «Peluconcito el nuevo amigo, ¿cierto?». Yo sonreí y le secundé la broma. «Está de hacernos amigos del papá para que nos deje en Uber también». Él sonrió, avergonzado. En realidad, le había divertido su imprudencia. «Si quieres te adoptamos», me dijo. Victoria me tuvo que dar un codazo porque comencé a reír con gran nerviosismo.

—¿Pero sí me aceptas una Coca-Cola o solo tomas agua de manantial?

—No seas mala, Victoria. Claro que acepto. Me vendría bien algo dulce, de alguien tan dulce como tú —dijo él muy labioso.

—Vicky, solo dime Vicky —corrigió ella con una sonrisa boba.

Esta vez, el codazo se lo propiné yo.

Ya sentados en la tienda, con sendas botellas cada uno, nos confesó que gustaba de las artes marciales y que, además, jugaba fútbol, básquet y vóley. «Tengo algo así como ansiedad, entonces me toca estar ocupado haciendo cosas, para cansarme y poder dormir bien». Victoria le dijo que yo jugaba muy bien al fútbol y que nadaba. Agregué que me gustaba también jugar básquet, con ella. «Si quieres te invitamos a jugar un día de estos». «Claro, sí que me hacen falta amigos por aquí». La elegancia de sus gestos y el timbre de su voz en ocasiones se me antojaron muy femeninos y con Victoria cruzamos una mirada cómplice en el momento en que celebró, con especial entusiasmo, que nosotros gustásemos tanto del cine como él. Para el final del día, mientras chateábamos antes de dormir, Victoria reconoció su derrota y me dio una esperanza:

—Mickey, lee bien lo que digo: Tomás es gay y, si no estoy mal, creo que le gustas. Y eso a ti te resulta muy bien porque se te nota a leguas que babeas por el *man*. Y ya que no se te hizo con las mujeres, creo que sería bueno que intentes con él.

No he dicho que Victoria creía que yo era bisexual, no gay. En realidad, yo mismo se lo confesé así una vez, mientras estábamos en el parque sentados escuchando música. No lo sé, no me sentía del todo preparado para decirle a alguien, por primera vez, que yo era homosexual, y la mejor manera de abrirme a mi amiga fue decir que me gustaba «tanto el helado de vainilla, como el de chocolate». Tampoco he dicho que las veces que había establecido contacto con otros, incluyendo Francisco, a Victoria le dije que eran mujeres. Es decir, ella pensaba que Tomás era mi primer amor gay. No sé si lo piense aún.

En fin, su mensaje me puso en guardia e hizo que mi corazón tratara de salirse de mi pecho. ¿Y si no era gay y solo era afeminado? O si, en efecto, fuera gay, ¿le gustaría alguien como yo? Aún no sabía mucho sobre las diferentes categorías de gustos homosexuales, pero recordaba que a muchos chicos les gustan personas mayores, con independencia económica y un cuerpo atlético; otros, por su parte, prefieren hombres velludos, y muchos, adolescentes lampiños —como a mí —. Además, en el caso de que fuera gay y de que le gustaran jóvenes lampiños como yo, ¿quién aseguraba que yo le parecería atractivo? O peor aún, ¿y si tenía novio? Maldita sea, mi cabeza daba vueltas y no pretendía parar.

—Mira, Mickey, hagamos esto…

Victoria ideó un plan bastante decente: al día siguiente me acercaría a Tomás y lo invitaría al cine. Para evitar cualquier sospecha, le diría que Victoria quería ver una película —«Ya la vi, pero eso no importa, está buena»— y que había comprado los boletos. Si quería luego podíamos ir a dar una vuelta o ir a jugar bolos, por ahí cerca.

Me pareció excelente, aunque aparenté parquedad. «Sí, está bueno, pero solo porque Tomás me cayó bien, no es que me guste». «Claaaro, y yo nací ayer». «En serio… pero bueno, no pelees, mañana le digo».

No lo hice. Esa misma noche, poco después de haber chateado con Victoria, me llegó un

mensaje. «Oye, de verdad, gracias por lo de hoy. Vicky y tú se portaron muy bien. Me gusta tener nuevos amigos». «No, tranqui, a nosotros nos caíste muy bien también». «Oye, una pregunta: ¿Vicky está saliendo con alguien?». Mierda, ese dolor en el pecho producto del desamor. No solo era hetero, sino que, al parecer, le gustaba mi mejor amiga. «No creo, ¿por?». «No, por nada. Curiosidad». Maldita sea mi suerte. ¿Y ahora qué hago? Tenía dos opciones: o ser el buen amigo y preparar el camino para que salgan, sean novios, se casen y vivan juntos con cinco hijos y dos perros —sí, también soy dramático— o ser la arpía propia de una telenovela e impedir que estén juntos a como dé lugar.

«Si quieres, podemos salir este viernes».

No envié el mensaje. Lo borré y en su lugar le dije que me iba a dormir. «Ok. Buenas noches», me respondió mientras yo seguía con un nudo en la garganta y maldecía el día en el que me vinieron a gustar los hombres.

* * *

Contra todo lo previsto, lograr que Tomás saliera el viernes con Victoria y conmigo fue más difícil. En primer lugar, yo no dije nada sobre el cine por unos celos tontos que me dieron al pensar que Victoria le podría haber gustado a Tomás. En segundo lugar, la pelea había llegado a oídos de sus padres y lo habían castigado. No era para menos, Tomás se encontraba con el labio inferior hinchado —«por suerte ese imbécil no me rompió un *bracket*»— y, aunque no quiso admitirlo, parecía que su ojo se empezaba a amoratar.

Rafael, sin embargo, seguía siendo el más afectado, prueba de eso fue que evitó jugar fútbol durante una semana, porque le seguían doliendo las costillas. Por suerte para todos, ninguno de los religiosos supo de la pelea y, si lo hicieron, no dijeron nada tampoco: bien o mal, Tomás tenía la razón y así lo han de haber conversado durante alguno de los recreos, cuando el profesor de Física les contó el incidente con el celular.

«¿Te duele mucho?». «Sí, más o menos, más me dolió lo que me dijeron mis padres». Siempre me parecía gracioso, anacrónico, que les dijera *padres* cuando el común de nosotros les decía *papis*, *pas*, o inclusive, *viejos*.

«¿Te dijeron algo feo?». «No, pero no estoy acostumbrado a que me griten. Mi papá dijo que, si me volvía a meter en problemas, me sacaba de las clases de *muay thai*». Le dije que se tranquilizara, que no iba a pasar nada.

«Y a ti, ¿te pasa algo?».

Su pregunta me tomó desprevenido y, después de tartamudear, le aseguré que no. «Estás extraño. Diferente al de ayer». No me pasaba nada, de verdad, tal vez estaba preocupado por las consecuencias de la pelea. Me miró incrédulo y yo, en un fingido gesto de confianza, coloqué mi mano sobre su antebrazo. «De verdad, no pasa nada».

Pasaron junto a nosotros un grupo de chicos que nos miraron y se marcharon en silencio, supusimos que la fama de buen peleador de Tomás ya se estaba esparciendo y yo también iba a resultar beneficiado. Tomás, en el ring, ganó y mantuvo el respeto que yo solo conseguía en la cancha de fútbol.

A la salida, se despidió presuroso porque el Uber lo estaba esperando. Victoria, por su parte, con antelación me había avisado que iba a estar a las afueras del colegio. Entre ambos hubo un saludo a la distancia, cálido y amigable. Debía controlar mis celos, porque Victoria iba a ser, sin

querer, el blanco de toda mi ira. Se me acercó:

—¿Le dijiste a Tommy para ir al cine?

No, no le dije nada a Tommy, dile tú. Le gustas.

—No, sabes que estuvimos hablando de mil cosas, pero no me acordé de lo del viernes.

Me miró incrédula y suspiró.

—Está bien.

—Creo que le gustas —dije en voz baja.

—¿Qué?

—Que… creo que le gusta otra persona.

Le mentí que habíamos hablado hoy y que él me había preguntado si le podía presentar a una amiga. Ella se quedó petrificada, máxime cuando le dije que, si querían, podían salir juntos el viernes. Yo también me había dado cuenta de que le gustaba, y la verdad todavía no era lo suficientemente valiente para afrontar una relación con un chico. ¿Y si se enteraban mis papás?, ¿y si nos expulsaban del colegio?

—No seas tonto, Mickey. Aun cuando me pidiera que me case con él, le diría que no.

Mi mirada triste debió conmoverla. Ella dijo en tono de broma:

—Aunque si me pone chófer o me lleva en taxi a todos lados… tampoco voy a desaprovechar, ¿no?

Sonreí, un poco forzado y ella debió notarlo. Me pidió que le insista para ir al cine. Por muy castigado que estuviera, sus padres entenderían que él es nuevo en la ciudad y que es mejor que tenga nuevos amigos. Pero no. Al día siguiente divagué sobre cualquier cosa y me portaba cada vez más distante. Su pregunta por el celular solo había hecho que yo me mantuviera alejado de cualquier posibilidad de contacto. Ese día y los siguientes, me preguntó otra vez si me pasaba algo. Lo negué todo.

Victoria era mi mejor amiga por algo: me conocía más que yo mismo. En una estrategia bastante efectiva y previendo que yo me acobardaría, me esperó una tarde, sin avisarme. Cuando salimos la saludé asombrado y ella, abrazándome por la cintura, le dijo a Tomás:

—Tommy, el viernes queremos ir a ver una película. ¿Puedes ir?

La Providencia hizo que él no hubiera solicitado el taxi a tiempo, por lo que aún teníamos tiempo para conversar. Si bien ahora estoy agradecido, en aquel momento yo quería que lleguen uno, dos, diez taxis y no para llevarlo a él, sino a mí.

«¿No te dijo el Mickey? ¡Qué olvidón eres!». Y me pellizcó.

La falsa reprimenda hizo que él me dirigiera una mirada seria. No, en realidad no podía, estaba castigado y sus padres no le iban a dejar salir ni a la esquina por un mes. Que insistiera, de verdad, que ella hablaría con ellos y que luego le iba a felicitar por la capacidad de convencimiento que tenía, que la probara, no le iba a fallar. «¿Y tú quieres que vaya, Miguel?». La pregunta de Tomás nos tomó a mi amiga y a mí por sorpresa. Claro que quería que vaya, ¡quería que vaya y no se fuera nunca! «Sí, claro. O sea, en realidad me olvidé. Apura, vamos». Nos prometió que iba a pensarlo, pero que no aseguraba nada. Victoria volvió a insistir: «No nos quedes mal, Tommy. Va a ir un amigo mío también».

—¿Cuál amigo? —le pregunté.

—Un panita que no le cachas —me respondió.

Se despidió de nosotros a través de la ventana del taxi. Dudo si pudo ver cómo Victoria me golpeaba el pecho y me reclamaba lo grosero que había sido. «Entiende, Vicky, me duele que pueda gustarle otra persona». «Pues al menos le vamos a tener de amigo». De camino a casa, le

conversé sobre cómo ahora le tenían miedo y le expliqué de mejor manera el por qué se inició la pelea.

—Y el otro, con delirio de Gandhi, queriendo arreglar todo en paz.

Nos reímos. Sentí que me vibró el bolsillo por un mensaje que me llegó al celular y que no leí en ese momento. Era de Tomás. «Si es en serio que quieres que vaya al cine con ustedes, avísame, por mí no hay problema y yo pido permiso». No le dije nada a Victoria, quien miraba por la ventana del bus a la calle. Teníamos siempre esa rutina: ella me iba a ver al colegio y yo, aprovechando que vivíamos a unas cuadras el uno del otro, la dejaba en su casa para ir caminando hacia la mía. Salvo algunas ocasiones en las que íbamos al cine o a un centro comercial, esa rutina se mantenía y era bastante agradable, exceptuando las veces que nos asaltaron… y por eso acostumbrábamos siempre a cargar cinco dólares en el bolsillo y siempre manteníamos el celular en silencio y nunca lo contestábamos. Ya saben, "vida de ricos"…

Casi llegando a casa recibí otro mensaje: «Ok, entiendo». No, que no entienda nada todavía. Le envié un audio: «Perdona que no te haya contestado, estaba en el bus y me da miedo revisar el celular. En cuanto a lo del cine, yo quiero que vayas. De corazón». Estaba escribiendo una respuesta, pero se detuvo. Otro audio: «Si no te dan permiso, yo los llamo a tus papás… o le decimos a la Vicky, en serio, ella puede convencer al diablo de comprarle fósforos». Envió un *emoji* de una carita sonriendo con lágrimas en sus ojos.

—Vicky. Sí va, dice.

—Perfecto. Ya verás que el viernes le sacamos quién le gusta y quién no.

¿Y si mejor lo dejábamos así? Ya para ese punto, ni siquiera me importaba si era gay o no, porque ya no me interesaba. «Sí, claro. Te conozco, Miguel Ángel», respondió.

Lo que no me dijo fue que un día antes del cine, había contactado a Tomás por Facebook y le había preguntado si en realidad le gustaba alguien y él, tajante, respondió que no. Ante la insistencia, le dijo que no le gustaba ninguna chica y ante un pequeño avance de Victoria, él le dijo que, aunque le parecía muy linda, no quería dañar su amistad. Que no sea loco, que le perdone por la confusión, que ella estaba saliendo con un chico y que mañana lo conocería en el cine.

No llegó a conocer a nadie, nunca, y no solo porque el chico en cuestión no existía, sino porque Victoria, el viernes en la mañana, me escribió diciendo que no iba, que se sentía mal. «Cosas de mujeres». «¿Y ahora? Tomás trajo ropa en su mochila y yo también». Que no pasa nada, me dijo, las entradas las había comprado antes, solo ingresaba su número de cédula y las imprimía, que los bocaditos y demás los gaste yo, que mi mamá me dio una extensión de la tarjeta y que sabe que tengo plata ahorrada. Le escribí a Tomás, diciéndole que Victoria no iría. «Pero, vamos a ir los dos, ¿o no?». «Claro, solo te avisaba je, je, je», contesté teniendo cuidado de que el profesor no nos descubriera chateando.

La salida resultó menos fabulosa de lo que hubiera pensado, aunque había comenzado bastante bien, con una discusión algo tonta sobre si debíamos ir en bus o en Uber. «¿Se te van a enronchar las manos por subir a un bus?, ¿o capaz la nalga?». Que no era por eso, que solo quería llegar pronto porque se moría del hambre. Le escribí a Victoria para saber a cuál función había comprado las entradas y si se había tomado los analgésicos para ver si nos acompañaba, porque eso de tener dos asientos extra no nos gustaba. «Tres y media, y ya no jodas». Interpreté su respuesta como fruto de un cólico menstrual. «¿Ves? No alcanzamos a comer y a ver la película». Al final, con el pretexto de que íbamos a pedir el combo para dos personas y agrandado, logré convencerle de que vayamos en bus.

Ese fue el último momento en el que lo vi sonreír.

Del viaje en autobús no voy a ahondar en detalles, porque todos sabemos la calidad de transporte que tenemos y más aún para una persona que está acostumbrada a movilizarse en automóvil o en taxi. Un par de señoras nos empujaron para tener más espacio y otra más se acomodó como pudo junto a Tomás, quien no podía soportar el olor a cebollas de la canasta. En vano traté de abrir la ventana, estaba trabada. Luego de algunas peripecias, llegamos al cine y él insistió en brindarme un helado, pero yo, que estaba más ansioso por la película, se lo rechacé de manera amable, ante lo cual no insistió. Compró el suyo y lo comió en silencio.

Para cuando llegamos a imprimir los boletos, solté una maldición: la muy hija de puta solo había comprado dos asientos, en la parte de atrás. Me confesó luego que nunca existió su amigo ni mucho menos ella iba a hacer mal tercio y que debería estar agradecido, pero yo no lo tomé del todo bien. Ante mi maldición, Tomás me preguntó si había pasado algo, y yo respondí que teníamos los asientos casi en la última fila. «Si quieres compro otros, más cerca». «No, deja así», le dije.

Durante la proyección no cruzamos palabra, yo no sabía de qué conversar y él se limitó a hacerme un par de preguntas sobre cuáles eran mis gustos en cine o si ya había visto tal o cual film, a las cuales contesté tratando de explayarme, sin conseguirlo.

La película resultó bastante buena, con una parte emotiva. Por desgracia, no solo fallé en no saber iniciar o mantener una conversación, sino también en tratar de mantener la calma porque, en toda película, suelo llorar. No fue la excepción. Al principio traté de diluir el nudo de mi garganta tomando sorbos de gaseosa, en vano.

—Si tienes sed, yo todavía tengo té helado.

—No, gracias.

Para disimular mis lágrimas, fingí un bostezo. Que me lo haya creído o no, nunca lo supe, porque de eso no hablamos más. Sí me dijo, en cambio, que le había parecido extraño que comience a tomar gaseosa con tanto afán de un momento al otro. Supongo que luego, mientras veíamos Netflix o cuando él compraba algún DVD para verlo en casa de mi abuela, acurrucados en el sillón, se daría cuenta de mi facilidad para poder llorar durante una película o serie.

Al salir de la película, intercambiamos opiniones y le llegó un mensaje. «Es mi mami, que no me demore». Sí, era verdad, estaba muy tarde. ¿Se iría en taxi? «Sí, o sea si ya nos vamos, entonces pido el Uber». Sí, claro, que le esperaría hasta que se embarque y luego yo tomaría el bus. Que no fuera tonto, que él me pedía otro para mí. No, gracias, de verdad. Que al menos me acercaba a la casa. Tranquilo, vivíamos lejos el uno del otro.

Cuando nos despedimos, yo, abatido por completo por una «cita» que resultó un bodrio y decepcionado conmigo mismo, traté de abrazarlo —al menos me llevaría esa sensación—, pero me encontré con su mano estirada. Al estirar yo mi mano él, confundido, trató de abrazarme. Al menos había vuelto a sonreír. «¿Abrazo?», me pidió y yo, torpe, calculé mal los movimientos y estuvimos muy cerca de besarnos. Me disculpé y él, otra vez serio, se alejó. Verlo alejarse por las puertas corredizas me abatió.

Durante todo el viaje de regreso, de pie —porque el bus estaba repleto— mantuve la mirada perdida pensando en lo idiota que había sido. Por momentos, para sonreír, olía un poco mi ropa, que aún mantenía su perfume por el abrazo que nos dimos, si bien mi sonrisa inicial luego se transformaba en tristeza. Sí, era verdad, Tomás me gustaba —y mucho—. ¿Si Victoria tenía razón y si no lo podía tener como mi novio, al menos lo tendría como amigo? Claro, ese había sido mi problema desde el inicio: me ponía tan nervioso tratando de gustarle como hombre, que

su amistad la estaba poniendo en un segundo plano. Pero ¿y si luego solo me podía ver así? Piensas mucho, Miguel Ángel, piensas mucho.

—¿Cómo te fue?

—Pésimo, amiguita. Pésimo.

Le conté por un mensaje de voz lo que había pasado. «Chuta, no te pongas mal. Capaz solo son ideas tuyas y él lo pasó bien… aunque hayas querido besarle sin ser nada aún». Me trataba de hacer reír y le respondí con un «Ja, ja, ja, ja, ja» que, en realidad, no sentía. «Más mudo que eres, yo de vos le daba un beso que le hubiera aflojado todo. Des-beso no hay». Que no diga eso, que en serio me sentía muy mal. «Tranquilo, deja que lo arregle yo. Al menos para que quedemos los tres de amiguitos».

Hasta ella se había dado cuenta de que la cagué. Ya, nada, ojalá no me odie, pensé.

Me desperté gracias a la alarma que había olvidado quitar. Ahí descubrí que, durante la noche, Tomás me había escrito diciendo que lo había pasado muy bien, que lo disculpe por cualquier malentendido y que, en realidad, le gustaba mi compañía. Volví a dormirme pensando en que, al menos, tendría en él a un amigo… un amigo que me resultaba dolorosamente agradable y lujuriosamente atractivo.

Capítulo 3

Durante todo el fin de semana, Tomás y yo apenas intercambiamos un par de mensajes. Victoria, empática, trataba de animarme y pasó conmigo en casa. Eso gustaba mucho a mis padres, quienes suponían que entre ella y yo se estaba formando, si no había ya, una relación sentimental.

—¿Y si mejor te presento una amiga?

No, Victoria, no soy bisexual. «No, amiguita, gracias». En realidad, su presencia me traía paz y, si me hubiera resultado remotamente atractiva, hacía mucho tiempo que le hubiera pedido que sea mi novia. Habríamos funcionado bien.

Un día quedamos en comer algo. Ya como parte de nuestro grupo, Tomás fue invitado y, como seguía castigado, Victoria tuvo que intervenir para que nos acompañe. Como siempre, logró su cometido. «¿Sushi?». «Sushi». El *All you can eat* no quedaba lejos y habíamos ahorrado lo suficiente para poder pagarlo. Aún con el dolor que me causaba no ser algo más que su amigo, la pasamos muy bien. Reímos mucho cuando nos contó algunas historias de su niñez y nosotros le correspondimos con otras historias, como la legendaria primera borrachera de Victoria, en su quinceañera, en la que me dejó a un lado por bailar con un chico al que le vomitó su pechera cuando se acercó a besarla.

—Ustedes, ¿no tuvieron algo?

Ya le habíamos aclarado que éramos amigos, así que solo nos miramos y reímos. Repetí que no, que nos conocíamos desde niños y que a pesar de haberme mudado un poco más al sur, seguíamos en contacto. Victoria, imprudente, solo dijo una frase que me dejó patidifuso:

—Al Mickey no le gustan las chicas. ¿Crees que no se hubiera enamorado de este bombón?

Mierda, estúpida. Me quedé en silencio y bajé la mirada. Tomás respondió: «Todo bien, no hay lío», pero para mí sí lo había. Más allá de que si se hubiera tratado de un loco homofóbico que tuviera buenos motivos para destrozarme la cara —y que, conociendo su experticia en artes marciales, lo hubiera hecho sin problema—, mi sexualidad era eso: mía. No les había dicho ni a mis padres, y ella, por mejor amiga que sea, no tenía el derecho de divulgarla. «Perdona, Mickey, solo lo dije de broma, para ver cómo reaccionaba». Que te perdone quien te dé la gana, menos yo. «De verdad, mira el lado bueno: no sé si te diste cuenta, pero Tomás sonrió cuando dije que eras gay». Obvio que debió sonreír, por cortesía.

El enojo me duró días. Las veces que ella me escribía para recogerme en el colegio esperaba sentado en la biblioteca hasta que todo cerraba. El poco dinero que tenía ahorrado estaba mermando porque en un par de ocasiones tomé un taxi hasta mi casa, pensando que podría encontrarla en el mismo autobús.

Con Tomás las cosas tampoco iban del todo bien. Me sentía expuesto. Era como que si me hubieran despojado de la ropa y me hubieran exhibido. En alguna ocasión, él se acercó y trató de conversar conmigo, de cualquier cosa, pero yo solo le respondía lo necesario. Traté de ser amable y seguir con la conversación —al menos sabía que a él no le importaba que fuera gay, bisexual, pansexual— pero no podía. Cada vez que lo veía pensaba que él se daba cuenta no solo de mi orientación sino de que era el objeto de mi afecto.

Esa temporada al menos sirvió para algo: con tanta ansiedad y otro poco de depresión, lo único que podía hacer era jugar fútbol, ¡y vaya que lo hacía! Durante los recreos, no desaprovechaba la oportunidad para jugar con quien sea y hasta mi curso, que siempre me pareció tan amenazador

por sus continuas provocaciones, poco a poco se acoplaba a mi ritmo y hubo un par de veces que hasta disputaron mi presencia en sus equipos. No sé cómo otras personas desahogan su ímpetu si no gustan del fútbol: el juego rudo, los golpes, los codazos, la alegría del gol y la sensación de empapar la camiseta no se suplen con nada.

En uno de esos partidos, Tomás, hábil jugador, era mi rival. El juego iba bien, salvo que Rafael, que estaba en mi equipo y quien no se había quitado de encima la espina contra Tomás, comenzó a jugar cada vez más brusco al punto que, cuando disputaban el balón, el resto se mantenía a una distancia prudente, expectantes. A pesar de su juego, Rafael no pudo arremeter contra Tomás, quien dejó a todos bien claro que él no era un blanco fácil. A todos sí, menos a Jorge, quien en no sé qué arranque de locura se le acercó de manera peligrosa y le propinó una patada lo suficientemente fuerte para que cayera al piso. Todos enmudecimos. Rafael sonrió. Nunca supe si fue algo planeado o no.

El grito de Tomás hizo que nos acerquemos. Tenía lágrimas. Me enfurecí, empujé a Rafael y a Jorge por estarse riendo y ellos me empujaron de nuevo. Ahora bien, podría estar muy cansado, pero ya estaba harto de los ataques, velados o de frente, que recibíamos… y ahora era más sabio. Si bien Rafael era el que más lo disfrutaba, arremetí contra Jorge, más débil, y le propiné un puñetazo en la nariz. Como previ, lo dejé fuera de combate durante un momento. Para entonces, Rafael, que venía contra mí, fue frenado por un par de mis compañeros.

Tomás logró incorporarse y trató de calmar la situación, pero yo estaba imparable. Aprovechando el golpe sorpresa a Jorge, seguí asestándole otros más y recibiendo también mi parte, porque luego del susto inicial, comenzó a defenderse. El sonido del silbato del Padre Inspector nos separó enseguida. Por suerte, no hubo mayores represalias, el mismo Rafael se adelantó y dijo que la pelea la ocasionó un gol que se les había anulado:

—Guambras shunshos…

A Jorge lo enviaron a enfermería y a mí a lavarme a uno de los baños. Me acompañó Tomás —que cojeaba a ratos—, con el pretexto de que deseaba revisarse la canilla para ver si no sangraba. No lo hacía, pero aprovechó a preguntarme mientras yo me enjuagaba el rostro:

—¿Te caigo mal?

No, no me caía mal, ¡era todo lo contrario! Quería abrazarlo, besarlo, sentir sus músculos bien definidos contra mi esbelto cuerpo, quería que me mime, que me diga «te quiero» y dormirme en su pecho. Quería que estuviéramos juntos viendo televisión acostados en mi cama, hacerle el desayuno, hacerle el amor, ensayar todo lo que había visto alguna vez en alguna porno, por muy guarra que sea. Quería todo eso y más.

—No… ¿por?

—No sé qué te pasa. Al inicio te portabas bien: eras amable, se notaba que querías ser mi amigo y hacerme sentir bien… y lo conseguiste. Mi padre llegó a asombrarse porque yo ya no pedía con insistencia que nos regresáramos a mi antigua casa. Pero de golpe, cambiaste. En el cine traté de compensarlo, pero te noté distante, te noté serio, como si no hubieras querido estar ahí…

—Disculpa, lo que pasa es que…

—No, déjame terminar y si quieres luego hablas. Es que de verdad quiero ser tu amigo. Ya ves cómo me tratan en este colegio y así ha sido siempre, pero tú eres, eras, diferente. Pensé que te molestó que te haya preguntado sobre si Victoria y tú tenían algo… Ella me escribió ayer, ¿sabes?, que si me había molestado lo que contó de ti. No, no me molestó. Supongo que ella te contó lo que dije después.

Así que Victoria había estado chateando con Tomás a mis espaldas. Otro motivo más para odiarla.

—Sabes que no, yo con ella no he hablado en toda esta semana.

—Sí, me dijo que estabas enojado. No deberías. O sea, sí, es algo tonto que ella te haya expuesto así, pero no fue por maldad. Si ella no hubiera dicho nada, yo todavía estaría pensando que entre ustedes dos hubo algo más que una amistad, pero ella me dejó en claro que no, que, si bien eras bi, con ella no iba a pasar nada…

—Soy gay, Tommy. A ella le dije que era bi, pero en realidad me gustan solo los hombres.

De lo que pasó después, recuerdo poco. Me encontraba secándome el rostro con papel y él se acercó. Por instinto, retrocedí. Sentí el calor de sus manos en mi rostro, mientras lo acercaba al suyo. Puse algo de resistencia, por miedo más que por falta de deseo, pero él me mantuvo inmóvil. Sentí un corrientazo que me recorría la espalda, el pecho; mi corazón comenzó a latir a mil por hora y lo único que quería era que ese beso, que duró apenas un segundo, durase mucho, mucho más.

Tomás me diría luego que, antes del beso, me había prevenido: «Entonces espero que no te moleste lo que voy a hacer». Yo no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo eran sus ojos verdes mirándome fijo, esperando alguna respuesta. En retrospectiva, debí corresponderle ese beso con otro, si bien el peligro de que entrara alguien o nos viera alguna autoridad estaba latente, pero en su lugar, preferí abrazarlo y sentir por primera vez esa sensación que no se me quitaría nunca: apretujarlo, estrujarlo, metérmelo en el cuerpo, llevármelo conmigo a donde sea, inseparables, victoriosos.

La sirena que anunciaba el cambio de hora interrumpió mi idilio. Habíamos perdido una hora de clase, pero había valido la pena cada maldito segundo.

* * *

—Papi, me voy a demorar. Un amigo me invitó a su casa al almuerzo.

—Ok.

* * *

—Mami, me invitaron a almorzar, voy a llegar más tarde.

—Bueno mijito, cuídese. Pórtese bien y no ande haciendo cosas malas. Dios me lo bendiga y tenga cuidado. Si puede compre unos pancitos para que le lleve a la mamá de ese muchacho como agradecimiento, o un dulce.

* * *

—Oye ve, voy a llegar tarde.

—¿Y a dónde te vas?

—Me invitaron a comer a la casa de un amigo.

—No, pues, el que se manda solo…

—Ya, no jodas, ya estoy yendo para allá.

—Ja, ja, ja… Pues dile a tu *amigo* que tienes un hermano que también tiene hambre. Aunque tú

tienes hambre de otra cosa.

* * *

El viaje en Uber se me antojó demasiado largo. Por seguridad del chofer, uno de nosotros tuvo que viajar en el asiento del copiloto —no se tenía la certeza de que algún agente de tránsito o taxista no nos fuera a ocasionar problemas—. Mirando a la ventana, me sentía feliz, feliz a plenitud: tanta aprensión, tanta tristeza y tanto enojo habían sido en vano. Lo que me decepcionaba había sido el tiempo perdido.

—Madre, le presento a Miguel Ángel, es el amigo del que le hable.

—Señora, buenas tardes.

—Encantada, mijo. Vayan un rato a la habitación, que la comida estará lista en un momento.

En realidad, ella supervisaba lo que cocinaba Amadita, la empleada, una viejita que aparentaba unos 60 años y que, según Tomás, había sido su nana y amiga hasta bien entrada su adolescencia. «Ella me conoce más que mi propia madre», me dijo. Como buena afrodescendiente, la sazón de su comida era espectacular: nos sirvió una sopa de bolas de verde y de plato fuerte, un encocado de langostinos. «Con el coco que sobró les hice unos helados a los niños, señora». Me sentí agasajado, aunque, según Tomás, aún faltaba que pruebe su cazuela, los camarones apanados, el ceviche de calamar o los helados de ovo.

Su habitación era, como preveía, más amplia que la mía y su cama también. Me imaginé que, dado el caso, preferiría que estuviéramos juntos en mi camastro, porque su estrechez hubiera hecho que mantuviéramos el contacto, aun después de finiquitar el acto sexual. Más como una costumbre, se cambió la ropa del colegio por algo más cómodo. No desprecié la oportunidad de verlo en ropa interior: a través de su bóxer ceñido, adivinaba un sexo de tamaño considerable y sus nalgas duras. Algunos cuadritos incipientes en su abdomen me arrebataron la mirada, mucho más que su pecho bien formado o lo definida que se encontraba la anatomía de sus muslos. Hubiera querido que se quite todo, que se me acerque y poder verlo al natural, pero no lo hizo ni tampoco se lo pedí. No quería que piense que soy un sátiro.

Para tratar de pensar en otra cosa y disimular un poco mi erección, me acerqué hacia una mesita en la que se encontraban muchas fotos. Algunas en su competición de *muay thai* —con guantes y todo—, otras con la camiseta de su equipo de fútbol favorito. Una de esas fotos, en particular, me llamó la atención: se lo veía junto a sus padres, durante su Primera Comunión. Era claro que la pubertad había hecho milagros al transformar en divinidad olímpica a ese niño regordete y cachetón, con *brackets* plateados y un corte de cabello ridículo.

Amadita nos llamó a la mesa, la comida ya estaba lista y la pequeña Emilia también había llegado de sus clases de danza. «Ella es la consentida», y no era exageración. Desde su padre —a quien conocería más tarde— hasta la empleada, todos mimaban a la pequeña niña de siete años, quien, en honor a la verdad, destilaba dulzura en todo lo que hacía.

Luego de la comida nos preguntaron si teníamos tarea que hacer. No mentimos, no la teníamos. Sin embargo, al día siguiente dábamos un examen de importancia mediana y debíamos estudiar, pero ¿cómo hacerlo?

Una vez que volvimos a su habitación, cerramos la puerta y él me propuso que nos acostáramos a ver televisión. «¿Qué quieres ver? *Friends*, *The Big Bang Theory*, *The Good Doctor*?». «Lo que sea está bien». No recuerdo qué puso en Netflix. Lo que sí recuerdo es que, acostados como

estábamos, dejó a un lado el control remoto y tomó fuerte mi mano. Nervioso, crucé los dedos. Suspiré.

—¿Me vas a dar otro beso?

Mi pregunta lo tomó por sorpresa y soltó una de sus más francas carcajadas, a la cual yo secundé. «Nunca me habían pedido un beso». «Pues me da miedo que me acerque y no quieras». «¿Por qué no voy a querer?». «No sé». Comenzamos a reír como niños. Nos quedamos frente a frente y él se acercó. Esta vez, el beso fue más largo y ensayé abrir mis labios y usar un poco mi lengua. Eso lo encendió. Aunque en ese momento me dijo que conmigo había tenido su primer beso —y le creí—, luego supe que ese honor le cupo a alguien de su colegio anterior, con quien también tuvo sus primeros avances sexuales.

Fuimos interrumpidos por Emilia, quien tuvo la precaución de golpear la puerta antes de entrar. Para nuestra suerte, no habíamos avanzado a más. «¿Tienes un sacapuntas?». No estoy cien por ciento seguro si preguntó eso, pero era algo parecido. Alguna nimiedad. «Ten, aquí está». La despachó con prontitud mientras yo aparentaba estar sentado viendo televisión muy concentrado. La inocencia de la niña no le hizo notar el bulto que se adivinaba en el calentador de su hermano, quien se sonrojó sobremanera cuando tuvo que acomodárselo.

—Vamos a la sala de juegos.

La sala de juegos se encontraba en la parte posterior de la casa, junto a un pequeño patio con su jardín y algunas vides. Era espaciosa y tenía, entre otras cosas, un sillón de cuero para unas tres o cuatro personas, un LCD enorme, la PlayStation, un equipo de sonido, DVD, una mesita de billar y otra para jugar cartas. «Aquí traemos a todos los amigos y mis padres hacen sus fiestas». No estaba nada mal, sobre todo porque lo amplio del sillón y lo privado del sitio nos permitió estar recostados, uno sobre el otro, mientras a ratos nos besábamos y veíamos una película.

Los besos subieron un poco de tono. Yo tenía la imperiosa necesidad de hacer algo más que besarnos y él parecía querer más. Comencé a besarle el pecho, el abdomen, le mordí los oblicuos. Él me acarició las nalgas y me besaba el cuello. Quise prodigarle una felación, pero mi teléfono nos interrumpió. Era Simón, preguntando a qué horas llegaría a casa.

—Ya les dije que me demoraba.

—Sí, pero no tanto.

Era verdad, el tiempo había pasado volando. «Pídeles que te quedes a dormir», me rogó Tomás. No podía, no tenía ni ropa y aparte de eso mis papás no me hubieran dado el permiso, menos entre semana. Que por favor me quede un poquito más. Subimos a la sala principal y mientras saboreábamos el helado de coco que Amadita había hecho, llegó su padre. Era una persona de modales cuidados, muy amable, quien al verme sonrió y me dijo que me sienta como en mi propia casa. Al entender que ya me estaba despidiendo, lanzó las llaves del auto a Tomás y le dijo que, si él quería, podía manejar hasta un sitio más cercano: el permiso de manejo estaba en la secreta del auto y si hubiera algún problema, había veinte dólares en el cenicero.

Tomás resultó un conductor con pericia, aunque condujo lento a propósito, para estar más tiempo juntos. Me encantaba que pudiéramos estar con los dedos cruzados sobre la palanca de cambios. De tanto en tanto, yo lo veía y me parecía el hombre más guapo sobre la faz de la tierra. Aprovechamos un semáforo para darnos un piquito y en más de una ocasión, llevó mi mano a sus labios y le impregnó un cándido beso.

Al llegar a mi casa —«No, mi casa está muy lejos, déjame aquí nomás y cojo el bus». «No, ya me viniste a dejar lo más cerca que has podido, mira que mi casa está allí, al final de la calle, me voy caminando». «Me escribes apenas llegues, porfa, voy a estar pendiente del celular»— lo

primero que hice fue contarle todos los detalles a Victoria. Esperaba, tras mi comportamiento, que ella me escribiera algo cortante, si es que me respondía. Lo hizo, y con la efusividad que la caracterizaba. Que era un tonto por dejarme derrotar antes de la pelea. Sí, ella me perdonaba todo, que ella entendía lo que estaba sintiendo. Sí, en verdad me perdonaba, pero si le volvía a tratar mal alguna vez más, me cortaba las bolas. En realidad, ella debía pedirme perdón, pero se vio obligada a forzar el rumbo de mi relación con Tomás, porque no íbamos a llegar ni a amigos al paso que íbamos.

Tomás me escribió unos treinta minutos después. «¿Dijo algo tu papi?». «No, solo si aún tenía gasolina el auto, porque mañana llega el chofer». Mi futuro novio, el pelucón. «Me gustó pasar contigo hoy». «Pasamos hermoso». «Me encantas, Tomás». «Porfa, no me hagas daño».

¿Cómo podría hacerle daño?, desde lo físico ya se había demostrado que era imposible. ¿Sentimentalmente, quizás? No lo sé. Aun con un rostro angelical y un cuerpo esculpido en el mismo Olimpo, al parecer Tomás guardaba muchas inseguridades o rencores de su o sus relaciones pasadas. Luego sabría, por ejemplo, que había conocido a alguien a través de Tinder, y que ese alguien, a su vez, había tratado de obligarlo a tener relaciones sexuales, pero él no quiso. El resultado: una discusión en medio de la calle y él siendo abandonado, como perro, en la autopista, desde donde tuvo que pedir un taxi que lo llevara a su casa. También sabría sobre la relación que tuvo con otro chico, con el que había estado saliendo y a quien encontró comiendo con una chica que resultó ser la novia, convirtiéndolo en el amante.

—No, no te voy a hacer daño.

—Mickey, ¿te puedo hacer una pregunta?

En realidad, pensé que me iba a preguntar mis preferencias en la cama y si asumía un rol en específico, algo sobre lo cual no tenía mayor experiencia, salvo la que tuve con Francisco y algunas masturbaciones introduciéndome el dedo para saber si me molestaba o no. Al contrario, fue una pregunta muy inocente:

—¿Quisieras salir en serio conmigo, viendo la posibilidad de ser novios en algún momento?

Le respondí como si me hubiera pedido noviazgo. Un inmediato «Sí», al cual él respondió con una carita sonriente.

Sí, al fin me encontraba en el sitial que quería desde hacía mucho, aunque faltaba un tiempo más para que me pidiera ser su novio.

* * *

El sábado en el que se me declaró, Tomás le pidió el auto a su padre, con la condición de que lo devolviera con el tanque de gasolina lleno. Los días de castigo eran lejanos. Estos, en realidad, no se habían cumplido del todo ante la conducta que exhibía en el colegio y en casa. Antes bien, le premiaban con golosinas, adelantos de su mensualidad o permisos. Hacía un par de días, ya me había escrito: «Vamos a ir de paseo con algunos amigos del curso», mentí a mis padres. No creo que les hubiera importado mucho si les decía que iba a ir solo con Victoria, pero sí si les decía que iba solo con otro hombre.

Nos encontramos en la puerta del colegio luego de una negociación en la cual él abogaba por recogerme en mi casa y yo no cedí. Lo vi especialmente lindo: consciente de su aspecto físico, se colocó una simple camiseta azul marino encima, la cual estilizaba y resaltaba su perfecta figura. Sonreí. Aprovechando que no había nadie observándonos, le di un rápido beso en los labios.

—¿Quieres ir al teleférico?

Podría ir con él donde quisiera, su sola compañía me sentaba bien. «Precioso, ¿podrías poner a tus pies la canasta que está en el asiento trasero?». No sé cómo —supongo que Amadita tuvo mucho que ver—, pero se las había ingeniado para llenar la canasta de bocaditos, una botella pequeña de vino y otras cosas. «Pícnic, ¿eh?». «Sí, ¿te apetece?». Obvio que sí, desde que era niño no había tenido un pícnic, y esa vez fue con mi familia. «Por favor, revisa la secreta». Dentro, se encontraba una pequeña foto de ambos, que nos habíamos tomado con su cámara la vez que fui a su casa. La foto me parecía muy linda, aunque yo salía con cara de idiota. Sonreí. En la parte de atrás había escrito con tinta lila, en letra minúscula: «Te quiero de aquí hasta la luna… M&T».

Le agradecí tomándole de la mano y disculpándome porque no podía ofrecerle nada. «Me das tu presencia, que para mí es lo mejor». Que no sea ridículo, que yo debería darle algo. Sin pensarlo miré las pulseras que tenía en mi antebrazo derecho y me quité una muy bonita, de cuero. «Es tuya». Que no la iba a aceptar porque era un regalo que lo hacía por compromiso. «Claro, el compromiso de quererte cada día más». Mi respuesta lo dejó atónito y no tuvo más remedio que aceptarla.

Subimos a lo más alto de todo. En la cabina fuimos tomados de la mano y cada cierto tiempo nos sacábamos una *selfie* o nos dábamos piquitos. Al llegar, caminamos un buen tramo hasta un rellano donde extendió la sábana y me pidió sentarme. De la canasta comenzó a sacar cada uno de los alimentos que había empacado, y de un termo vertió en sendas tazas un poco de chocolate caliente. Un *brunch*, para celebrar que estábamos juntos.

Una nueva foto. Cuando las miro recuerdo la emoción que me producía estar así, libre, amando a otra persona que la sociedad me impedía amar y que la iglesia me condenaba por hacerlo. Imaginaba por primera vez que éramos *normales*, pudiendo expresar nuestro cariño como lo hubiera hecho cualquier otra pareja. Ante esa inmensa soledad en la que solo nos acompañaban la naturaleza y Dios, me sentía pleno.

—Migue, tengo algo que preguntarte.

Interrumpió mi plática bastante larga sobre algún evento estudiantil aburrido pero que a mí me pareció gracioso por cómo fue interrumpido por un temblor que hizo a los alumnos exasperarse y a los sacerdotes ponerse en guardia para contener a un montón de chiquillos asustadizos y evitar que sí ocurrieran tragedias de mayor magnitud que un temblor de unos pocos segundos y que algunos ni siquiera sintieron.

—¿Es algo malo?

Maldita sea, volvía con mi negatividad. Pero ¿y si me decía que se iba a mudar?, ¿que iba a volver con su ex?, ¿había tenido, en realidad, un ex?, ¿si su *crush* al fin le había dicho que sí?, ¿si decía que al final estaba experimentando conmigo y volvía a ser hetero?

No, que no era nada malo, que me tranquilice.

Me dijo que desde que me había conocido lo había impactado y que le había gustado mucho que yo haya sido su amigo y lo haya defendido —aunque ambos sabíamos que eso no fue así—. Me dijo que le gustaba y que veía que, entre ambos, había química y podía funcionar algo más serio. Me dijo que la decisión era mía y que él estaba comprometido a cuidarme, respetarme y, sobre todo, quererme.

Me pidió que fuéramos enamorados.

Le dije que sí.

Ese día ha quedado grabado en mi memoria durante todo este tiempo y creo que no se va a

borrar ni en otros tres, cuatro, cinco o cien años más.

Al llegar a casa, casi al anochecer, le escribí a Victoria: «¿Adivina quién ya tiene novio?».

Capítulo 4

Aun siendo novios, nuestra intimidad demoró algún tiempo en materializarse, más que por falta de ímpetu, por inexperiencia. El problema principal era que ninguno de los dos definía sus preferencias. La primera vez que lo conversamos fue por un comentario inconsciente mientras confesábamos nuestros *crush*: «A ese tipo le dejo que me haga todo». ¿Qué era *todo*? O sea, que me bese, que me abrace, que me apachurre y que haga lo que quiera conmigo. «Oye, Mickey, ¿cuál es tu rol?». Mmm, la pregunta que esperaba pero que no sabía cómo contestar. «*Vers*», le contesté. «Ah, yo igual».

Luego descubrimos que cada uno era tan torpe como el otro en la cama. Aún recordaba el dolor que me provocó el avance de Francisco y, en definitiva, el otro panorama tampoco se me hacía muy reconfortante: ocasionarle dolor, alguna herida o hemorragia o que mi miembro estuviera sucio luego del acto me causaban repulsión. Tomás me confesó que sus avances sexuales habían llegado a unas sesiones de masturbación y en ocasiones, sexo oral. Pero más allá de eso, nada.

Mientras tanto, la vida continuaba. Aprovechamos el periodo cercano a los exámenes para estudiar y pasar juntos. Al principio solo íbamos a la casa de Tomás, hasta que mamá me pidió que lo invitara a comer: «Para que no piense que eres un parásito que solo come en casa ajena». La verdad, ya con una relación seria, tenía algo de miedo a que nos descubrieran y que mi religiosa madre no solo me metiera a un psicólogo, sino que quisiera exorcizarme. No me equivoqué, al menos, no del todo. Lo comprobé después.

Llegamos luego de un lento viaje en bus, que en parte fue aliviado por la presencia de Victoria. «Hola Tommy, ¿cómo está mi *cuñis*?, porque te puedo decir *cuñis*, ¿no?». Como siempre, la palabra la tomaba ella, seguida por mí. Tomás participaba poco, en general respondía a las preguntas que le hacíamos. Aunque no lo admitiera, él también estaba nervioso.

Antes de cruzar el dintel, frené en seco y le pedí que mantuviésemos la discreción. «Tranquilo, precioso. Entiendo». Quise darle un beso, pero me contuve. En su lugar, le apreté la mano y le guiñé un ojo. Él me envió un beso volado, cortito, apenas perceptible, excepto para mí.

En realidad, no sé por qué estaba tan nervioso, si el único que nos recibió fue Simón, quien, dicho sea de paso, se portó de lo más amable. No, que a mamá no le dieron permiso en el trabajo y que va a llegar a la hora de siempre, que la esperemos para tomar café. Sí, papá había dicho que iba a llegar hoy, pero que iba a pedir un taxi para evitarnos el tráfico hacia el aeropuerto, con esto de que llegan los carnavales.

—¿Y tiene nombre la celebridad?

Había olvidado presentarlo y Tomás solo le saludó con un «Hola, mucho gusto». «Sí, se llama Tomás Caballero». «Yo soy Simón». «Sí, tu hermano habla mucho de ti». «Esperemos que cosas buenas», sonrió. Me puse pálido cuando Simón le dijo que yo también pasaba hablando mucho tiempo de él, mientras sonreía con malicia. Si bien no le había dicho que Tomás y yo éramos enamorados, no era ningún tonto.

—No seas pesado, oye.

Almorzamos algo preparado con antelación, pero bastante rico, aunque lejos de los deliciosos platos de Amadita.

—¡Lavarás los platos! Que tu pelado vea que sabes hacer las cosas de la casa.

Pelado, el culo. «Ya, no jodas». Tomás me apretó el brazo. «No seas grosero, precioso». Es que estaba muy nervioso, de verdad. «Tienes que aprender a relajarte, ¿acaso no estoy yo?».

Precisamente porque estaba él ahí, pensé. «Está bien, lo siento mucho… Ven, mejor vamos a mi cuarto».

No recuerdo si fue por lo aburrido de la materia o por la estrechez de mi cama, pero dejamos al poco tiempo los libros a un lado y comenzamos a besarnos. Las ventajas de ser pobre, pensé. «Me aprieta la camiseta». Que se la quite. «¿Y tu hermano?». No pasa nada, él está en sus cosas. «A mí creo que me está apretando el pantalón». Me bajé el calentador hasta las rodillas. Me acarició por encima, sonreí. Le besé el cuello, sentí sus pectorales y le acaricié la espalda. Una mano suya bajó con lentitud hasta mis nalgas y las apretó.

—¿Tienes un esfero, enano?

Tomás rodó fuera de la cama y se cayó. No sé qué quería que piense mi hermano, pero comenzó a hacer lagartijas. Por mi parte yo comencé a gritarle a Simón, mientras a la velocidad del rayo me subía los pantalones: «¿No sabes tocar?». Simón cerró la puerta tras de sí y dijo, en voz baja, sin poder aguantarse la risa: «Solo quería un esfero de azul». ¿Se estaba riendo?, el muy idiota. Yo me moría de la vergüenza y Tomás igual. «No, Mickey, me voy nomás a la casa, igual para mañana tenemos que estudiar mucho». Su pretexto no me enojó, antes bien, le pedí disculpas por el inconveniente. Maldita sea, me iba a terminar. Se besó la punta de sus dedos y los puso en mis labios.

Ahora, cuando lo recordamos, nos reímos. Pero entonces no, subí con una mezcla de ira y tristeza en el pecho mientras cerraba con fuerza la puerta tras de mí y me acostaba en la cama. La almohada aún tenía su olor. Una cosa es que Simón me haya descubierto masturbándome mientras veía pornografía y otra muy diferente que la practique con alguien de carne y hueso, y para colmo, le parezca divertido. Me frustraba darme cuenta de que no estaba preparado para que alguien sepa que soy gay ni que tenía una relación seria con otro hombre. Si con mi hermano me sentía así: ¿qué pasaría cuando me toque enfrentar a mis padres?

Unos golpecitos en la puerta. «Ahora si tocas, ¿no?». Careverga. «¿Ya se fue tu *amiguito*?». Que no joda. «En realidad me pareció algo tierno». Que no se burle. No se estaba burlando, era en serio.

—¿Te gustó el espectáculo, idiota?

Se sentó en la cama, junto a mí. «Mira enano, tú sabes cómo soy y que te apoyo y todo, pero solo ten cuidado». Sí, lo tendría. «No, en serio. A mí me vale verga que tengas novio, pero a mis papás, no. Mi mamá lo más probable es que te rece una novena y mi papá… no sé… por lo que le he escuchado, te caería a fuetazos». Sí, lo sé. «Ya no te enojes. Si te pasa algo, te juro que me vuelvo loco». Yo ya estaba poco a poco dejando mi coraza y me puse a llorar, quedito, apenas lagrimando algo. «Cuando me enteré de lo tuyo, sentía como que recién te estuviera conociendo y estaba en *shock*, pero mi novia me ayudó mucho. Uno piensa que todo está programado y noticias como esta, en verdad, a uno le mueven el piso… No te voy a mentir, tampoco es que me causó alegría verte con tu amigo en la cama, pero pues, se veían tan nerviosos, tan inocentes tratando de hacer como si no pasó nada… Lo que quiero decir es que lo siento, no quise burlarme de ti, al contrario, acuérdate que yo siempre te voy a querer y a apoyar».

No respondí, seguía llorando. Sentí que Simón me abrazaba y me decía que todo iba a estar bien.

—¿Por qué a mí, Simón?, ¿por qué a mí? Por primera vez me siento enamorado por completo y tengo que andar a escondidas. No lo sé. Las personas no deberían salir del clóset ni de ningún lado. ¡No debería haber ningún puto clóset! Tú puedes traer una, dos, diez novias y a todas las tratan bien, les dan de comer y hasta las invitan a una reunión familiar, como a la última… pero

yo, yo no. A mí me toca estar a escondidas, inventarme algún código para decirle «te quiero». ¿Sabes lo que pasaría si yo trajera a Tomás y lo presentara como mi enamorado?

—Escúchame, Miguel, escúchame. Sé que la tienes difícil y la verdad no tengo las palabras exactas para hacerte sentir bien, pero creo que lo mejor que puedo hacer es decirte que voy siempre a apoyarte, así todo el mundo se te venga encima. Y si con alguien tengo que sacarme la puta por vos, me la saco.

Para cuando llegó el mensaje de Tomás diciendo que ya estaba en su casa, yo estaba más tranquilo. «¿Tu hermano dijo algo?». «Que por qué haces flexiones de pecho en mi cuarto». «Eres un bobo ja, ja, ja». «Te quiero, Tomás». «Yo te quiero mucho más». «Creo que nos va a tocar ahorrar para el motel».

Victoria trató de levantarme los ánimos con mil cosas. «Al menos no fueron tus papás». Sí, eso era cierto. «Oye, amigo, pero sí debes pensar en cómo decírselo». No quería ni pensarlo. «¿Y los de él, saben?». Ni idea, supongo que sí… o sea, se le nota. «Uhhh, a veces quienes menos se lo esperan son los papás de uno… o los "padres", como les dice él». Nos burlamos de la delicadeza de Tomás, de su educación. «¡Imagínate!, yo a veces a mi papi le trato por el nombre». Bueno, yo no llegaba a eso, mi papá era estricto en esas cosas, si le trato por su nombre capaz me pega. Igual yo no me sentiría bien diciéndole así.

—Oye, ¿y si vamos a bailar?

—Tenemos dieciséis, Victoria, no nos dejan entrar a ningún lado.

Que tenía una cédula falsa y que el resto se lo deje a ella, que podía convencer a un náufrago de comprarle agua del mar. «Pero ¿a dónde?». «A una disco gay, pues. ¿O quieres bailar conmigo?». Que no sea tonta, pero pues yo no conocía un sitio de esos. «Yo tengo un amigo, él si es gay, gay, gay, se llama Leonardo». ¿Como el pintor? «Sí, mis únicos amigos gais se llaman Leonardo y Miguel Ángel… aunque yo me acordaba de ustedes por *Las Tortugas Ninja*».

Quedamos en que ella le preguntaba a su amigo y yo, a Tomás. Ambos dijeron que no había problema: Leonardo conocía un bar que tenía matiné y nos podía llevar. «¿Y si le gusta a Tomás?». «Aparte de dramático, celoso el hijueputa». Leonardo iba a ir con ella. Según él, conocía al dueño y a los guardias, podía hablar para que nos dejen entrar. «Vamos a pasar hermoso. Así vas a sonreír otra vez».

No se equivocó.

* * *

Salimos ese viernes poco después de almorzar. El punto de encuentro iba a ser la puerta del colegio, desde donde nos pasaría a buscar Leonardo en su auto. «Nos llevamos con puro pelucón». «Es el carro de mi papi, me lo presta los viernes».

—¿Y de dónde conoces a Vicky?

La pregunta la hizo Tomás. No lo conocía sino desde hace dos minutos y ya estaba interesado. Creo que mis celos se notaron lo suficiente, porque enseguida, en el asiento trasero, Tomás se acercó. «No te enojes», me dijo moviendo los labios. Me dio un beso en la mejilla y en la mano.

—Son una pareja muy linda —le dijo Leonardo a Victoria quien, en el asiento del copiloto, cambiaba la emisora—, me hacen acuerdo a cuando comenzamos Jacobo y yo.

Sin hacer caso a mis berrinches —«Se notó enseguida que te pusiste celoso»—, Leonardo nos contó que tenía diecinueve años recién cumplidos, que sus padres se habían divorciado y que él

había decidido quedarse con su papá, porque su madre y el nuevo esposo vivían en Estados Unidos. «Mi papá estuvo durante un tiempo con esa señora —se refería a la amante—, pero luego la dejó. Cosas de él». ¿Que si él sabía que era gay? Claro, desde chiquito. Bueno, tampoco debía exagerar, pero sí sabía que su hijo era *diferente* desde los doce. Novios, eso sí, no le conoció ninguno hasta que le presentó a Jacobo, quien tenía veinticinco. «Casi se muere. Nunca pensó que me gustaran mayores. Si le contaba de otros que me pasaban con mayor edad, me quedaba huérfano».

Le tuvo que decir que no, que nadie era culpable de que le gustaran mayores, que no fue porque se sintió abandonado o porque necesitaba una figura paterna, tan solo le llamaban más la atención. «Ya lo van a conocer, al inicio es un poco serio, pero Jacobo, en realidad, es un buen tipo». Le pareció chévere que nos gusten los deportes y, sobre todo, que a Tomás le gusten las artes marciales. Él había practicado karate de chiquito, pero de ahí no hacía deporte. El Jake, sí, jugaba de todo. Algún rato, nos invitarían a jugar un partido.

Mientras conversábamos nos acercamos a la discoteca. «Miren, esa es». Por fuera se veía como cualquier otra. Miento, no se veía así: era un local que tenía pintado su nombre de forma conveniente con los colores del arcoíris, esperándome para ser feliz, para alejarme de ese mundo que me odiaba o que me echaba la culpa por cualquier cosa mala que pasara:

—El culo solo se usa para cagar.

—Todo maricón es pedófilo.

—Bien dice la Biblia, que a lo bueno se le dice malo y a lo malo se le dice bueno.

Parqueamos y Leonardo nos explicó cómo íbamos a hacer, aunque yo no le prestaba mayor atención. Tomás me codeó. «Lo siento, pensaba en la inmortalidad del cangrejo». Victoria recapituló. Ellos iban primero y nosotros atrás, para que le expliquen al guardia la situación y que nos deje pasar. Él nos vería rezagados, juntos, inocentes, desprotegidos, dos mariconcitos que solo querían bailar el uno con el otro sin tener miradas acusadoras sobre ellos.

El plan perfecto.

El plan que fracasó.

El guardia, impertérrito, nos negó la entrada. No le importaba que seamos gais o, por último, no le importaba que vengamos de Marte: «Sin cédula no les puedo dejar entrar». Leonardo entró para hablar con el dueño, el cual se mostró receloso: «Si llega el Municipio, nos cierra el local». Pero que le acompañe a vernos, ni parecíamos menores de edad, sobre todo Tomás. «Hasta le podrías contratar de guardia, es tuquísimo». Sí, era cierto, parecíamos de dieciocho, pero él no se iba a meter en líos. Sí, era el dueño de la discoteca, pero si la cerraban por nuestra culpa, se quedaba sin comer. «Aquí el que manda es el señor guardia, lo que él diga, yo lo acepto». Este mantenía su negativa.

—Espérenme allá, voy a hablar con él.

Victoria nos despachó mientras Leonardo seguía convenciendo al dueño. Luego nos diría que se inventó una historia que mezclaba cosas reales con otras totalmente ficticias, como que yo me iba a ir de viaje al extranjero y que era la última oportunidad que teníamos para estar juntos en mucho tiempo. Le dijo que no íbamos a tomar ni una gota del alcohol y si él nos decía, ni agua. ¿Y si llegaban policías? Él bien sabía que en el baño se podían esconder. No íbamos a ser los primeros.

Victoria logró su cometido.

—Como ustedes saben, me llamo Victoria por algo.

Era verdad. Celebramos todos con un brindis de Sprite, porque La Mole —apodo del guardia,

al que le hacía honor— nos vigilaba muy de cerca. «Este *man* cuida la discoteca como si fuera suya y me dijo que, si los veía tomando, él mismo se encargaba de sacarlos de un puñete».

No era difícil imaginar que me sentía muy nervioso por mi primera vez en una discoteca LGBTI+. Mis desveladas viendo *Queer as folk* me dejaron la impresión de que un bar de ese tipo solo revelaba a sujetos fornidos, bailando semidesnudos, mientras otros estaban en un cuarto oscuro satisfaciéndose de forma sexual. Al final, encontré un grupo de personas reunidas, en pequeños grupitos, divirtiéndose y siendo felices, mientras la pintura fosforescente con la que nos habían marcado la piel resplandecía con la luz negra que nos alumbraba. Sí, tal vez las idas a los baños no solo eran para orinar, pero tampoco se distanciaba mucho de una discoteca heterosexual.

Tomás se sentía mucho más en confianza. Mientras yo estaba sentado tomando mi gaseosa, me sacó a bailar. En realidad, prefería estar un poco más de tiempo sentado. Él no, viendo que Leonardo y Victoria bailaban juntos, bailó solo.

Describir lo maravilloso que se veía sería tonto, porque no lo conseguiría. Parecía una silueta de luz que bailaba al compás de la música. El mundo se quedó en silencio y todo parecía moverse muy despacio.

«*Tiene la arrogancia del sol. Mirada cándida…*».

Mierda, ¿por qué escuchaba esa canción tan vieja? Obra de mi madre.

Soy un ridículo.

Victoria, por suerte, me despertó de mi ensimismamiento.

—No me pasé convenciéndole al guardia media hora para que tú te quedes sentado.

La reprimenda era acertada. Tomás, a pesar de su seguridad, no había venido a bailar solo ni tampoco quería bailar con otro porque ya había rechazado a un chico que se le acercó. Él quería bailar conmigo, él *debía* bailar conmigo, así que me le acerqué, todavía nervioso y aprovechando que estaba de espaldas, lo abracé por la cintura. «Disculpa, tengo novio», me dijo de forma grosera. «Eso, así me gusta», le dije mientras me reía con él. Bailamos de todo: era bastante bueno bailando reggaetón y, con Leonardo y Victoria aupándonos, hicimos *twerking* y nos bajamos hasta el suelo; cuando pusieron electrónica cada uno saltó por su lado, pero aprovechábamos cualquier momento para estar juntos… luego pusieron algo para bailar pegados: hubiera querido que la canción no termine nunca.

—Te quiero mucho, mi amor.

—Yo mucho más.

Nos sentíamos únicos, felices, plenos. Nos besábamos cuando queríamos y a nadie le importaba, lo que en verdad me llenaba de alegría. Éramos como cualquier otra pareja.

—Mi amor, quiero estar contigo.

—Por siempre.

—No… me refiero a *estar* contigo.

Sonreí, cómplice. Yo también quería, mucho. «¿Y cómo hacemos?». «Creo que puedo solucionarlo».

Victoria, cuando nos escuchó, asumió el papel de hermana mayor: «¿Y cómo hacemos con tus papás?». Ella era la reina del convencimiento, que los llame. «Te juro que no nos vamos a quedar a dormir, yo lo regreso a la casa. Solo ayúdennos con el aventón a la mía». Leonardo se portó más abierto y dijo que por él no había problema. Nos recordó, sin embargo, que si salíamos iba a ser mucho más difícil que volviéramos a entrar. Victoria nos recordó que ella no estaría ahí para convencer al guardia del motel para que nos deje entrar. Lo sabíamos.

—Yo no sé en qué momento me convertí en su mamá, pero harán las cosas bien.

No fue difícil convencer al padre de Tomás para que le preste el vehículo: «Doctor Caballero, es una fiesta en mi casa, pero usted sabe, vivo lejos». «Es verdad, van a estar los padres de Miguel Ángel, sus primos, si quiere llame a una prima que nos está esperando allá». Le dio permiso, siempre y cuando Tomás llegue a la medianoche, porque al día siguiente tenía entrenamiento.

Victoria nos llamó: «Todo bien, tu mami piensa que se te apagó el celular y que estás en mi casa. Si no llegas máximo a las doce, te castro. Cuídense, besos».

* * *

—Oye, ¿tenemos condones?

—Ahí creo que venden…

En realidad, no sabía cómo funcionaba un motel, a tal punto de que me asusté cuando sentí la puerta cerrarse detrás de nosotros. «Tranquilo». «¿Te diste cuenta de que el guardia nos vio?». «Ese pobre tipo debe haber visto cosas peores, pero le pagan por tener la cara de palo». Insistió en llevarme en sus brazos, a lo que me resistí por miedo a que pierda el equilibrio y caernos. Que no pasaba nada, al menos que lo deje cruzar el dintel conmigo. Me dejó encima de una espaciosa cama. Todo, la verdad, se veía muy lindo.

—Cuando nos casemos, deberíamos tener un departamento parecido a esto… hasta con esa silla rara.

Al contrario de lo que hubiera pensado, las cosas fluyeron. Claro que hubo movimientos torpes, producto natural de nuestro nerviosismo, aderezados con besitos y sonrisas nerviosas. Sentir su cuerpo sobre el mío, por otra parte, me daba toda la seguridad del caso. Ensayamos algunas de las cosas que yo había visto en las películas y otras tantas que salieron en ese momento. Sí, no fue del todo agradable al inicio, porque dolía, pero de alguna manera tuvo la delicadeza de poder mantener un ritmo que convirtió ese dolor en algo agradable.

Pero lo mejor —y siempre lo diré— era estar abrazado a él, recostado en su pecho, escuchando música o viendo televisión, mientras sentía que poco a poco me vencía el sueño porque el acompasado ritmo de su pecho me acurrucaba.

Victoria me conocía más que a mí mismo, sin duda. Alrededor de las once —«Con miedo de que interrumpiera sus cosas»— me timbró al celular. Eso nos despertó. Verlo a mi lado apenas abrí los ojos se sintió glorioso, pero el evidente mal humor de alguien a quien le interrumpen su sueño se hizo notar. «Deja de ser grosero, Mickey, no se olviden que tienen que ir a la casa».

Despertar a Tomás fue mucho más difícil y se requirió hasta de una negociación para que se levante de la cama. De regreso, aún más unidos por lo que habíamos pasado, solo podíamos sonreír.

—¿Te dijeron algo en tu casa? —me escribió una vez que llegó a la suya.

—Nada. ¿A ti?

—Nada. Mi padre me preguntó si había llenado el tanque de gasolina.

Reíamos, nos sentíamos felices, nos sentíamos plenos. Éramos una pareja plena y disfrutaba cada minuto de nosotros.

Éramos.

Capítulo 5

Como toda pareja de nuestra edad, nos contentábamos con poco y para nosotros, que a Tomás se le preste el vehículo era como un día de feria, podíamos ir dónde quisiéramos. Al recordarlo, no entiendo cómo no nos detuvo un agente —me enteraría luego que, por muy permiso temporal que se tenga, se necesita al lado una persona con uno permanente—, aunque, siendo sinceros, Tomás no aparentaba 16: su cuerpo atlético, su estatura y su escasa barba cobriza engañaban a quien no lo conocía.

Por otra parte, los días que no teníamos a disposición un auto, igual nos veíamos, en bus o en taxi, en ocasiones sentados y de pie la mayoría de las veces, compartiendo un audífono y escuchando Calle 13, Ska-P o, para qué negarlo, Lady Gaga o Paulina Rubio —«Ya te vas a mariconear», me decía—, mientras mirábamos por la ventana ese mundo que queríamos conquistar, juntos.

El problema conmigo, y que él sí podía controlar, eran las muestras de afecto. Yo, de forma consciente o inconsciente rozaba el dorso de su mano con mis dedos o trataba de tomarlo de la mano o abrazarlo. Él, más prudente, me frenaba, no tanto por el hecho de que ambos estábamos en el clóset, sino porque pudieran existir personas que no nos acepten. Esto nos llevó a algunas discusiones —«Te quiero mucho, no me pidas que no lo demuestre», «Pues yo no quiero demostrarte mi amor fajándome con unos homofóbicos que te quieran partir la cara»— y otras tantas reconciliaciones —«Perdóname, amor, es que no sabes lo rico que siento cuando te abrazo», «¿Y si le pido el auto a mi padre y nos vamos a algún sitio más íntimo?»—. Los heterosexuales no entenderán nunca lo que significa mirar a ambos lados con temor antes de darse un beso.

Hubo una vez que nos sentimos discriminados en el lugar menos pensado. Era viernes, lo recuerdo bien. Aprovechando que su padre estaba de viaje y que su madre era mucho más permisiva, Tomás tomó el auto y nos fuimos a bailar. Para entonces, La Mole era ya un viejo conocido que, con la única condición de no tomar ni una gota de licor, nos dejaba pasar sin problemas —Tomás se molestaba mucho, porque según él, La Mole siempre me sonreía y me miraba con lujuria, aunque yo nunca me percaté de eso—, así que pasamos juntos esa noche, y queríamos pasar mucho tiempo más:

—¿Tienes plata?

—Sí, tranqui, mi papi me dio.

Llegamos a un motel cercano. El guardia, antes de abrirnos el cerramiento, se percató que los dos éramos hombres:

—¡Váyanse de aquí!, ¡no, no, no, no… aquí dos hombres, no!

Antes que avergonzado, como yo, Tomás estaba enojadísimo. Le valía mierda que no nos dejara entrar, porque al fin y al cabo podíamos ir a otro motel. Lo que le enojaba era la actitud, la rudeza, la discriminación que estábamos padeciendo. «No me voy a mover de aquí. Abra la Lanfor de inmediato, que de por sí me enoja que usted nos vea cuando esto debe ser totalmente privado». El guardia continuaba con su: «No, no, no».

—Llame al gerente.

Los dos se quedaron en silencio y me miraron, sorprendidos. No sé de dónde saqué la valentía, tomando en cuenta que unos minutos antes yo estaba muerto del miedo y la vergüenza. «¿Disculpe?». «Que llame al gerente, si él me dice que nos larguemos, nos largamos». Guardaba

debajo de la manga la carta del «no se nos puede discriminar y se van a meter en un buen lío», en el caso de que el asunto pasara a mayores.

No resultó ser *un* sino *una* gerente. A través del teléfono, Tomás le explicó que queríamos estar juntos, que celebrábamos nuestro compromiso matrimonial —al fin y al cabo, nadie estaba ahí para desmentirlo— y que le habían recomendado dicho motel, pero que estábamos decepcionados por el trato. Muy cordial y en una hábil maniobra, ella —su voz parecía la de una joven— nos explicó que el guardia era una persona mayor, con una educación antigua y que venía de una familia muy conservadora, por lo que para él era algo raro ver a dos chicos queriéndose —«¡Qué mala suerte!, el resto de nuestro personal tiene una mentalidad muy abierta. Justo hoy coincidieron ustedes tres»—. Que lo perdonemos, que mañana le van a dar instrucciones para ser más cordial con las personas, pero que no le pidamos que lo despida, porque era el único trabajo que tenía.

—Se salvó. Yo iba a pedir su cabeza —mintió Tomás—. Ahora sí: déjenos entrar.

Entramos a la habitación de lujo, y gratis. Poco después de entrar golpearon un compartimiento y nos ofrecieron dos botellas grandes de cerveza. «Era de haberles exigido algo más: un asado cuando menos». En realidad, la pasamos muy bien. De cuando en cuando hacíamos mucho ruido para que el guardia pudiera escuchar nuestro pequeño triunfo. No supimos si lo hizo, porque cuando salimos de la habitación, nos dio la espalda todo el tiempo.

En conversaciones posteriores con Tomás, reflexionábamos qué hubiera pasado si nosotros no hubiéramos reaccionado o sobre los casos en los que parejas homosexuales no se defendían y salían, humillados, discriminados, no solo de un motel, sino de otros sitios como restaurantes, bares o cines.

—Por eso prefiero mantener un poco la discreción, amor. No es porque no te quiera, es porque no sé cómo los demás vayan a reaccionar.

Después de este incidente manejamos un perfil más bajo, al menos yo. En el cine, por ejemplo, aprovechábamos para tomarnos de la mano por debajo del apoyabrazos, aunque, dependiendo de la película, solía recostarme en su hombro o aferrarme a su brazo. En las películas de miedo —y es algo que nunca pude controlar—, había momentos en los cuales ocultaba mi rostro contra su pecho, evitando ver las escenas más terroríficas. Aprendimos a codificar nuestros «Te quiero» o los «Me gustas» con golpecitos en una mesa o tosiendo de determinada manera, si nos veíamos rodeados de desconocidos.

Sin embargo, tampoco es que mantuviéramos la discreción siempre: no era raro que, en el patio de comidas, nos diéramos de comer al otro unas papas fritas en la boca o, cuando a mí me operaron de las muelas del juicio, me haya consentido cual niño chiquito, conminándome a que tome el *milkshake* que había comprado especialmente para mí.

—¿Qué pasaría si tus padres nos encuentran aquí?

No lo había pensado. «No sé, mis papás son muy cerrados… Saben que eres mi amigo, pero si nos ven siendo cariñosos, espero que no reaccionen mal. ¿Y los tuyos?». «Mi madre creo que sabe. Mi padre, no lo sé, pienso que se sentiría decepcionado». «No entiendo». «O sea, siempre me han dicho que él esperaba un varón para continuar el apellido». «Y en lugar de eso, tuvo dos niñas». Reía ante mi broma, pero en su risa se adivinaba algo de temor. Es verdad, no quería decepcionar a sus papás de ninguna manera.

Nunca lo hizo. Lo descubrimos a los siete meses de estar juntos, cuando, de mi mano, Tomás salió del armario ante su familia.

—Todo va a estar bien, amor.

Lo había decidido en uno de sus arranques: no iba a permitirse pasar su cumpleaños diecisiete escondiéndome bajo el título de su *mejor amigo*. No es que no lo fuera, pero yo era algo más que eso. «Verás que vamos a estar juntos por siempre». «Sí, por siempre». El amor adolescente es así, lleno de ilusiones, de esperanza, de la seguridad de que las cosas son eternas y con felicidad.

—¿Mi padre vendrá hoy temprano?

—No lo sé. ¿Por qué no lo llamas a preguntar?

Que lo perdone por interrumpirlo en sus actividades y que no, que no se preocupe, que no pasó nada malo. «Es que tengo que decirles algo, a usted y a mi madre». Que no había problema, la comida ya iba a estar hecha para cuando él llegue y no debía comprar nada. Sí, que le esperaban con gusto.

Nunca antes lo había visto tan nervioso: se volvió a duchar y se colocó una camisa de color vino que, a decir verdad, le sentaba espectacular porque acentuaba su cabello castaño y sus ojos color sol. «Me vas a acompañar, ¿cierto?». ¿Yo?, pero si yo estaba con el calentador del colegio, para colmo con las rodillas sucias. No, muchas gracias. Entendía lo importante que era ese momento y la intimidad que debían tener como familia. «No, no te vas», me dijo Tomás. «Contigo me siento fuerte, amor».

Apelaba a mi cursilería, un golpe bajo. A regañadientes, acepté. ¿Y si reaccionaban mal?, tal vez ese era el miedo que tenía y por eso necesitaba tanto de mi presencia, o de apoyo.

—¿Estás rezando?

—A Sergio y a Baco.

—¿?

No lo explicó en ese momento, sino después. «No quise arruinarlo, sabiendo lo celoso que eres». Fue una confesión, más que una historia: cuando tenía unos años menos, había conocido a alguien mayor, mucho mayor —«No sé, me pareció guapo: delgado, barba de candado y cabello corto, con algunas canitas»—. Sí, se había ilusionado y aunque sí habían intercambiado algunos besos, nunca llegó a nada porque tenía miedo a que lo metan preso. Alguna vez, de regalo, le dio una estampa que yo había visto entre sus cosas y a la que no le di importancia: «Sé que no crees en Dios, pero hasta nosotros tenemos santos que nos cuidan». Fue como una especie de despedida, porque poco después, nunca supo más de él.

—Me hizo daño. Fue muy lindo, pero tardé mucho en recuperarme.

Sobre los santos, luego me enteré de un supuesto matrimonio entre personas del mismo sexo que celebraba la Iglesia primitiva: la *adelphopoiesis*. En realidad, no era un matrimonio en sí, sino un compromiso entre dos personas del mismo sexo para llevar una vida de santidad y amistad, pero no hubiera sido raro que, aprovechándose de esta fórmula, muchas parejas homosexuales de principios de era hayan unido sus vidas bajo la bendición de Dios y de esos santos, los santos gais.

—Interesante, ¿no?… extraño, pero interesante.

—A veces no te entiendo.

Poco después llegó su padre. Amadita, previendo un acontecimiento importante, no solo había elaborado manjares, sino que había acomodado la mesa muy elegante.

Bajamos a saludar. Como siempre, el señor se mantuvo muy cordial y me saludó con afecto, preguntándome sobre cómo estaba mi familia y qué tal me iba en la selección de fútbol del colegio. «Mi Tomás no quiso entrar ahí, prefirió el básquet y está bien. La verdad, a mí me interesa más que siga con las artes marciales». Sí, a mí también me gustaba eso, «Pero solo ver, nada más». Reímos todos mientras se acercaba la dueña de casa y nos pedía sentarnos a la mesa.

«No, mami, vamos a la sala un rato».

Sus padres cruzaron una mirada que ahora considero cómplice. Mientras tomábamos asiento, Amadita se llevó a Emilia a jugar: «Van a conversar cosas de mayores». «¿Cuándo voy a ser mayor para enterarme de lo que pasa en esta casa?». La ocurrencia de la niña fue recibida de nuevo con alegría y risas. «¿Un juguito?». «Sí, gracias». Amadita estaba lista para servirnos un espectacular jugo de naranja.

—¿Te pasa algo, hijo?

La pregunta del padre hizo que el hijo se pusiera serio y adoptara una postura muy formal. Yo estaba a su lado. Así no hubiera querido decirles que éramos novios, ya se debieron dar cuenta, pensé. Bueno, el momento había llegado. Para evitar cualquier problema, yo me mantendría en silencio, tomando pequeños sorbos de jugo. ¿Qué?, ¿me está cogiendo la mano? Sonreí. Ni siquiera podía escuchar lo que decían porque solo oía los latidos de mi corazón dentro del pecho. O sea, ¿salir del clóset y presentarles a tu novio?, ¿no era una noticia muy fuerte para ambos, por muy liberales que fueran? Por un momento pensé en retirarle la mano, pero no, por sus mejillas sendos lagrimones caían, pesados, en sus muslos. Lloraba, pero más que un llanto de tristeza era un desahogo. ¿Qué sentirá en este momento?, ¿qué ideas le vendrán a la cabeza?, ¿qué pasaría si yo hiciera lo mismo? Mis pensamientos fueron interrumpidos por Emilia:

—Mickey, ¿por qué está llorando mi ñaño?

Mientras Tomás hacía su declaración, todos se concentraron en él —incluso Amadita, quien se encontraba escondida detrás de la puerta de la cocina, escuchando todo— y nadie se percató de la presencia de la niña hasta que hizo esta pregunta. «Nada, Emi, les está diciendo a tus papis una cosa». Solté la mano de Tomás para ayudar a la niña a que se siente en medio de nosotros, protegiéndonos en su pequeña estatura. No se quedó mucho. A una seña de su madre, corrió a sentarse en su regazo.

Luego de que Tomás hablara, hubo un silencio que me resultó incómodo. Él esperaba las palabras de sus papás y estos buscaban los términos adecuados para decir algo. Nervioso, solté una risita de niño tonto. Las miradas se dirigían a mí y pedí perdón. Que no me disculpe, dijo el señor, que entendía que eran los nervios. Tomás me confesaría luego que, en ese momento, estuvo a punto de sacarme a patadas de la casa porque pensó que me estaba burlando de él. Y dice que el aprensivo soy yo. «¿Más juguito?», me ofreció la señora, a lo cual me negué.

Después de tomar aire, el papá de Tomás comenzó diciendo que se acordaba cuando él nació y cómo se sintió orgulloso de él. «Entonces, no vivíamos sino en un departamento minúsculo, que compré con mis ahorros de soltero. Mi suegro nos ayudaba». Dijo que, viéndolo tan pequeño, tenía que partirse el lomo para darle lo mejor. «Por suerte, las inversiones ayudaron mucho». Su esposa, abrazada a Emilia, sonreía con los ojos anegados. Tomás seguía llorando.

—No llores, Tomás.

Mi petición se escuchó más como una orden. «Perdón», dijo. No, que me perdone a mí por no haber modulado el tono. El papá me secundó: no quería que llore por algo que ellos ya sabían y ya lo habían hablado. «Hijo, nosotros nos dimos cuenta hace un año». ¿Cómo?, ¡pero si ni él había estado seguro de sus preferencias hace un año! «Un padre sabe», dijo sonriendo. También dijo que la noticia le había impactado, pero que ambos —él y su esposa—, habían buscado ayuda con algún psicólogo recomendado. «Y yo que pensé que era porque se iban a divorciar». Reímos todos, menos Emilia, quien parecía no darse por enterada de lo que estaba pasando. No, no se iban a divorciar, solo buscaron ayuda para saber cómo asimilar mejor la noticia y cómo poder ayudarle. «¿Y le dijeron a alguien?». No, no tenían por qué. Si él quería, no había problema. «Te

amo, te amamos mucho». Emilia también le dijo que lo amaba.

Se abrazaron los cuatro, en un recuadro que me parecía el de una telenovela. Eran la familia perfecta. No hubo gritos, no hubo amenazas ni desconsuelo. No hubo amenazas de desheredo ni terapias de conversión. Nada.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de la madre, quien me llamó y me abrazó. Dijo que ella supo, desde el primer momento, que entre Tomás y yo había algo. «No sabes cuánto me agrada que seas tú, porque de otra manera siento que mi Tommy estaría desprotegido». Pero si no habíamos dicho nada, dijo Tomás. Su padre soltó una sonora carcajada: «Hay cosas que se notan a leguas, hijo, no solo por intuición». Nervioso, los seguí cuando decidieron ir a la mesa. Todos, en mayor o menor medida, lloraban. Hasta Amadita, en el momento de servir la comida, tenía los ojos rojos.

—¿Tommy y tú son novios y se van a casar?

—¡Emilia! —gritó Tomás, avergonzado.

Su madre nos salvó. «Sí, son novios, pero no se van a casar porque están muy chicos». «Además, mis papis no saben», dije con una sonrisa tonta, como excusándome de que mi familia fuera menos liberal que la suya. «Tranquilo, no hay apuro», me dijo Tomás.

—Bueno, bueno, bueno… Vamos a comer.

Tomás me dijo, después, que su padre se le había acercado y le había dicho «de hombre a hombre» que tenga cuidado, que a él le tomó un año aceptar que tenía un hijo gay porque la noticia no era fácil. Tenía miedo de que cualquier persona pudiera amenazar su integridad o de que pudiera contagiarle algo —«¡Uno ve tantas cosas en la televisión!»—. Al salir de la habitación, luego de las buenas noches, también le había dicho: «Tu novio está guapo: hacen bonita pareja».

Miento, eso no lo dijo, pero puedo soñar, ¿no?

Ya con la venia de sus padres, Tomás se sentía más libre de demostrar su cariño, al punto que me invitó, un par de meses después —y a poco tiempo de haber celebrado su cumpleaños— a un evento de su familia: su abuela materna cumplía años e iban a tirar la casa por la ventana.

—No, no voy.

¿Por qué no ir si su madre mismo le había pedido invitarme? No, yo me moría del miedo. Estábamos yendo de aquí a la luna cuando recién estábamos aprendiendo a gatear. Ni la llamada de la madre hizo que me comprometa al cien por ciento: «Sí, señora, yo entiendo, pero déjeme pedir permiso, lo que pasa es que creo que tengo un compromiso con mis papás, algo de la familia, ya sabe». Claro, comprendía, pero esperaba que los pueda acompañar: «Mi Tommy no tiene una buena relación con sus primos, así que contigo no estará solo». Gracias, muchas gracias, de verdad estaba muy agradecido.

—¿Y no quieres ir porque…?

Victoria no comprendía. Para ella, los avances que habíamos logrado no los hubiera imaginado en siglos. «Ya le conoces a la familia y ellos te quieren». «Sí, ¿pero si se dan cuenta los demás?». «No seas tonto, Miguel Ángel, si estás con Tomás, nada más importa». Hasta mi hermano tuvo su parte convenciéndome: «Cuando te dejes de hacer el difícil, Tomás se va a cansar y te va a decir que no te va a invitar nunca más a nada… o capaz se va con otro». Idiota, lo que me faltaba, una idea parásita de que mi novio tiene mozo. Es que era así, me dijo Simón, si a él su novia le hacía algo parecido, la dejaba, algo poco probable porque cuando estuvieron separados una semana, él pasaba llorando y escuchando a Pedro Aznar al punto que hasta yo cantaba *«Amarazáia, zoê, záia, záia…»* sin quererlo.

El evento era dentro de quince días, así que tuve el tiempo suficiente para pedir permiso y lograrlo. «¿Y por qué tu amiguito te invita a algo que es solo de su familia?». «No, papi, o sea me invitó a mí y a Vicky, pero ella no va porque está de novia con un chico mayor». «Sí, hace mucho que no hemos escuchado de ella ni la hemos visto, Mickey», dijo mi madre, «Algún día está de que la traigas a tomar un cafecito». «Sí, mami, yo le digo, ojalá el universitario la deje, es bien celoso».

—Algún día tu mamá te va a cachar la mentira y ahí sí, palo a vos, a tu novio y a mí, por alcahueta.

Consintieron el permiso solo porque Simón les convenció: «Ni siquiera van a estar tomando, es una reunión familiar de los ciento y pico años de esa señora. A otras cosas sí lo dejan ir». Al final accedieron.

* * *

El lugar de reunión era una casa de campo, con un patio enorme y pileta de piedra en el centro, más o menos a una hora de la ciudad —«Si tuviéramos tiempo, te haría conocer mi antigua casa, estamos a una hora y media de allí, tal vez menos»—. La propiedad era de sus abuelos —«No entiendo por qué la compraron tan lejos, pero ya vas a ver, te va a gustar mucho»—. Por fortuna, el buen clima nos acompañó. «Lo malo es que taparon la piscina para ampliar el patio, si no, podríamos nadar». No atendí del todo a la conversación de la madre, porque estaba nervioso viendo a través de la ventana. «¿Estás bien?», me preguntó Tomás mientras me cogía la mano. Su padre, divertido, nos veía a través del espejo retrovisor. «Sí, tranquilo», le contesté. Emilia rompió la tensión con un pequeño aullido que nos ruborizó.

Su familia fue muy amable y cordial. «Con mis tíos y mis abuelitos, todo bien. Solo con mis primos no nos llevamos. No somos muy unidos». No lo entendía, porque en mi casa, por otra parte, nos llevábamos de maravilla con todos. «Cosas de familia», me respondió parafraseando a Leonardo.

La verdad es que cuando entramos, lo noté más nervioso que yo. «Solo con mis primos no nos llevamos. No somos muy unidos», pero había algo más. «¿Estás bien?». «Ajá». Mentía. Luego entendería porqué. Según me contaría mucho después, sus primos habían notado también que era algo *delicado* y alguna vez, las bromas se salieron de control y él reaccionó. «Me apabullaron, me sangraba la nariz y no pude ir dos días a la escuela porque mi ojo estaba todo morado». Claro, hubo disculpas de por medio y el apretón de manos haciendo las paces, pero el resentimiento se mantenía. «No creo que todos los homofóbicos sean homosexuales reprimidos, algunos solo nos odian». Por eso, me dijo, se sentía seguro conmigo, su caballero andante, un Quijote que encontró en Sancho a la Dulcinea por la cual pelear contra tres, veinte o cien gigantes, aunque estén disfrazados de molinos de viento.

Sus abuelos se mantuvieron muy respetuosos y su abuela, en especial, se portó muy cariñosa, ofreciéndome comida, bebidas y hasta un pequeño tour por la casa. Al contrario que mi propia abuela —prototipo de mujer anciana con cabello entrecano, lentes pequeños y algo encorvada—, la señora reflejaba elegancia y buen gusto, con un corte de cabello hecho por un estilista, ropa de marca y joyas vistosísimas. Siempre se movía con finura y no decía una palabra de más.

Sus primos, por otra parte, pasaron desapercibidos. Uno de ellos, no sé si por obligación o por genuino interés, me pidió que jugara en su equipo cuando se improvisó un partido de fútbol. Aun

con pantalón de tela y zapatos incómodos, jugué y anoté algunos goles. Poco a poco me sentí a gusto y Tomás también. «Si antes se preguntaban si era ojete, pues ahora no solo lo confirmaron, sino que hasta conocieron a mi novio». Reímos por la grosería que, en su boca, era bastante extraña, así como reímos nerviosos cuando, aprovechando que muchos salieron a bailar cumbia, nosotros subimos las escaleras y, procurando no hacer ruido, entramos a una de las habitaciones en la cual, en medio de la oscuridad y apoyados en la puerta, aprovechamos a besarnos y tal vez a hacer un poco más, solo un poco.

Para el momento de las fotografías todos estaban felices, incluyéndome. Aproveché que era el único extraño para tomar la foto familiar oficial y otras tantas de las decenas de celulares que me entregaron. Luego, cuando las compartieron, quedé impresionado por una fotografía que habían tomado en el momento del pastel, en la que estábamos solo Tomás y yo, riendo despreocupados, sosteniendo estrellitas de Navidad en una mano y una copa de *champagne* en la otra, yo apoyado en él. Esa fotografía la atesoro porque es lo que me recuerda lo que he vivido y aún me saca una sonrisa cuando nos vemos así, tan felices, queriéndonos.

Al salir, me despedí de los abuelos con un abrazo. «Espero que vuelva a visitarnos». «Yo también espero eso, señora, ji, ji, ji».

En el viaje de regreso, tomados de la mano, tanto Tomás como yo mirábamos la carretera. Estaba ya oscuro y las mujeres dormían con placidez. Aprovechando el silencio, el padre preguntó:

—¿Te divertiste, Miguel Ángel?

—Sí, sí señor. Muchas gracias por haberme invitado.

—Espero que tu familia no diga nada porque te demoraste un poco.

—No, la verdad es que ya les escribí para avisarles que me demoraba. Muchas gracias más bien por llevarme de regreso, ¡qué vergüenza con ustedes!

—No tienes por qué. Cuando mi Tommy conozca a tu familia, también le voy a dar permiso para que llegue tarde.

—Padre, no… —interrumpió Tomás, nervioso.

—La verdad, señor, es que mi familia no lo sabe aún.

Tratando de evitar un mal momento por su comentario, el señor me dijo que no me debía preocupar de eso, que los padres aman a sus hijos de manera incondicional y que, si bien es una noticia impactante, ellos comprenderían y siempre abogarían por mi felicidad.

¡Qué errado estaba!

Capítulo 6

No sé por qué, pero de todo lo que pasó ese día, se encuentra indeleble, eterno, inamovible, el perfume de Leonardo cuando yo me encontraba apoyado en su pecho. Detrás de mí, Victoria me abrazaba y no me soltaba. Solo cuando vi a Tomás me deshice de ese abrazo de tres y me enganché en su cuello.

—Me odian, me odian, me odian…

Pero antes que prosiga, he omitido algo importante, al menos, algo importante para esta parte del relato. Tomás y yo teníamos entre nosotros muchos detalles, cada uno más cursi: todo comenzó conmigo, cuando le compré, en un impulso, un pequeño peluche de *Spider-Man* que él luego colocaría en su escritorio. «¡Me encanta, gracias!». Luego de un tiempo, él me regaló unos chocolates y una pequeña carta. Yo, a la vez, correspondí a su afecto con otras cositas y poco a poco, el segundo cajón de mi veladora comenzó a poblarse de fotografías, cartas, envolturas de golosinas, corazones en *origami* y otras tantas cosas que él me regaló.

Pues bien, ese día, cuando regresaba de un paseo en bicicleta, una de esas cartas se encontraba en poder de mi mamá, quien, desconsolada, me esperaba en el desayunador.

—¿Qué significa esto, Miguel Ángel?

Fue mi padre, con los ojos enrojecidos, quien me increpó. Yo no sabía qué responder y, asustado, traté de huir a mi habitación. «¡Quédate ahí donde estás!», gritó, mientras me tomaba del brazo y me obligaba a sentarme junto a ellos. Mi madre, al verme a los ojos, exhaló un grito que hizo que me estremeciera.

* * *

Temprano en la mañana, so pretexto de recoger la ropa sucia que había dejado en mi habitación, mamá entró y aprovechó para ordenar mi cuarto. La curiosidad le ganó y, como bien me diría después, al sospechar acertadamente que mi relación con Tomás iba más allá de una simple amistad, comenzó a hurgar mis cosas.

—¡Pero ustedes no tienen derecho a meterse en mi vida!

—¡Silencio! —Golpe con la palma en la mesa y amenaza posterior de una bofetada.

En realidad, ya iba a desistir de su empresa: nada parecía *anormal*. El escritorio se encontraba ordenado, la mochila no tenía nada que llame la atención y el primer cajón de la veladora no tenía nada, salvo basura. De reojo, espió en el segundo cajón y encontró la serie de regalos de los que fui partícipe. Lo que más le llamó la atención fue un papelito blanco doblado en cuatro, en el que se podía adivinar algunas letras escritas con tinta lila. El mismo papel que ahora estrujaba en su mano y me lo enseñaba, como muestra de mi *degeneración*.

—Entendemos que puede ser parte de una fase, pero queremos saber la verdad de tus propios labios: ¿Es cierto lo que dice esta carta?

Sí, es cierto: Tomás es mi novio y tal como dice, está enamorado de mí y me quiere cada día más. Yo también lo quiero y me ha ayudado mucho a mejorar como persona…

Solo asentí con la cabeza.

Mi padre se levantó y tomó un vaso de agua. En sus ojos veía odio, rabia, ira, algo extraño que nunca pude adivinar pero que, consideraba entonces y lo considero hoy, bien le hubiera conducido a golpearme. Mi madre hizo una pelota con el papel y lo tiró lejos, mientras tomaba

de mis manos y me decía una y otra vez:

—Dinos quién fue… solo dinos quién fue…

—¿Quién fue? —apenas balbuceé.

—El que te violó.

Nadie, no me habían violado. En mi vida nunca se habían propasado conmigo, excepto Francisco, pero para entonces ya tenía bien definido que me gustaban los chicos.

—Entonces no entiendo qué hicimos mal.

Mi padre tuvo la respuesta ante la pregunta: la culpable era ella, por siempre mimarme, por consentirme en todo y hacerme *menos hombre*. Claro, ante cualquier caída, ante cualquier pleito o ante cualquier problema, yo iba como un niñito mimado a su regazo. «Teníamos que criar a un hombrecito, no a una niñita». Y claro, la culpa también era de él, por no estar ahí, conmigo, por no enseñarme a ser fuerte ni enseñarme que los hombres no lloran. «¿Si le has visto?, en las películas llora como una Magdalena. Al menos juega fútbol, si no capaz hasta terminaba vistiéndose de mujer».

No podía creer lo que escuchaba de mi papá. ¿De qué servían tantos diplomas, si al final su pensamiento retrógrado no había cambiado? «Nadie tiene la culpa, yo así nací», dije, ante lo cual mi padre me lanzó un bofetón que me viró la cara. «¡Atrévete a llorar!», me dijo. Yo cerré mis ojos y me decía a mí mismo que no, que no llore, que no les dé el gusto, aun cuando sentía que de mis ojos querían salir gruesos lagrimones y que mi mejilla palpitaba rítmicamente.

—Cuando naciste, el doctor nos dijo que eras un niño, no una niña o un homosexual.

—Debimos habernos dado cuenta desde antes, pero parecías *normal*. Nunca te vimos vestirte con falditas ni tampoco hacerles cosas a otros niños… no, no, no, esto es una pesadilla.

Y mamá se largó a llorar otra vez.

Mi padre se puso a mirar por la ventana, respiraba agitado y puedo decir que se controlaba. «Te prohíbo terminantemente que te vuelvas a ver con ese chico… Claro, yo sí decía, algo sentía en el corazón cuando lo veía o cuando hablabas de él… Enfermo, un enfermo».

—No le digas así.

—¡Le digo como se me da la gana! Ese degenerado te hizo maricón ¿y todavía lo defiendes?

Claro que lo iba a defender, él era mi enamorado, yo lo quería y él a mí también. Esta vez, mi insolencia se vio recompensada con un puñetazo. Sentí que manaba sangre de mi labio.

—Vas a subir a tu cuarto y vas a traer toda esa porquería que tienes de él. Tú mismo la vas a quemar. Luego, ya veremos.

No se los iba a permitir. Cogí del suelo la pelota de papel y salí corriendo hacia mi habitación. Cerré con seguro la puerta. Vacié todo mi cajón en mi mochila y pensaba el modo de escapar. Escondido debajo de la cama, por si encontraban la llave que les permitiría entrar, marqué el número de Tomás, pero no contestaba. Victoria sí. Asombrada, me preguntó qué me pasaba y cuando se enteró, lo único que dijo fue:

—Ven a mi casa, urgente.

No sabía cómo. «Salta por la ventana». Estaba loca, me mataba. «¿Entonces?». Tomando fuerzas de flaqueza, me abrí paso entre mis padres, ansiosos de que alguna de las llaves les permitiera el paso.

—¿Ya vas a verte con ese degenerado, ah? ¡Te vas a ir al infierno!

Mi padre me persiguió con la correa en la mano, pero mi agilidad y juventud sirvieron para poder escapar de alguno de sus golpes. Dejándolos atrás y corriendo hasta sentir que me palpitaban las sienes, sus gritos poco a poco se apagaban. Tomé un taxi. «Mi amor, porfa, apenas

puedas, llámame». El mensaje de voz delataba una voz quebradiza. «¿Problemas en la casa, mi jefe?», me preguntó el taxista. No contesté, si bien quería decirle que sí, que habían descubierto que era gay y no me aceptaban. Interpretando mi silencio, el taxista solo dijo: «Los problemas se solucionan, ¡dígame a mí!».

Llegué a la casa de Victoria y ella me esperaba, con Leonardo, en la acera. «Ven, vamos al parque. Me llamaron al celular y no creo que tarden en llamarme a la casa. Mis papás no están, por eso le dije al Leo que venga al desayuno». Me abrazaron entre los dos porque, al llorar de nuevo en sus brazos, me sentí algo débil. «¿Quieres comer algo?, ¿te traemos algo?». No, no quería nada. «Quiero ver a Tomás, quiero verlo».

Llegó luego de una hora, mientras yo estaba abrazado a Leonardo y a Victoria. «Te estaba llamando», le reclamé. «Sí, mi amor, estaba entrenando. Apenas escuché tu mensaje te llamé, pero tu teléfono está apagado. Victoria me dijo que estaban aquí».

—Mis papás me odian, mis papás me odian.

Percibí el olor acre de sus axilas y el sudor de su pecho. Del apuro, no se había bañado. Su olor me reconfortó y me dio calma. Respiré y le conté que mis padres habían encontrado una carta suya y descubrieron que era gay. De mi bolsillo saqué el papel arrugado en el que Tomás me confesaba estar cada día más enamorado de mí, firmando con nuestros nombres entrecruzados y unidos por un corazón. Sentí que me abrazaba cada vez más y más fuerte.

—Mis papás me odian, mis papás me odian.

No era el momento de pensar en eso, dijo Victoria, quien nos prestó su casa para asearnos y tranquilizarnos todos. Leonardo, en una muestra de solidaridad, se me acercó y me dijo: «Tranquilo, nunca es fácil para los papás. A lo que llegue Jacobo le digo que les cuente cómo él salió del clóset: sus hermanos le mandaron al hospital». Al menos yo tenía a mi hermano que me quería y que, de estar en casa en ese momento, me hubiera defendido. «Tú tranquilo».

Tomás sacó de su mochila un par de camisetas limpias y otro par de medias: «Cámbiate con mi ropa». Entré a la ducha y sentí en mi cuerpo el calor del agua, lo que me ayudó a relajarme. Al poco tiempo sentí cómo entraba Tomás y me abrazaba. No hicimos nada, al contrario, se esmeró en darme un masaje y nos mantuvimos abrazados durante un buen tiempo. Luego, cada uno jabonó al otro y lo aseó con esmero. Nunca habíamos estado tan íntimamente relacionados, sin necesidad de tener sexo. «Te amo». «Me dijiste que me amabas». «Es que sí te amo». «Yo te amo más».

No llegaba ni el mediodía y Victoria contestó el teléfono. No, que no me había visto, pero que sí la había llamado pero que me notó triste y que luego colgué. Sí, ella también estaba preocupada. «No creo que sea buena idea que estés tan lejos de tu casa», dijo Leonardo. «Pueden llamar a la casa de Tomás o buscarte allá, no importa que no tengan el número, los papás son capaces de todo». No, no quería que Tomás estuviera en problemas. Heroico, él no se inmutó: en ese momento llamaría a sus padres y les diría que me den posada. Que no sea tonto, que en primer lugar no le van a dar permiso y, en segundo lugar, eso solo agregaría más leña al fuego. «Piensen un poco».

Luego de algún tiempo en el que negociamos Tomás y yo contra Victoria y Leonardo, decidimos que lo mejor era que yo regrese a casa. Prendí mi teléfono y la primera llamada que recibí fue la de mi padre, quien me decía, con voz firme, pero sin gritar, que en ese instante vaya a la casa. «Sí, papi».

Leonardo nos acercó a todos en su auto hasta una distancia recomendable. Durante el viaje, Tomás me brindaba apoyo entre sus brazos, mientras escuchábamos cómo Leonardo nos

aconsejaba: «Todo va a pasar, verás. Más temprano que tarde tus papás te van a aceptar y te van a querer. ¡Son tus papás!».

Para el momento de la despedida, besé a Tomás en los labios y le estreché en mis brazos. Aún con su camiseta puesta, me vieron alejarme en dirección a mi casa.

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que lo vería en mucho tiempo, le hubiera dado todos los abrazos y todos los besos de este mundo.

* * *

Cuando entré a la casa, encontré a mis papás y a Simón en la sala de estar, todos visiblemente molestos. Simón parecía haber llorado.

«*Round two: Fight!*». La voz de Street Fighter cuando jugábamos Nintendo con mi hermano se me vino a la memoria.

Esbocé una pequeña sonrisa que fue aniquilada por la voz de mi padre. Me dijo que, habiendo analizado mi actuación y viendo «cómo he cambiado de un tiempo para el otro», me tenían prohibida mi relación con Tomás. Ellos sabían que éramos compañeros y, por tanto, faltaría estos días hasta ver a qué colegio me cambiarían; escogerían uno «que no deje pasar estas aberraciones» y que, en su cara, debería deshacerme de las cosas que él me había regalado. «Si sus papás no tienen control en su vida, al menos nosotros sí de la tuya».

Mi hermano levantó su voz: eso no era posible. Yo no me había portado mal, no era mal alumno, era responsable y hasta había mejorado mis notas. Que me cambien de colegio era una decisión tonta. Lo callaron: «¿Quieres que te vuelva a dar?». Sí, era cierto, le habían pegado. Me contaría que, cuando llegó, encontró a mi madre llorando y le preguntó qué pasaba. Sintió un escalofrío en su espalda cuando le comunicaron que yo era *mariquita*. Les dijo que eso no era malo, que igual seguía siendo su hijo. «Yo no crie a un maricón», había dicho mi padre, quien estaba buscando en el internet a un psicólogo. Apeló a mi mamá: que yo era su hijo, el consentido, que ella me debería amar sobre todo y que me guste un chico o una chica no cambiaba nada. Mi papi trató de intervenir, pero Simón le dijo que ese no era su asunto, ahí fue cuando, remontándonos a nuestras épocas de infancia, lo había caído a correazos.

—¡Basta, basta! —Los gritos de mi mami pararon la pelea—. No quiero que los vecinos se enteren de esto.

Y entonces ahí habían insistido de nuevo en llamarme y, como ya anunciaba que iba, me esperaron en la sala.

Con cada palabra sentí un golpe, una daga que entraba de a poco en el corazón. Mis propios padres me estaban extirpando, como a un tumor, de mis amigos, de mi colegio, de Tomás. «El lunes a las ocho de la mañana te espera este doctor. Es eso o una de esas clínicas». En un papel me entregó un nombre, una dirección y un teléfono. «Para ver que no nos sigas mintiendo, tu madre te va a acompañar».

—¡Esto es injusto! —gritó Simón.

Lo mandaron a callar, pero él no hizo caso: se colocó junto a mí y me abrazó. Yo no era ningún enfermo ni ningún aberrado, él seguía siendo mi hermano y ellos debían entender que lo que pasaba era normal. Que se calle, que no diga estupideces, que luego iba a ver normal a las personas casarse con un perro, con un gato o con su televisión. «No es lo mismo». Siguieron discutiendo mientras yo, poco a poco, me ensimismaba y me alejaba de todo eso: mis oídos

zumbaban y escuchaban, a los lejos, los sonidos graves de la discusión que poco a poco se hacían irreconocibles. Estaba harto, todo esto se desencadenó por mi culpa.

—Ya basta —dije con voz baja, pero audible.

Me miraron los tres, extrañados que hasta entonces recién haya dicho algo.

—Ya no peleen. Voy a hacer lo que me digan.

Simón no podía creerlo. Se sintió traicionado y me lo dijo luego, a solas. «Te echaste para atrás». «Todo esto es mi culpa, si no hubiera seguido con esto, todo sería como antes». Como antes, como antes, nada va a volver a ser como antes, porque ahora yo podía ser libre. «Si esto es ser libre: ¿por qué me siento tan mal?».

En una ceremonia improvisada en la cocina, quemamos algunos de los recuerdos de Tomás: digo algunos porque en aquel balde puse solo lo prescindible —envolturas de caramelos, entradas al cine, una que otra foto impresa cuyo soporte tenía en digital— y nuestra fotografía riendo en medio de estrellitas y champaña, que Tomás me regaló con un pequeño chocolate «solo porque es miércoles». El resto de los recuerdos —cartas, tarjetas y peluches—, los escondí en el fondo de mi armario, detrás de mis zapatos.

No voy a decir con esto que no lloré. Al contrario, lloré mucho. Con cada lengua de fuego sentía que estaba dejando atrás una parte hermosa de mi pasado. Luego, más tranquilos y amables, mis padres me abrazaron y, felicitando mi acto de valentía, nos llevaron a comer afuera, lo que yo quisiera: sushi, pizza, hamburguesas, tacos o chaulafán. Mis rollos de sushi, no está por demás mencionarlo, apenas fueron tocados.

Me sentía como un autómata. No podía comunicarme con nadie después de que me obligaron a escribirle a Tomás: «Lo nuestro fue un error y creo que es lo más sano el que no volvamos a vernos más. Espero respetes mi decisión, si no, atente a las consecuencias». Luego de eso, apagaron el teléfono y mi padre andaba cargándolo siempre con él.

—Es algo difícil, pero te vas a curar.

* * *

El consultorio del psicólogo era una oficina en el subsuelo de una empresa, donde se leía «Salud Ocupacional». Lo adornaban unos cuadros religiosos —un salmo, una oración— y una serie de diplomas enmarcados sobre seminarios y cursos recibidos. El doctor entró en la oficina y nos saludó muy amable. Su gafete: «Lorenzo Valencia. Psicólogo industrial».

Nos explicó que la terapia consistía en volverme a conectar con el *hombre interior* que estaba *apagado* por mi pecado. También dijo que, aunque yo no lo quisiera reconocer, existió un trauma que me hizo cambiar de comportamiento y que, como evento traumático que era, estaba bloqueado por mi subconsciente. Enfatizó que mi sexualidad era una condición temporal y que, al poco tiempo, iban a gustarme *nuevamente* las chicas y que, si quería, nos podía presentar a algunos pacientes que habían logrado salir de su *homosexualismo* y ahora eran padres de familia, hechos y derechos:

—Tengo el caso de Hernán. Cuando me conoció, él se vestía de mujer y se prostituía. Ahora predica en la iglesia a la cual asisto.

No quise indagar en ese tal Hernán, aunque pienso que, si me lo hubiera propuesto, lo hubiera encontrado en Grindr sin dificultad. O tal vez solo haga uso de *scorts* para satisfacer su libido y seguir cumpliendo su papel de convertido y redimido.

Luego, hizo salir a mi madre y, frente a frente, me pidió que no tenga miedo. «¿Tienes alguna pregunta?». Yo había leído sobre clínicas de deshomosexualización y quería saber si me iban a internar en una. «No», fue enfático. «Al inicio, no. Todo depende de las ganas que le pongas a la terapia».

En el colegio nuevo, cuando fui presentado, adujeron mi cambio a mediados del año por situación económica o alguna tontería de esas. Recomendaron que se acerquen a mí, para hacer amigos y no sentirme solo. En realidad, no hice nuevos amigos porque no quería hacerlos. Con el tiempo, muchos desistieron de intentar una amistad y apenas podría decir que, en mi curso, había un distante compañerismo. En realidad, quería acabar pronto con todo. Si amanecía, solo quería ir al colegio y cuando estaba allí, solo quería salir a la casa. Tanto tiempo libre me hizo dedicarme a mis estudios, por lo que mis notas no decayeron y era uno de los mejores alumnos. «¿Ves que cuando se pone empeño las cosas sí pueden cambiar?», me dijo una vez mi papá, a lo cual solo sonreí. No quería hablar con nadie, no quería saber de nada y en las noches, para evitar que me escuchen, apretaba fuerte la cara contra la almohada y me desahogaba llorando. «¿Por qué a mí?, ¿por qué?, ¿por qué me odias, Dios?».

Dios no parecía que me hablaba sino a través del psicólogo que cada vez que me decía cosas como que mi condición se debió haber dado por la dichosa violación y que yo, como niño que era, no la podía interpretar como tal, pero mi mente sí. «Vamos, tienes que recordar». Dejé de insistirle en que nadie me había tocado de manera inapropiada. También me dijo que él había sido alcohólico y que pensó que nunca se iba a curar: «Una vez salí de mi casa y con lo último que me quedaba del sueldo me fui a comprar una de güisqui. Me senté en la calle y me la acabé. Me quería matar, sabía que no iba a cambiar». Pude notar que era una de las pocas veces en las que se sinceraba y comencé a llorar. Él interpretó mi llanto como mi voluntad para el cambio y me dijo que, así como él había superado su adicción, yo superaría a la mía. En realidad, no, yo lloraba porque no quería estar ahí.

—¿Sabes el daño que le estás haciendo a tu familia?

Sí, sí lo sabía. Mi padre andaba siempre nervioso y preguntando dónde y con quién estaba. No sabía cómo manejarlo. En una ocasión, dejó en mi escritorio una revista pornográfica bastante vulgar. «Creo que esto te puede servir». Cada una de las mujeres de la revista adoptaba una posición forzada y enseñaba cada una más que la otra. Lo encontré repulsivo no solo por mi homosexualidad, sino porque en realidad era de mal gusto. Además, ¿para qué iba a usarla, si mis fantasías masturbatorias seguían siendo protagonizadas por hombres? Supe luego que, por mi madre, él había desistido de la idea de llevarme a un prostíbulo. No creo que hubiera funcionado bien. Extrañaba a Tomás y cada vez que podía, de debajo del colchón sacaba la camiseta que me había prestado y que, aduciendo que la había botado a la basura, la tenía escondida. Me asustó que poco a poco vaya perdiendo su olor. Era lo más cercano a tenerlo a él. Lo extrañaba. Lo extrañaba mucho.

—¿Sabes cuántas lágrimas ha derramado tu madre por ti?

Sí, también lo sabía. Ella no estaba bien y se notaba. Ya no mantenía esa alegría en sus ojos ni se acercaba a mí. Sentía que su presencia cada vez era más fría. Ya no era mi madre, al menos la que yo conocía y eso me dolió muchísimo. No sé cuántos rosarios se gastó en convertirme, pero siempre que salía del trabajo, iba a la iglesia. «Tu padre dice que yo tengo la culpa de que no te hayas hecho un hombre». Pero yo sí era un hombre. El hecho de que me gusten otros hombres no quiere decir que yo sea una mujer o me considere así. Y si aun así lo fuera: ¿cuál sería el estúpido problema?

—¿Te das cuenta de que estás arruinando a tu familia?

Simón trataba de estar conmigo la mayor parte del tiempo, no por imposición de mi papá, sino porque me veía mal. «Enano, estás bajando de peso», no tenía apetito. «¿Quieres ir a la piscina?», no podía nadar porque mis papás lo consideraban peligroso al estar viendo a muchos hombres con trusa junto a mí. «¿No quieres ir a jugar fútbol?», igual negativa. No quería hacer nada. «Él te debe extrañar tanto como tú a él». No me importaba, él pudiera hacer lo que le dé la gana. «No tienes que fingir conmigo, enano».

—¿No le tienes miedo al Infierno?

En ese punto de la vida, ya no sabía. En realidad, parecía que yo estaba viviendo el infierno en vida. No podía imaginarme a los que habían sido secuestrados e internados en esas clínicas, sus testimonios me estremecían: mujeres lesbianas siendo violadas por sus cuidadores «para que les empiece a gustar la verga», hombres que recibían descargas de electricidad o golpes mientras veían pornografía gay, maltrato, golpes y uso de sedantes. Si yo no podía aguantar la terapia y mi vida, no podía entender cómo ellos podían aguantar todo lo demás. Así que no, no creo que le tema al Infierno, porque algo de eso lo estoy viviendo.

Lo que sí quisiera es preguntarle a Dios por qué nos odia. No, Dios odia al pecado, pero no al pecador —me decían en la terapia—. Sí, puede ser. Pero ¿qué pecado he tenido yo?: yo no había matado ni robado, ni siquiera había engañado a Tomás, al contrario que muchos otros que llegaban a su casa a pegarle a su esposa o que tenían problemas porque se les había descubierto una amante. ¿Por qué ellos sí merecen el Cielo y yo no, que no hago más que tomarle la mano al hombre que amo?

La única alegría que me llegó en esos días fue cuando Simón, en complicidad con Victoria, me entregaron un papelito minúsculo, en el que reconocía la letra de Tomás, en el que se advertía una *T* y una *M* encerradas en un corazón. «No se lo digas a nadie… tu novio te manda a saludar. Dice que mis papás lo amenazaron con denunciarlo a la policía si te seguía llamando y que mi mami fue al colegio a buscarlo a Tomás, pero por suerte él la había visto antes y se había escondido». Lloré, al principio en silencio y luego ya con más ímpetu. Simón me vio y me abrazó, ni siquiera dijo nada. Solo se escuchaba mi voz diciendo: «¿Por qué a mí? ¿por qué a mí?, ¿tan malo es que esté enamorado?».

Capítulo 7

Luego lo bautizaría como «El Día D», como el del desembarco en las playas de Normandía —aunque quienes conquistaron Berlín fueron los soviéticos—. Mi abuela nos había invitado a almorzar en su casa, so pretexto de que no nos habíamos visto en mucho tiempo y que ya mismo se acercaba mi cumpleaños. Como era nuestra primera salida como familia luego del incidente, mamá se empeñó en que todo saliera impecable: se compró un vestido nuevo y a mi hermano y a mí, unas camisas similares. Hasta papá, siempre renuente a toda reunión tanto de su familia como de la de mi madre, estaba emocionado por ir.

Para agradecer su invitación, papá llevó un espumante y mi madre un postre. «Se portan bien», nos advirtieron. Yo, como siempre, apenas respondí en voz baja. «Y nada de contar lo que pasó, ¿de acuerdo?». En la advertencia de mi padre se adivinaba una amenaza, amenaza que no pasamos de largo.

La velada se estaba desarrollando con plena normalidad, si bien mi abuela apenas me vio, exclamó asustada: «¿Qué le pasó, mijito?». En realidad, mi aspecto sí que había cambiado: aparte de los tantos kilos perdidos —que nunca cuantifiqué, pero que se notaban porque mi ropa me quedaba floja—, me había cortado el cabello al ras. «No, no pasa nada, abu», le dije, aparentando normalidad. La mirada inquisidora de mi abuela sobre el resto de mi familia me hizo pensar que no me creyó.

Mi abuela nos hizo recorrer la parte de su casa que había remodelado. También nos contó mucho sobre el resto de mi familia: que mi tía había hecho tal o cual cosa o que algún primo se había casado, viajado o estaba estudiando algo.

—¿Y usted? —me preguntó directamente.

—Yo bien, abuelita.

—Me contaron que ya le cambiaron de colegio.

Mi madre respondió, muy diplomática. Sí, en realidad, la idea de cambiarme de colegio la tenían desde mucho antes, pero recién se había concretado. «Ya no es como antes, ahora encontrar un buen colegio es muy difícil, mamita». Pero el nuevo colegio estaba bien y me estaba exigiendo más. «Es de que vea la libreta: puro *sobresaliente*». Mi hermano interrumpió, oportuno, la conversación, mencionando algo sobre su universidad, lo que hizo que el tema se dirija hacia allá. Sí, que su carrera le gustaba, que estaba muy difícil pero que iba bien en notas.

Cuando mi abuela se levantó para ir a ver unas galletas que había comprado, hizo una pregunta que nos mantuvo en silencio: «¿Y de novias?». Simón, luego de un momento, respondió que él estaba con una chica y, antes de que pudiera caer en alguna imprudencia, mi padre aclaró que yo no estaba con nadie. «Entonces eso le pasa a mijo: está triste porque no está con novia». Sonreí, por diplomacia. «Pero no se preocupe, que esto le va a poner muy contento». Con las galletas me trajo un paquete envuelto en un papel muy bonito. «Tenga. Feliz cumpleaños, mijito. Ya mismo se me convierte en todo un hombre». Que no era algo de mucho valor, porque con lo de la remodelación quedó algo desfinanciada: «Es una tonterita, pero espero que le guste».

Del paquete saqué un par de camisetas que agradecí con sinceridad. «Dios le pague, abu». En realidad, ese regalo fue una de las pocas cosas que en todo ese tiempo me arrancó una franca sonrisa. «Pero pruébese, para ver si le quedan, aunque con lo que está flaquito, capaz están grandes».

Me negué, nadie sabía que me había empezado a cortar y no había sido sino hace un par de días

que me había hecho un buen tajo en el antebrazo. Comenzaron a insistir, pero seguía negándome. Claro, con las camisas mis heridas se ocultaban bastante bien, y en Cultura Física siempre usaba un buzo blanco debajo de la camiseta. De hecho, estaba pensando en herirme a nivel de los muslos para evitar el problema de andar escondiendo siempre mis brazos.

Mi madre, diplomática, me insistió en que vaya a cambiarme. «Tal vez le da vergüenza, mamita, por lo que usted le dijo que estaba flaquito». Mi abuela, insistente —con una alta sospecha de que algo estaba ocultando—, me decía que me pruebe su regalo mientras me desabotonaba la camisa.

La evidencia de mis autolesiones enmudeció a todos e hizo soltar un par de gruesos lagrimones a la anciana.

Ni siquiera fueron las heridas de los brazos las que me delataron —los había mantenido cruzados sobre mi pecho, abrazando al regalo—, sino una herida que ya estaba cicatrizando, localizada por encima de mi clavícula izquierda, que se acompañaba en su extremo de otra de menor longitud, pero que a simple vista se apreciaba más profunda.

—¿Qué le pasó?

Empecé a balbucear algo sobre una excursión y cómo me había caído contra unos arbustos. Mis padres no podían creer al extremo al que me habían llevado, pero se mantuvieron en silencio: mi madre con los ojos enrojecidos y mi padre con la boca abierta, supongo que pensando en el embrollo en el que nos habíamos metido como resultado de una vieja metiche y curiosa. Fue Simón quien se levantó y, a la fuerza, me descubrió los brazos:

—¿Y esto también te hiciste en esa excursión?

Mi abuela tomó aire y se sentó, mientras con su mano se abanicaba. «¡Ay, Dios!, ¡ay, Dios!». Empujé a Simón y me abotoné la camisa. «¿Qué está pasando?».

—Yo le voy a decir lo que está pasando, abu.

Simón tomó la palabra. No demoró mucho. Le contó que a mí no me gustaban las niñas y que mis papis me habían cambiado de colegio porque ahí yo tenía un *amigo* con el que *salía*; dijo también que estaba con un psicólogo para que me *cambie* y que ellos están felices, pero yo no. Supe después que mi hermano sospechaba que escondía algo cuando me veía usar solo buzos, camisas o sacos. «Pensé que te estabas drogando, la verdad». Si no hubiera sido por la indiscreción de mi abuelita, a nadie se le hubiera ocurrido que era *cutter*.

Comenzó como algo inocente. Alguna vez comencé a pellizcarme los muslos en los momentos en que recordaba a Tomás o cuando pensaba en algún chico —el dolor apartaba de algún modo la libido— y, como pellizcarme me resultaba incómodo —a la par que era muy difícil sentir dolor con un *jean* puesto—, a veces me colocaba de manilla un elástico y comenzaba a tirar de él. Lo de cortarme vino como una epifanía, cuando rasurándome los escasos vellos de mi barba, me hice un tajo pequeño que me trajo consigo paz. Ya luego la cuestión era ir a cualquier farmacia o supermercado y comprar una caja de hojas de afeitar con las cuales hacerme daño. Sí, dolía —y dolía mucho—, pero me relajaba y alejaba entonces cualquier pensamiento.

—¿Cómo pudiste hacerle esto al *wawa*?

Mi abuela corrió a abrazarme, mientras yo, hecho un ovillo en el sillón, no decía nada. «Yo di a luz un varón», dijo mi madre. «Señora, si me permite, esto es un asunto entre Miguel Ángel y nosotros», dijo mi padre.

—¡No! —La voz de mi hermano inundó la estancia, mientras se ponía delante de mí—. Yo también estoy involucrado, también me han herido. ¿Creen que es fácil fingir que todo está bien mientras veo que mi hermano está muriendo en vida?

—Es su decisión, él puede cambiar y no quiere. Es su decisión ser la oveja negra de la familia.

La oveja arcoíris, en tal caso, pensé.

—No es así, papá. ¡No lo es! —Simón vociferaba—. Si tuviera la opción de cambiar no estaría cortándose los brazos o haciéndose daño. ¡Miren en lo que están convirtiendo a mi hermano!, ¡miren en lo que nos están convirtiendo!

—¿No será que se corta como algún símbolo gay?, ¿no será *emo*?

—¡Mami, no diga tonterías! Ustedes le han empujado a cortarse.

—Pero es que ustedes no saben, son niños, es por su bien…

—¡Tú te callas! —gritó mi abuela—. No puedo creer que una madre pueda hacerle esto a su hijo. ¡Los que necesitan psicólogo son ustedes! Si por mí fuera los denunciaría en este mismo instante con la policía.

—Pero…

—¡Usted no se meta! —le gritó a mi padre—. Le pude perdonar mucho, le pude perdonar su mal genio o su indiferencia e inclusive la forma en cómo trataba a mi hija, pero que le haya hecho esto a Miguelito, no… eso no le voy a permitir.

—¡Es mi hijo, yo sabré cómo criarlo!

—¡El niño no sale de aquí! Él merece alguien que le quiera y que le acepte. Si yo, que estoy vieja, puedo entender el dolor que tiene el *wawa* por no estar con su amiguito, no entiendo cómo ustedes, que son más jóvenes, están tan cerrados…

—Mamita, ¡pero se va a ir al Infierno!

—¡Dios sabrá cómo juzgarlo al final! Pero si me preguntan a mí, si él está condenado y ustedes no, algo anda muy mal…

Conforme los escuchaba sentía más y más ganas de llorar. El corazón me oprimía y sentía una sensación de ahogo, una sensación de salir corriendo y gritar a todo pulmón. Eso era una pesadilla… sí, eso debía ser… no podía estar pasando en serio…

—Miguelito, mijo. ¿Te quieres venir a vivir conmigo?

Simón contestó por mí, claro que quería, él mismo me ayudaría trayéndome la ropa. «Sobre mi cadáver». «No haga esto más difícil, papi». Mi madre lloraba, desconsolada, no sé si por las heridas de mis brazos o por verse expuesta ante la abuela o por la reacción que ella tuvo sobre cómo manejaron ellos mi salida del clóset. «Usted se calla, que esta decisión es del *wawa*, si no digo a la policía que ellos se encarguen».

—Miguelito, mijo. ¿Te quieres venir a vivir conmigo?

Cerré los ojos muy fuerte y sentí las lágrimas sobre mis mejillas. Tenía ganas de decirles que me largaba, que estaba harto, que me habían convertido en un donnadie y que por mucha terapia que haya seguido, no cambié en nada, pero me contuve. Apenas audible, dije la palabra que me salvaría del averno en el que vivía:

—Sí.

* * *

Fue mi hermano quien nos ayudó con el asunto de la mudanza. Mi abuela, muy tierna y cariñosa con todos, pero una mujer aguerrida cuando ameritaban las circunstancias amenazó a mis padres con una demanda legal y a meterles a juicio por el maltrato que tuvieron conmigo. La verdad, sí nos asesoramos con un abogado, amigo de ella, quien estaba contento con iniciar todo, porque

«teníamos las de ganar». Aun cuando sí me tomaron fotografías y reinicié la terapia psicológica en una Fundación —«No te preocupes, aquí te ayudamos a sobrellevar problemas, no a ocasionarte más»—, mi abuela desistió a pedido mío. Al fin y al cabo, eran mis padres.

Esa noche, mientras veía a mi pobre abuela cambiar las sábanas de la antigua cama de mi madre y prepararme algo de comer, recordaba cuando mi padre dijo, antes de irse: «Si decides seguir con esto, dejas de ser mi hijo». Pues sí, prefiere no tener un hijo a tener uno maricón. Simón diría que durante todo el viaje de regreso estuvo vociferando contra todo del que se acordaba: maldijo a mi abuela y a mi madre, lo maldijo a él —«por alcahuete»— y se maldecía a sí mismo por no haber sido lo suficientemente firme en mi educación.

—No le hagas caso, él solito se está envenenando.

Cuando llegó mi hermano, al día siguiente, yo me encontraba desayunando. «Mi abuelita se fue a la misa, dijo que le esperes porque va a hacer un pastel». «No creo que pueda, enano, tengo que volver a la casa. No me gusta dejarla sola a mi mami con mi papá». Le pedí que le diga a mi mami que la quería, que en realidad hubiera querido que no pase nada de lo que pasó, pero que, si no me iba de la casa, iba a terminar haciendo tonterías. «Ella, en el fondo, sabe que es así. No te preocupes, yo le digo». Me abrazó y me pidió perdón por no haberme defendido desde el principio. Que no diga tonterías, que él me defendió y me apoyó. Antes de irse, sacó de su bolsillo mi celular. «Le puse algo de saldo, por si acaso a mi papi se le ocurra quitarte el plan». Dejé a un lado mi desayuno, con la ilusión de poder escribirle a Tomás, a Victoria o a Leonardo y decirles que era libre, libre al fin.

* * *

Cuando lo abracé sentí, luego de mucho tiempo, esa sensación que tuve desde la primera vez: quería estar así por siempre, quería estar pegado a él, besarlo, abrazarlo hasta que me diga que ya no más, quería tenerlo conmigo y llevarlo a todos lados y como siameses, quería que no nos separemos nunca. Tomás me abrazó y en mi cuello, sentí el roce de sus vellitos sobre mi piel: era real, él estaba ahí.

—Si se ven divinos.

Emocionada, Victoria nos aplaudía y sonreía. Leonardo, a su lado, esperaba incómodo. «Apura, Mickey, que tu abuelita nos está esperando». Caminamos abrazados y lo presenté: «Abu, él es Tomás». No le di ningún calificativo, no hubo necesidad. Mi abuela, sonriente, nos hizo pasar. «No voy a decir que me alegró, pero luego que lo conocí, me pareció un muchacho muy tranquilo y educado. Solo no hagan sus cosas delante de mí», me dijo cuando tomábamos café, en la noche. «Yo soy vieja, y estas cosas para mí son nuevas». La comprendía, le dije que no se preocupe, que tampoco iba a hacer *nada malo* y que Tomás, por muy emocionado que estuviera al verme, siempre se mantenía discreto. «Es guapito, hacen linda pareja». Sonreí avergonzado. Mi abuela entró al siglo XXI a la fuerza.

Durante nuestra reunión improvisada, en la cual no podía dejar de tomarle la mano, me informó sobre los acontecimientos del colegio, que, en realidad, no eran mayores: el Padre Rector había llegado ese lunes a decir que por motivos personales yo no iba a ir más —luego se había rumorado que fue porque papá perdió su empleo y no había querido saber nada de una beca— y durante un par de días, algunos compañeros se acercaron a él para preguntarle si sabía algo. «Les dije que estabas bien y no preguntaron más».

No, no se había hablado en absoluto sobre mi homosexualidad, ni siquiera Jorge o Rafael habían hecho alusión a ese tema. «Nos caía bien, era buen jugador». Viniendo de Jorge, eso era un cumplido enorme. A quienes sí les había contado algo era a sus padres, nada personal, que no me preocupe. «Le dije a mi madre que nos habíamos peleado y ella me dijo que haga lo mejor para ambos». Lo más probable es que ella, a su vez, le contó a su padre de nuestra *ruptura* y por eso no dijo nada. «Mi ñaña pregunta por ti, te extraña».

Victoria, en cambio, me contó que fue Simón quien la había contactado por Facebook. «Le di mi WhatsApp y desde ahí pasamos conversando». Le había dicho *grosso modo* que me habían quitado el celular y que me iban a sacar del colegio. «No es por nada, pero tu hermano se ha portado a la altura». «Cuñada», le dije en broma. «Nada que ver, si hasta me presentó a su novia». Tomás y yo comenzamos a molestarle: «Está celosa, está celosa». Fingió molestarse y dijo, que, en caso de fijarse en alguien, sería en Leonardo, «Pero todos los guapos son gais». «Hazte tortillera». «Va a tocar». Todos reímos hasta que llegó mi abuela con un postre del cual dimos buena cuenta.

«Para ella es difícil, pero me está ayudando mucho». Les conté cómo se puso roja como un tomate cuando le respondí que sí a su pregunta sobre si me había besado con mi *amigo*. «La pobre, cuando se entere de lo que has hecho, se infarta». «Estúpida, ja, ja, ja». «Es complicado», dijo Leonardo, «Con mi padre las cosas a veces no marchan bien, a veces creo que piensa que lo que tengo con Jake es algo pasajero, una etapa. Me ha tocado decirle que no se me va a pasar y me pide perdón». «¿Y cómo se comporta con él (me refería a Jacobo)?». «Bien, es muy educado y cuando supo que también le gustaba el fútbol, le cayó mejor… pero a veces sí se le nota que se pone incómodo cuando nos ve juntos». Lo dicho antes, es difícil que la heteronormatividad empatice por completo con la homosexualidad, no imposible, pero sí difícil.

«El martes comienzo terapia», también les dije. Era verdad, iba a comenzar doble terapia, por así decirlo. La psicóloga de la Fundación que mi abuela contactó me iba a atender de manera personal, pero también íbamos a hacer terapia en conjunto con mi abuela y con Simón. «Ojalá que mi mami quisiera ir, pero me dijeron que eso no se debe obligar, porque el problema de que yo sea gay no es mío, es de ellos por no aceptarlo».

* * *

Al contrario de lo que me imaginé, la psicóloga era una chica muy joven, quien me pidió que la llame por su nombre de pila y no por el de *doctora*, con el que la estaba llamando. En primer lugar, me preguntó qué era lo que más me molestaba en ese momento y, sobre todo, me hizo que le cuente toda la historia de mi vida. «Una pensaría que en diecisiete años no se vive mucho, pero contigo he llenado tres hojas del cuaderno», me dijo medio en serio, medio en broma. Lo curioso de la terapia psicológica es que uno tiene un estereotipo en mente: alguien como Freud, quien te analiza mientras le cuentas todos tus problemas, recostado en un diván. Yo me la imaginaba hasta con acento alemán.

Pero no, la habitación era amplia, con un sillón cómodo en cuya mesita adyacente se encontraba, discreta, una cajita con pañuelitos desechables, de los cuales hice uso en más de una ocasión. «Le juro que hubo un momento en el que pensé que podía cambiar (me refería a convertirme en heterosexual), pero era cuestión de acabar la sesión de la terapia para comenzar a darme cuenta de que nada estaba cambiando». «¿Por qué comenzaste a hacerte daño?». Era una

válvula de escape, así me olvidaba en algo de todo lo que estaba pasando. «A veces me ardía mucho y me sentía mejor, porque me concentraba solo en ese dolor».

Poco a poco, comencé a aceptarme: al fin y al cabo, era un adolescente que se había enamorado de un chico que le correspondía y eso estaba bien. «Tengo miedo de que Dios no me ame». «Claro que te ama». Esa noche, de rodillas, le pregunté a Dios a través de la ventana si en realidad me amaba, a pesar de todo lo feo que decían sobre mí en la Biblia. No hubo ningún ángel que se me presentó diciéndome que todo estaba bien ni tampoco se abrieron los cielos ni hubo otro milagro, solo sentí paz. Esa noche, soñé que estaba con Tomás columpiándonos en un parque y él me decía: «Todo va a estar bien». Si eso fue una respuesta de Dios, sí que trabaja de maneras misteriosas. Yo ya hice las paces con Él, aunque creo que nunca estuvo enojado conmigo.

Simón se ha portado muy atento conmigo y, aunque mis padres aún no acepten que soy gay, trata de hablar con ellos para que, eventualmente, podamos retomar el contacto. En ocasiones me llegan saludos de mi mamá. «Que te ama con su corazón y que te cuides». «Dile que yo también la amo». De mi padre no hablamos mucho o casi nada. Al fin y al cabo, quienes se hacen daño son ellos, no yo.

Con Tomás seguimos de novios y casi vamos a cumplir un año y algo más. Se puso muy contento cuando dije que iba a volver al colegio el año siguiente. «Ahora ya no alcanzo, pero el próximo sí, lo que sí tengo que conseguir es empleo. A mi abuela no le alcanza con mantenerme y pagar todas mis cosas». No fue difícil, en las tardes atiendo en una farmacia y, aunque los nombres de los medicamentos son raros, el empleo es agradable y la paga me da lo suficiente para la pensión y otros pequeños gastos. «Aunque tengo que estar atento, por si acaso se den cuenta que soy menor de edad». Tomás me va a ver todos los días, a la salida, y me deja en casa, aprovechando que su padre le presta el auto.

El otro día fui a comer con él, a su casa, ya que estaba libre. «Te extrañábamos», me dijo su madre, «Mi pobre Tommy estaba muy triste cuando se habían peleado». Sí, claro, peleándonos. En realidad, me agradó la discreción de Tomás en cuanto a mi problema y, aunque en ocasiones discutimos por tonterías —celos, llegadas tarde a citas o porque no respondo rápido algún mensaje—, nos mantenemos juntos. «Ya no se vuelvan a pelear de nuevo, ¿sí?». A la pequeña niña le prometí, con *pinky promise*, que no me volvería a pelear con su hermano.

No sé qué de bueno tenga el que haya escrito todo esto. En realidad, lo hice porque la psicóloga me lo pidió, como una de las tantas tareas que me manda para conocerme y para hacer catarsis sobre mis problemas. «Si te gusta escribir, debes hacerlo: haz un libro sobre ti». Que me he sentido relajado y más tranquilo, es verdad, así como también es verdad que hubo momentos en los que abandoné la escritura para sentarme a llorar porque los recuerdos duelen muchísimo. Supongo que muchos han padecido lo mismo que yo y hasta más. Por desgracia, muchos no logran poder salir del fondo de la piscina porque la sociedad se encarga de señalarlos con el dedo, viendo qué está mal, viendo en qué fallan o viendo lo que no es *normal*, mientras ellos no se dan cuenta de sus propios errores. No me imagino cómo muchas personas con mi orientación sexual han podido sobrevivir a episodios más traumáticos en sus vidas y entiendo ahora por qué muchos a veces deciden no seguir más.

No, ya no me corto y he subido de peso. Durante una temporada acompañé a Tomás a entrenar *muay thai*, pero no le cogí el gusto, así que mejor me metí a un gimnasio. Poco a poco estoy volviendo a ser lo que fui, y cuando me veo junto a Tomás en el espejo, veo a un par de atractivos chicos que son felices por ser como son, porque de eso se trata: de conseguir la

felicidad de este mundo, aunque a veces parece que se nos escapa.

Segunda Parte

Capítulo 1

La luz de la mañana inundó la habitación. Como en un cuento de nunca acabar, había olvidado cerrar las cortinas del departamento y los tonos blancos y *beiges* lo hacían resplandecer como si estuviera hecho de porcelana. Miguel Ángel recién se enteró de la redecoración cuando volvió de Bogotá, luego de exponer algo de sus investigaciones en ese congreso —el muy nerd—. «No me gusta que sea tan blanco, amor —me dijo—. Se parece al hospital». Ante la ocurrencia, yo reí y le dije que se relaje, que más temprano que tarde se iba a acostumbrar. Así lo hizo. Tras algunos años de vivir juntos —o como diría él: «Tres años, siete meses y un día»—, los colores blancos no le eran repulsivos y nos obligaban a mantenerlo más limpio: una manchita pequeña en la alfombra parecía un derrame de petróleo.

A lo que nunca se pudo acostumbrar, sin embargo, fue a que yo deje siempre las cortinas abiertas antes de ir a dormir. Vivir en un piso alto y tener unos ventanales enormes hacía que, al mínimo rayo de luz, la habitación se iluminara. Por mí, no había problema —siempre tuve el sueño pesado y me costaba levantarme—, pero a Miguel Ángel, en cambio, el mínimo cambio interrumpía su sueño.

Ese día, veinticinco minutos antes de que suene el reloj despertador que yo acostumbraba a poner —inclusive si era sábado—, y maldiciéndome en voz baja —lo sé—, se levantó a prepararme el desayuno. Diría luego que, mientras lo hacía, tuvo un instante de maldad y pensó en botar la sartén, provocando un caos que me despertaría alarmado, pero no, se contuvo. «Te ves tan lindo mientras duermes, amor, que no me lo hubiera perdonado». Antes bien, para que siga durmiendo, cerró las cortinas y apenas juntó la puerta.

Había comenzado el día perfecto.

El día perfecto…

Ese día.

* * *

Si bien a Miguel Ángel lo conocí en la secundaria, luego de la graduación perdimos todo contacto y no volvimos a vernos sino hasta muchos años después, cuando él estaba por titularse de la universidad. En realidad, ya ni lo tenía en Facebook, Instagram o cualquier otra red social. Sí teníamos, en cambio, amigos en común, que fueron quienes nos permitieron retomar el contacto: Él era amigo de Leonardo, el esposo de Jacobo, con quien a veces solía encontrarme los domingos en el estadio.

—Oye, ¿aún juegas fútbol? ¡Vamos! Hay un partido el próximo sábado.

—Sí, Jake, de ley. ¿Dónde?

Me indicó el lugar y, la verdad, si bien no tenía muchas ganas, acepté: recientemente había terminado una relación de un año y medio y, en realidad, no quería hacer nada. Jacobo insistió en que eso me despejaría la mente o, al menos, me obligaría a salir de casa. Mi madre me animó otro poco: «Si quieres te doy para el taxi, así no te resulta tan cansado». Desistí. Tomé un Uber al que pedí que me deje a unas cuantas cuadras de la cancha. Quería caminar un poco.

Mientras subía la cuesta, pateando piedras, pensando en mil cosas, sentí cómo un auto a mi lado disminuía la velocidad. Hice contacto visual con el chofer, quien se ruborizó y aceleró un poco. Yo sonreí. Le diría después: «Me levantaste el ego». Miguel Ángel dijo que, cuando subía, me miró de espaldas y el balance de mis firmes nalgas lo hizo detenerse un poco. «Te vi en pantaloneta y supuse que irías a la cancha. Quería llevarte allá, pero cuando desaceleré y me viste directo a los ojos, me dieron nervios y aceleré. Lo siento, soy un malcriado».

Llegué minutos después de él, jadeante y sudoroso. Apenas entré, fingió no verme y se siguió alistando. Saludé a Jake y a Leo, me quité la chompa, dejé la mochila en el graderío y comencé a patear el balón.

—Ustedes ya se conocían, ¿cierto?

Fingí que recién lo había visto. «Hola, ¡a los años!». Le di un abrazo que trajo a mi memoria muchos recuerdos de la secundaria. «Hola, ¿cómo estás?». Estaba bien, sin ninguna novedad. «¿Me reconociste cuando pasé junto a ti en el auto?», me preguntó después. «Sí, aunque me costó un poco. Es decir, sabía que eras tú, pero no podía creerlo. Y lo gracioso de todo esto es que yo ni quería venir a jugar». Me contó que le pasó lo mismo: su abuela le había insistido a que salga, ya que estaba muy triste por una mala nota que sacó en un examen y, a la vez, ansioso porque el lunes rendiría otro. «Ahora sal, juega, y mañana sí, te dedicas todo el día a estudiar». Armó su mochila, tomó el auto y se dirigió a la cancha.

—¿Y tu auto?

No lo tenía ya. Estábamos, eso sí, gestionando para comprar uno. «Ahora vivo más cerca de la ciudad, en una casita más pequeña, pero mucho más linda». Preguntó por mis padres y me dio el pésame al saber que mi padre había fallecido dos años antes, por cáncer. «Sí, desde entonces estamos un poco apretados económicamente —en comparación a cuando era más joven—, pero nos va bien».

—¿Quieres ir a tomar algo?

Su invitación me asombró. La verdad es que, durante el juego, al estar en equipos contrarios, hubo bastante roce, forcejeo y hasta recibí una patada que me dejó en el suelo durante unos minutos. Pensé, inclusive, que se estaba vengando de algo. Ya no recordaba su juego brusco en la cancha y, al plantármele bien y sacar mi mejor arsenal, terminamos agotados.

En el graderío, cuando acabó el juego, Leonardo —quien se encontraba sentado bebiendo cerveza por su legendaria inutilidad para jugar fútbol— nos dio su botella. «Cuando juegan ni parecen maricas». Reímos veladamente. Unos señores que se encontraban a unos metros de distancia, esperando ocupar la cancha, se colocaron más lejos, sin decir nada. «No les hagas caso —le dije a Miguel Ángel— hay imbéciles en todas partes y de todas las edades».

Él suspiró y asintió con la cabeza.

—Oye, pero es verdad lo que dice Leo, hay pocos gais que juegan como tú.

Sabía que le gustaba mucho el fútbol y su salida forzada del clóset lo hizo hacerse más brusco que lo habitual. «Gracias», dijo. Insistí en mantener la conversación.

—¿Y tu abuelita?

Ella estaba bien, con algunas enfermedades, pero bien. Vivían en la misma casa de siempre.

«Aún recuerdo cuando ella te fue a dejar ese día en el colegio, el Padre Rector nos dijo que no preguntemos nada sobre tu salida y mucho menos sobre tu regreso. Todos tuvimos que sacarle información a mmm… bueno, ya sabes». Le pregunté si había sabido algo de él y me respondió que no. «¿Lo extrañas?». «No, ya han pasado seis años».

—¿Quieres otra cerveza?

Acepté. En realidad, me sentía muy bien en su compañía y nos estábamos igualando de todas las cosas que habíamos hecho. La estampa se debió ver graciosa: éramos dos chicos, sucios y sudorosos, vestidos con pantaloneta y chompa de calentador, en una mesa de bar al cual entraban, cada tanto, personas muy arregladas y formales. El tiempo pasó volando y, si no hubiera sido por la llamada de mi madre, nos hubiéramos quedado mucho más, pero debía irme. «Te acompaño». «No, la verdad es que no quiero incomodar». «Para nada, estás en mi camino». No lo estaba y lo sabía, pero accedí.

Le eché la culpa a los tragos, pero en realidad, el que lo haya tomado de la mano en el primer semáforo era algo que lo había venido pensando. Miguel Ángel me gustaba y me había gustado aun cuando era yo un niño bobo en el colegio. No retiró la mano y antes bien, sonrió. En el siguiente semáforo, a pocas cuadras de mi casa, lo besé.

Dos meses después de salir, besarnos y estar juntos, una noche, luego del cine, Miguel Ángel me pidió que seamos novios.

Acepté.

* * *

—¿Por qué no me despertaste?

—Perdón, amor, es que te veías tan lindo dormidito…

Me acerqué al mesón, bostezando y tratando de abrir por completo los ojos. Miguel Ángel, con su cuerpo esbelto, se veía tan tierno en su pijama, preparando el apoteósico banquete: *pancakes* con avena y *whey*, fruta picada, huevos con tocino, café negro y otras cosas más. «Me vas a engordar», le dije. «Ese es mi objetivo, amor, así vas a quedar solo para mí». Me pidió que me sentara, que él se iba a encargar de todo. A regañadientes, aceptó que yo coloque la mesa.

Mientras sacaba los manteles, divisé el plato de Iván. «Lo extraño». «Sí, yo también, mi amor, pero no te preocupes, algún ratito vamos y adoptamos otro perro». Iván, sin quererlo, nos había impelido a vivir juntos. Era mi perro, pero le tomó tanto cariño a Miguel Ángel que había noches que él lo tenía a su cargo. «¿Y si te quedas a dormir tú también?», me preguntó una vez. Acepté. Luego, con el pretexto de que se sentía muy solo —«a veces no sé por qué compré este departamento, cuando estaba feliz viviendo con mi abuela»—, mis estancias se prolongaron un poco más y, sin pensarlo ni quererlo, descubrí que mi armario estaba casi vacío y que él ya había dividido el suyo.

Durante el desayuno, lo noté nervioso. Más que nervioso, distante. «¿Estás bien?». «Sí, claro». Me contó algo sobre lo que había soñado. «Es eso lo que lo trae nefelibata», pensé. Lo interrumpí cuando hizo mención de Grecia. «No te olvides del dinero». Por su propia iniciativa, teníamos una cuenta de ahorros en común en la cual, cada mes, depositábamos un porcentaje de nuestro salario para poder viajar si no dos, al menos una vez al año. Algunas de las fotos reveladas y colocadas en sendos portarretratos atestiguaban nuestras aventuras.

Supe después que el recuerdo de Iván lo afectó. Había planeado todo para que sea él quien me dé la cajita de terciopelo, amarrada en su collar, pero ante su deceso, organizó una cena para ese fin. Lamentablemente, lo planeado muchas veces no resulta como uno lo espera y aquella vez fue una de esas veces.

—Me voy a duchar.

—Si quieres —le dije—, duchémonos juntos… digo, para ahorrar agua.

Sonrió con lujuria. Era mi momento de consentirlo una vez que él lo había hecho conmigo. Presuroso, entré a la habitación, abrí las cortinas y comencé a sacar la ropa que se iba a poner, mientras él recogía los platos y los dejaba en el lavabo, actividad que interrumpió cuando me escuchó gritar:

—¡¿Y esto?!

Su rostro palideció cuando entró y me vio sostener, temblando, la cajita de terciopelo. Luego se enrojeció, más furioso con él mismo que conmigo.

—¿Qué haces con eso?

Nada, había estado preparando la ropa y quería también alistar la de él, por lo que abrí el cajón de la ropa interior y encontré eso, al fondo.

—Debía ser una sorpresa…

Miguel Ángel se sentó en el borde de la cama. «Quería que fuera especial. Iba a ser en la noche, todo hermoso». Yo fingía que no entendía nada y le mentí: no había visto lo que estaba dentro y grité porque pensé que era otra cosa, inclusive me puse celoso porque pensé que me estaba engañando. No logré hacer que Miguel Ángel me creyera y permanecía, sentado en la cama, frotándose la cara. Que era verdad, le decía yo, que no sabía de qué se trataba, que más bien necesitaba una explicación.

—No te hagas el loco…

De verdad, que no entendía, pero que, si era algo tan importante, lo guardaba en el mismo sitio y asunto acabado. No se iba a volver a topar más el tema. Al verme así, nervioso, tratando de justificar todo, me abrazó, me besó y quitó la cajita de la mano.

—Bueno… hagámoslo oficial.

En esa habitación blanca, iluminada por los rayos de la mañana, mientras yo estaba sentado en el filo de una cama sin tender, Miguel Ángel, aún con su pantalón de pijama, se arrodilló y me entregó un aro de oro, en cuyo interior se podía adivinar una frase grabada: «Te amé, te amo y te amaré».

—Giovanni: ¿quieres casarte conmigo?

No recuerdo mucho cómo reaccioné, si grité o lloré. Lo que sí recuerdo es que lo tomé de sus brazos, lo acerqué a mí y, con mi voz quebrada, antes de besarlo, dije, sellándolo todo:

—Sí.

Capítulo 2

Cuando llegamos al restaurante, nos condujeron a una mesita primorosamente adornada que daba al ventanal. La vista de la ciudad era hermosa, así como hermoso estaba él: su cabello castaño oscuro, su barba que raspaba cuando nos besábamos, una media cola que mantenía el cabello en su lugar, sus lentes de marco grueso. Todo en él, encantaba.

—¿Los señores desean una entrada antes de ordenar?

Miguel Ángel tomó la iniciativa: un vino estaría bien, pediríamos el plato fuerte hasta mientras. «Debemos celebrar». «Sí», le dije yo, mientras miraba y tocaba a cada rato el aro. No, no lo creía.

—Te prometo que yo te voy a dar otro a ti.

No, no era lo convencional. «No somos una pareja convencional, mi amor». Era verdad, pero el anillo de compromiso solo debía llevarlo uno. «¿Y por qué no los dos?». Soltó una risita y al final, cedió. Que estaba bien, que él iba a recibir el aro y a usarlo. «Quiero que los dos usemos un anillo de compromiso hasta que nos coloquemos el de la boda».

El titilar de la llama iluminaba a ratos sus ojos color miel. «¿Te puedo decir algo?». Claro, que me lo diga, no había problema. Me dijo que tuvo miedo, que pensó que tal vez me iba a negar a su proposición. Sí, era verdad, no creía en el matrimonio como institución y lo consideraba anacrónico, hasta un instrumento de privilegio: la sociedad heteronormativa lo había mantenido como una forma de segregación a otras minorías como la nuestra. Impedir el acceso al matrimonio era su último baluarte, por eso comparaban el matrimonio igualitario con el bestialismo o con cosas sin sentido. Aún recuerdo la campaña de cientos de iglesias que pedían organizar marchas «Profamilia» o «para salvaguardar a nuestra nación». Imbéciles, haciendo marchas para impedir que dos personas se amen, pero ninguna contra la pederastia, el feminicidio o la corrupción.

—La verdad, verte hincado frente a mí me hizo olvidar de todo. Ahora solo quiero que llegue el día en el cual te pueda decir *esposo*.

La mesera interrumpió nuestra conversación sobre si la boda sería íntima o fastuosa, si iba a invitarse a mucha gente o a unos pocos, dónde iríamos de luna de miel y de la suerte que tuvimos de no haber viajado en el último año, porque así tendríamos un poco más de ahorros, cosas así. Al escucharnos, sonrió. Me quedé pensando si su sonrisa era sincera, al fin y al cabo, debía mantener la postura y compostura aun en las circunstancias más adversas. Miguel Ángel me preguntó: «¿Y si ella es como mi mamá?». Sonreí. «Pensaba lo mismo».

—¿Te parece en siete meses?

¿Siete meses? Sí, sería el tiempo suficiente para anunciar el compromiso, enviar las invitaciones y confirmar asistencias. «Claro, me parece buena idea». ¿Preferiría un hotel o una hacienda? Lo que sea estaba bien. Pero algo debía gustarme más. «Si me das a elegir, prefiero hacerlo al aire libre: una hostería o en la playa». Sí, a él también le gustaba la idea: «En la playa: los dos vestidos de blanco, mirándonos el uno al otro». Nuestro compromiso había acrecentado su cursilería. Y me gustaba.

Comimos algo muy rico, nos tomamos fotos. A regañadientes, me tomó una foto en la que enseñaba mi anillo. La subió a Instagram con un mensaje: «Dijo que sí». Luego subió otra dándome un beso en la mejilla. Los de las mesas de al lado mantuvieron su discreción y el personal del restaurante nos aplaudió cuando tomamos la *selfie*. En el postre, seguíamos

pensando en la boda, si viviríamos en el mismo departamento, cuánto de nuestros ahorros gastaríamos en la recepción o a quién pondríamos de testigos.

—Debemos hablar con nuestros padres.

Bajó la mirada. Comprendí lo inapropiado de mi sugerencia.

—O mejor hablemos primero con Victoria y con Leo.

Sonrió, más tranquilo. Solo quería que se sienta cómodo. Ese era nuestro momento y nadie tenía por qué arruinarlo.

Al día siguiente, temprano en la mañana, aún abrazados y cubiertos tan solo por la sábana —la intimidad de esa noche fue espectacular, supongo por nuestro compromiso—, Miguel Ángel le envió un mensaje de audio a Victoria: «Te esperamos a mediodía para una comida especial». Como había visto la historia en Instagram, no hubo necesidad de explicar más. Respondió: «Estaré ahí a las 12. Los quiero mucho». Él era muy apegado a Vicky, juntos habían superado muchas cosas. Más que su amiga, era la hermana que nunca tuvo, hermana que, sin quererlo ni pensarlo, se había graduado de Leyes y ejercía en un despacho muy elegante, situado en la zona comercial de la ciudad.

Llegó unos minutos después que Leonardo y Jacobo: «Perdona, pero tuve que dejar a mi hija con el papá». Nos abrazó con especial afecto: «No lo puedo creer, amiguito. No lo puedo creer». Miguel Ángel le dijo que tampoco lo creía, que solo hasta que despertó junto a mí y vio en mi dedo el anillo, supo que estábamos comprometidos. Ella dejó las fundas con comida en el mesón. Él protestó: «Te dije que íbamos a cocinar algo aquí». «Ya vas a tener toda la vida para cocinarle, como buen marido que vas a ser». Reímos. «Pero eso sí», le dije yo, «El postre que hice te lo comes». Leonardo protestó porque a él no le había ofrecido ningún postre. «Estoy cansado de que ella sea la favorita», dijo en son de broma. «Si crees que yo soy consentida, es de que veas cómo me la malcría a mi hija».

Yo era especialmente unido a esa niña, casi desde el instante en el que la conocí. El divorcio de Victoria fue duro, sobre todo por el resentimiento de ella ante la infidelidad de su esposo, así que me propuse que la niña no sufriera las consecuencias de la pelea que, al fin y al cabo, luego se volvió una relación cordial. «Si me la malcrías, te la regalo». «Tú me lo malcrías al Iván… karma, le dicen».

Miguel Ángel no era muy apegado a los niños, aunque jugaba conmigo y con la niña y también la consentía. Claro, no era como yo, que no me importaba disfrazarme o cocinar alguna golosina. Él era más práctico: jugaba con los muñecos, imitaba voces y compraba algo si les daba hambre. Nos complementábamos hasta en eso.

Cuando pasamos a la mesa, los cinco puestos estaban adornados muy elegantes. Leonardo codeó a Jacobo y le conminó a que él hiciera algo así. Reímos todos. Miguel Ángel ocupó la cabecera y yo me senté a su lado. Nos tomaron una fotografía: «Son la pareja más linda que existe, después de nosotros», dijo Jacobo. Victoria hizo el brindis. Mi prometido la miraba con admiración. Yo, con gratitud. Cuando estábamos iniciando nuestra relación, ella fue de gran ayuda para poder desenvolverme con Miguel Ángel: ¿qué le gustaba?, ¿qué podría regalarle? o si le quería dar una sorpresa, ¿cuál sería? A veces, cuando demoraba en el laboratorio y yo me enojaba o me ponía celoso, ella era quien me tranquilizaba.

Durante el almuerzo, les conté cómo me lo había propuesto, en medio de risas y alegría. «En realidad quería que fuera muy especial». «Lo fue», contesté. Leonardo nos contó la historia de cómo, en aquel bote que navegaba por el medio del río, Jacobo, con su cabeza recostada en su hombro, le pidió que vivieran juntos y no se separaran jamás. «No contesté, le besé la frente y

luego en los labios. Le dije que no iba a dejarlo nunca».

Cuando Jacobo preguntó si ya le había dicho a mi madre, contestamos que no. «En la tarde esperamos llamarla», dije. Estuvo muy contenta con que la vayamos a visitar. «No le dirás que nos vamos a casar, quiero que sea una sorpresa». «Está bien, amor». Claro, podríamos hacer un asado y no, que no se preocupe, que nosotros íbamos a llevar todo. No, en serio, no era molestia, que nos diera el gusto de poderla atender. «Que va a comprar cerveza y vino». Miguel Ángel dijo que estaba bien. «Me encanta que no sea como mi mamá».

La verdad es que, aunque fue difícil al inicio, mis padres no tuvieron mayor problema en aceptar que su único hijo era homosexual. Se enteraron al finalizar el último año del colegio. Antes, ya les había dicho que en mi curso había una pareja de chicos que parece que son novios. «¡Dios bendito!», dijo mi madre. «¿Y los curas están de acuerdo?». Encogí los hombros: «Así como novios oficiales no son, pero todos los del curso suponemos eso. Los curas ni han de estar enterados».

Para entonces yo tenía novia. Ella estudiaba en el colegio de monjas cercano y la había conocido en una fiesta. Según me dijo un amigo en común, yo le había gustado y la invité al cine, más por presión que por gusto: «Invítala, loco, no seas maricón». Salimos aquella y otras veces. En realidad, me sentía muy cómodo con ella. En otra fiesta, mis amigos me presionaron para que le pida que seamos novios: «Todo toca andarte diciendo. Ella está dispuesta a decirte que sí, solo espera que te le declares», me dijo uno. «Anda y hazle cría, maricón, para que te cures», dijo otro. Y claro, no fue difícil acercarme a ella y pedirle que seamos novios.

Nos fue bien y en realidad, fue un período de mi vida que disfruté mucho. No tanto porque la amaba —en realidad ni siquiera me atraía—, sino porque su compañía era más como la de la confidente que tanta falta me hacía. Todo comenzó a caer en picada cuando intentó tener sexo. La primera vez que topamos el tema, yo asumí el papel de puritano y le dije que no me sentía listo. Se mantuvo durante un tiempo tranquila, pero las condiciones a veces nos empujaban a hacer algo más. En una sesión de besos que tuvimos en su casa, me quitó la camiseta y yo la besé sobre su corpiño, pero abajo no funcionaba. «¿Estás bien?». «Algo nervioso, nomás». Me realizó una felación que, como era previsible, logró una erección que debí sostener imaginándome a alguien más, no recuerdo quién. Ese truco lo había leído en internet y funcionó bastante bien, hasta que ella me colocó el preservativo y mi pene poco a poco volvió a su flacidez. «Lo siento». «No pasa nada, Gio, si no estás listo está bien».

Lamentablemente, parecía que nunca estaba listo. En la última ocasión, ella se molestó y comenzó a llorar. «Me haces sentir fea». «No es eso, pero es que no me dan ganas». «¿Estás con otra?». En realidad, estaba con otro. No, no como una relación sentimental, sino más bien con encontrones esporádicos que concretaba por Grindr. «No hay nadie más», mentí.

—¿Qué te pasa?

Tomando fuerzas de flaqueza, me le acerqué y la abracé. Mientras sostenía su cabeza en mis brazos, le dije que el del problema era yo. «Eso es lógico». No me estaba entendiendo, que lo que pasaba era que realmente no me atraían las chicas. Me miró enojada. En el fondo de sus ojos podía ver su ira y su decepción. «Me engañaste». No, no la engañaba, yo la quería mucho, pero más como una amiga que como una mujer. Utilicé mal las palabras. Me abofeteó. «Porfa, no le digas a nadie». No lo hizo, pero me cortó enseguida y no supe de ella sino hasta mucho tiempo, cuando ya no me guardaba rencor… o tal vez solo un poco.

—¿Cierto que tu novia te terminó?

—Sí.

—¿Cierto que ella te engañó con otro *man*? La muy puta…

Habían hecho correr el rumor de que me había engañado, no lo corregí. Al fin y al cabo, yo terminaba bien parado mientras ella era considerada una *zorra* —si hubiera hecho lo contrario, a mí me hubieran alabado… y luego dicen que no hay machismo—. Mis padres me consintieron invitándome a comer lo que quisiera y hasta planificaron irnos de paseo, a la playa o algo así. «Es su primera novia, ya le va a pasar. Igual van a llegar muchas más». Tenía ganas de decirles que no estaba triste por la ruptura, sino porque sentía que vivía una doble vida.

Exploté al final de mi secundaria, aprovechando la borrachera en mi fiesta de graduación, cuando sentado en el asiento posterior del automóvil, les confesé con palabras que se arrastraban:

—Me gustan los hombres, me gustan los hombres…

Con la cabeza destrozada por la resaca, al día siguiente, mi padre me hizo sentar frente a él y preguntó si lo que había dicho era verdad. Pensé por un instante en decir que no recordaba nada, que solo fueron palabras de borracho sin sentido, pero no. Les dije que me gustaban los chicos desde hacía mucho. «Tal vez es porque terminó con su enamoradita», dijo mi mami. «No. En realidad, terminé con ella porque no podía seguirle mintiendo».

Mi padre, por su parte, se mantuvo en silencio. No decía nada. Temí que reaccionara mal, que me soltara un golpe, que me echara de la casa, pero no. Recordé a Tomás, entrando solo ese día al aula y a su mirada triste cuando le pregunté por Miguel Ángel. El Padre Rector nos dijo que se habían ido por problemas personales, tal vez económicos, pero yo sabía que había algo más. «¿Has hablado con Miguel Ángel?», le pregunté una vez. Él bajó su mirada y lo negó. «¿Es cierto que Miguel Ángel era… del otro equipo?». Silencio. El mismo silencio que tenía mi padre mientras mi madre seguía pensando en formas para componerme. «Tal vez si se consigue otra chica», «Es por estar mucho tiempo con sus amigos varones», «¿Sería bueno hablar de eso con el párroco?».

Mi papá la interrumpió, sin decir nada. Con los ojos llorosos, aquel hombre levantó su metro noventa de estatura y se acercó a mí. «Bueno, si me pega, me aguanto». Cerré los ojos esperando una bofetada, un puñete, algo brusco, pero recibí un abrazo fortísimo y su voz quebrada, diciéndome que me quería y que aquel que me hiciera daño, se las iba a ver con él. Mi madre no dijo nada, avergonzada. En la noche, pegado a la puerta de su habitación, escuché cómo discutían sobre mí: mi madre abogaba que podía cambiar y que no quería que me vaya al Infierno y mi padre, más práctico, dijo que a él le preocupaba que hicieran de mi existencia terrenal, un infierno.

—Es mi hijo, gay o no, es mi hijo.

No fue fácil, me costaba acercarme a ellos para pedirles consejo y no me sentía cómodo explicándoles que me gustaba algún chico y que no me podía corresponder. Luego de muchos años, cuando entré a la universidad y tuve mi primera relación formal, les pregunté si podía venir un amigo a almorzar el sábado. Se portaron cordiales y no hicieron preguntas incómodas. Mi padre tosió antes de entrar a la sala, pensando que con eso nos iba a alertar en el caso de que estuviéramos besándonos, y mi madre no nos permitió ir a mi habitación, por lo que bajamos al comedor la consola de videojuegos. Luego, con el pasar del tiempo y tras conocer otros chicos, se fueron acostumbrando.

Para cuando conocí a Miguel Ángel, muerto ya papá, mi madre era mi única compañera. Con el dinero de la herencia, ella hizo una póliza a mi nombre, para gastos futuros. Lo que teníamos, viéndonos solo los dos, lo vendimos y con eso acumulamos un capital que nos permitió subsistir mis últimos años de carrera y solventar muchos de mis gastos, hasta que pude trabajar en una

firma a la cual renuncié para irme a otra que me brindaba mayor libertad creativa y mejores ingresos, aunque me demandaba más tiempo —lo cual afectó a la relación que ya tenía con Miguel Ángel, quien estaba trabajando en una investigación que le tenía metido horas y horas y horas en el laboratorio—. «Cuídale mucho al Gío», le había dicho mi madre a él, «No dejes que sufra».

Lo cumplió.

—Mira, te hice una copia de mis llaves.

Era verdad, yo ya tenía la mitad de mi ropa en su clóset y vivía, al menos, tres o cuatro días en su casa, solo yendo a la mía para ver a mi madre, quien, ya acostumbrada a su viudez, se sentía más libre en salir con sus amigas o en estar sola, si bien en ocasiones el recuerdo de mi padre le atravesaba el corazón. «Lo extraño». Yo también lo hacía. Para solventar su soledad, me llevé solo a Iván y la dejé con Nicolai, el otro perro, quien resultó excelente compañía. Miguel Ángel, al tener una relación similar con su abuela, siempre estuvo pendiente de mi madre y, poco a poco, se convirtió no solo en compañía dominguera cuando yo estaba ocupado, sino que también fue su confidente y su consejero.

Por todo esto, cuando llegamos a la casa, ella nos recibió con un fortísimo abrazo. «Pasen, pasen», nos dijo, mientras hacía callar a Nicolai. Miguel Ángel, presto para hacer lo que le gustaba, que era cocinar, se dirigió al patio posterior y alistó la parrilla. Mientras, yo me sentaba en el desayunador y conversaba con mamá, quien, al ver el aro dorado en mi dedo, se emocionó. Llorando, llamó a Miguel Ángel y le reclamó que por qué nos habíamos guardado tan maravillosa noticia: «Queríamos darle una sorpresa». Nos abrazó y nos besó. Luego, mirándonos a los ojos, nos dio su bendición y nos pidió que fuéramos felices y nos dijo que ella siempre nos iba a apoyar. Sí, a ella le había costado mucho atravesar por todo esto, pero ya había comprendido que, en la clásica historia de Adán y Eva, a veces se da paso a la historia de Adán y Esteban.

—¿Y qué dijo su familia? —le preguntó a Miguel Ángel.

—No, mami, ellos no saben…

—Aún no le digo nada a mi abuela —me interrumpió—. Espero decirle mañana. Ya hablé con ella y estamos invitados a tomar café en la tarde.

—¿Y el resto de su familia? —siguió preguntando mi madre.

Silencio. Miguel Ángel tomó un poco de su cerveza y le dijo que su hermano estaba de viaje, que regresaba entre martes y miércoles y que en alguno de esos días lo iba a llamar. Suponía que se iba a alegrar con la noticia. «Giovanni lo conoce, no habla mucho, pero nos tiene cariño». «¿Y sus papás?». Hice un gesto para que lo inoportuno de la pregunta no afecte a Miguel Ángel, pero se mostró tranquilo: «No sé si le dije, pero no he hablado con ellos». «Podría ser una buena idea que llame, porque eso de estarse casando no es poca cosa». En realidad —le respondió—, no es que no quisiera, pero el único nexo entre ellos y él era Simón, y con él conversaba de otras cosas.

Miguel Ángel se rehusó a que mi madre nos sirviera y él dijo que, conmigo, íbamos a arreglar la mesa. «Para que vea tu mami que soy un hombrecito colaborador». «Ni tan hombrecito», respondí. Reímos.

—¿Para cuándo piensan casarse?

Habíamos dicho que en un plazo de siete meses. «¡Cristo, si no falta nada! Al menos ya están viviendo juntos… No sé, nunca estuve de acuerdo del todo con eso. Hay cosas que no entiendo aún: esto de la unión libre, de vivir antes de casarse, no sé, a su generación le hace falta compromiso». Al menos eso ya lo teníamos superado, dije, enseñándole el aro. Se sintió más

tranquila.

—En verdad, me gustó mucho que tengamos su bendición —me dijo Miguel Ángel al regresar a casa.

Tiempo después, me burlaba de él por cómo la había pedido. Siendo sincero, me parecía algo anacrónico eso de «pedir una bendición». Me remontaba a la Edad Media: «Señora, quisiera pedir su bendición para concederme la mano de su hijo, a cambio de una buena dote». Él reía no por mis bromas, sino porque recordaba lo nervioso que estaba antes de llegar a la casa materna. ¿Y si se hubiera opuesto? Ya suficiente era con su familia, para que mi madre también se oponga.

Al despedirnos, ella volvió a recomendarnos que hablemos con sus padres. «Lo que pasa es que mis papás no me apoyaron cuando les dije que era homosexual». «Pues creo que es un buen momento para hacer las paces. Como madre que soy, sé que la suya lo ama por sobre todas las cosas». No era la primera vez que se lo habían propuesto. En el almuerzo con Victoria, Leonardo y Jacobo, fue este el que le había sugerido retomar el contacto. «Solo me escribo con mi ñaño». «Pues va siendo hora de que, al menos, sepan que su hijo se va a casar».

Cuando nos acostamos esa noche, lo noté tenso. Al contrario que otras noches, esta vez lo abracé yo. Me dijo que no estaba seguro de decírselo. «Si te soy sincero, ni siquiera estoy tan seguro de decirle a mi ñaño, para que no vaya con el chisme». Aún recordaba los eventos con su padre y su abuela, el daño que se había hecho, el llanto, la ira de Simón, las terapias…

Suspiró.

—Si no quieres hablar con ellos, está bien, pero si quieres retomar contacto, estaré apoyándote de igual manera. Ahora yo soy tu familia.

Se mantuvo en silencio un momento. Podía intentarlo, pero no por medio de Simón, sino por medio de su abuela.

Capítulo 3

El teléfono sonó poco después de las tres de la tarde. La abuela contestó casi enseguida:

—¿Aló?

—Deme la bendición, abu.

—Dios te bendiga, mijito. ¿Cómo estás?

Pues estaba bien, saliendo del gimnasio. La estaba llamando para confirmarle que iríamos en horas de la tarde a tomar café. Yo, a su lado, secaba mi sudor y le mandaba a saludar. «Dice Giovanni que "Hola"». Sí, entonces, que alrededor de las cuatro o cuatro y media estaríamos llegando. No, no se preocupe, llevaríamos algo para acompañar el café.

—No entiendo tu manía de confirmarle a tu abuelita cada vez que vamos. Ella ya te ha dicho que, en caso de que no esté, tienes la llave y podemos entrar.

Se había acostumbrado a hacerlo. «Solo así estamos seguros ambos de que nos veremos». Le sugerí llevar unas empanadas, a lo cual accedió. «Conozco unas cerca de mi trabajo, abren todos los días». La señora me conocía y nos hizo probar una mientras empacaba el resto. Luego, fuimos a casa, nos aseamos y arreglamos.

Con las empanadas empacadas también llevaba un girasol, su flor favorita. «Cepillo». «Es que tengo que ganármela a como dé lugar». «Ya la tienes en el bolsillo. Ella te adora». Cuando la conocí no parecía así: me miró seria, de pies a cabeza. Miguel Ángel luego la excusó: «Tiene miedo de que me rompan el corazón otra vez». Yo tenía vergüenza de mi tatuaje, al que dedicó una mirada condenatoria. «No le importa eso, de verdad, tal vez le asombró, eso sí». Si supiera que tengo otros, me mataría. No, de verdad, la abuela era muy tranquila. Al principio, eso sí, era bastante reservada, pero luego tomaba confianza y yo sería para ella un nieto más.

Llegamos poco antes de que el reloj indicara las cuatro y treinta. Al golpe de la puerta, la voz de la mujer se escuchó desde adentro: «¡Ya voy, ya voy! No entiendo por qué les di la llave si siempre van a estar golpeando para entrar…». Nos miramos a los ojos y sonreímos.

—Mis bonitos, ¡qué gusto de verlos! Pero pasen, sigan nomás: estaba poniendo la olla para hervir el café.

Entramos y Miguel Ángel le entregó las empanadas. «Ya las voy a poner en una bandejita, para que no se hagan suaves con el calor». Le entregué el girasol. «Siempre tan atento, usted, tan lindo». Nos hizo sentar en la sala, si bien Miguel Ángel, reclamando sus derechos de antiguo habitante, entró a la cocina, se preparó un jugo, se sirvió algo de comer y se sintió más cómodo. Yo, a pesar del tiempo que la conocía y de la amabilidad que tenía para conmigo, me mantenía sentado, escuchando cómo la señora nos conversaba sobre su visita al médico y sobre cómo su amiga le había recomendado un jarabe buenísimo que servía para todo.

—Esas cosas no sirven, abu. Se va a enfermar más…

Solo después de habernos conversado de sus visitas al médico, de algunos chismes de los vecinos y de hablar —bien o mal— del Gobierno, se percató de nuestro atuendo:

—Y ustedes, están guapísimos. ¿Qué estamos celebrando?

Miguel Ángel corrió desde la cocina a sentarse a mi lado. Yo, algo nervioso, me dejé abrazar y me apoyé en su hombro cuando él le dijo que estábamos comprometidos y que nos íbamos a casar en aproximadamente siete meses.

Su rostro palideció. Sea dicha la verdad, ella no se emocionó como los otros, sino más bien puso una cara de preocupación: ¿Era legal? Sí, era legal. ¿Y dónde pensábamos vivir? En

realidad, el departamento estaba bien, por el momento, pero no descartábamos que, en unos años, podríamos comprarnos una casa en un proyecto donde yo estuviera trabajando —lo que resultaba barato porque el terreno sería gratis—. ¿Y qué pensaba mi familia? Mi madre estaba de acuerdo y ya nos había dado su bendición, ella era la única que me importaba. «¿Y ya le contaste a Simón o a tus papás?», preguntó a Miguel Ángel.

—De eso mismo queríamos hablarle, abu.

Fue muy sincero: él solo consideraba como su familia a ella y a su hermano. Nadie más. Sin embargo, por insistencia de mi madre y de nuestros amigos, había accedido a hacer participar de nuestro compromiso al resto. ¿Usted habla aún con mi mami, abu? «Claro, mijo, ella me llama casi todos los días y una o dos veces al mes viene a tomar café, a veces viene con el Simón y otras veces, con él y tu papá». Nos dijo que con mi futuro suegro no hablaba mucho. «Cuando viene acá no dice ni una palabra. Supongo que está bien, al menos eso me dice tu mamá». No, él no había hablado desde ya hace muchos años, «Todo lo que sé es por chismes de Simón». Ella trató de decir algo, pero me miró y se contuvo. Yo, un poco más oportuno, dije que iba a ir al auto a ver no sé qué cosas, pero Miguel Ángel me frenó. «Abu, ahora más que nunca, si debe decirme algo, puede decírmelo delante de Giovanni». No, que no era eso, solo que no entendía ese resentimiento que tenía a sus padres.

—¿Es en serio?

Apreté su mano, pidiéndole mesura. «Yo estuve ahí, Miguelito, no es necesario que me lo recuerdes». Pues parecía que sí. «Tenía diecisiete, ¿sí se acuerda?». Claro que se acordaba: el aspecto que traía, la confesión de Simón, los cortes, la pelea con sus padres, todo. Los ojos comenzaron a nublárseles a ambos mientras yo, a un lado, mantenía el silencio. «Pero ya han pasado casi diez años, creo que es momento de perdonar». «Diez años, nueve meses, veinte y pico de días», dijo Miguel Ángel en voz baja y a mí: «Sabía que no era buena idea».

—Tal vez sea lo mejor, digo, que vuelvan a tomar contacto, así sea por una última vez.

¿Yo también me ponía en su contra? No era eso, pero todos iban a preguntar por sus padres, además, los extrañaba, no tenía que mentir al decir que eso no le quitaba el sueño. «Siento cuando no puedes dormir y sé que es por eso». Su abuela, ante mi comentario, se incomodó, pero no me importaba, yo solo quería tranquilizarlo.

—Si quieres puedo hablar con ellos, para ver qué dicen.

Sí, estaba bien, que hagamos lo que nos dé la gana. «No seas grosero con tu abuelita». No era eso, pero parecía que era el único que recordaba el «Día D». Quise decirle que lo entendía, pero me contuve, porque yo, al menos, no había pasado algo parecido —no con mi familia—, así que lo abracé y les pedí a los dos que mejor olvidáramos ese tema, que vayamos a tomar el café. El café más incómodo que haya tomado.

De regreso a casa, conduje yo. Miguel Ángel, poco fiel a su cotidianidad, apenas ajustó el dial de la emisora y miró por la ventana todo el camino de regreso. «No entiendo: ellos me hicieron daño, yo tuve que vivir con mi abuela, cambiarme de colegio, romper con Tomás, alejarme de todos… y de algún modo debo hacer como si nada hubiera pasado y pedirles perdón». No queríamos que haga eso, solo que lime asperezas. «Al final, si no funciona, tienes en tu conciencia que trataste de acercarte a ellos, que de ti no ha faltado nada».

Sacó su celular y envió un audio a su hermano, él le respondió: «Hola enano, ¿cómo estás? No, no he hablado con mi abuelita ni me ha dicho nada. ¿Qué pasó?». Que no se preocupe, que mejor lo llamaba por teléfono. Le dijo que nos íbamos a casar, que hoy fuimos a contarle a su abuela sobre el compromiso y que «todos están empecinados en que haga las paces con mis papás». Si

bien no escuché la voz de Simón, pude adivinar que le decía, al menos, dos cosas: la primera, nos felicitaba por el compromiso, aunque él hubiera preferido que se lo diga como a todos: «Soy tu hermano, no cualquier hijo de vecina»; en segundo lugar, no estaba muy de acuerdo en lo de sus padres, pero si él quería, podía interceder para el acercamiento.

—¿Puedes venir mañana al departamento, luego del trabajo?

No, no podía. Salía de viaje durante quince días. «Te espero entonces a lo que vuelvas». Cuando colgó, su rostro circunspecto ensombrecía todo a su alrededor. Lo tomé de la mano y le prometí, como siempre, que lo apoyaba en todo, y le recordé que, si su familia no lo quería, él ya tenía una familia conmigo.

Esa noche, ambos no pudimos conciliar el sueño, pero ninguno de los dos dijo nada. Cuando sonó la alarma, yo ya estaba de pie y Miguel Ángel preparaba el desayuno. Que no olvide la computadora. No lo haría.

Nos despedimos con un beso.

Capítulo 4

Después del incidente en la casa de la abuela, no se volvió a hablar más sobre Miguel Ángel y su familia. Cuando la encargada de nuestra boda preguntó por ellos, contestamos diplomáticamente que solo irían mi madre y su abuela, «nadie más», enfatizó. ¿Había hablado con Simón? Sí, poco después de que llegó de su trabajo lo había telefoneado. Sí, la abuela le había dicho su versión de la historia y quería saber qué mismo pasó. Como no quería ahondar en detalles, se molestó y no han vuelto a topar el tema. «Deberías invitarlo». «No lo creo, lo más probable es que no pueda asistir. Ya sabes, asuntos de trabajo».

Victoria luego me contó el porqué de ese ostracismo hacia mi cuñado, su único aliado durante años: fue una tontería —pero ¿qué pelea no lo es?— y pasó poco después de que terminara con Tomás.

La relación entre ambos era bastante buena, claro estaba que —y eso Miguel Ángel no se había percatado— en las fiestas que Simón organizaba, solo iba él, nadie más. Alguna vez también invitó a Victoria, pero nunca a Tomás.

Y claro, luego supimos por qué.

Después de Tomás, a la vida de Miguel Ángel entró otro chico cuyo nombre dijo olvidar —y que tampoco estaba interesado en conocer—, con quien pasaba mucho tiempo juntos. Para entonces, se acercaba el cumpleaños veintiuno de Simón y este había organizado una fiesta apoteósica —«Porque ya era legal en todo el mundo»— a la cual estaba invitado, como era lógico, su hermano. «Tienes que ir, tú eres mi único ñaño y tienes que celebrar conmigo». Sí, estaría ahí, sin problema. «Puedes llevar a alguien, si quieres». Sí, estaba pensando en decirle a Victoria, pero estaba con novio. «Que vaya él también, no hay problema».

—¿Puedo ir yo con alguien?

Simón le respondió parcamente. «Sí, está de ver». Luego de un par de días, Miguel Ángel insistió. «Capaz le da recelo que vaya con alguien que él no conoce, con Tomás hubiera sido diferente», le había confesado a Victoria, quien le había aconsejado insistir una vez más. Lo hizo cuando estaban con su abuela.

—¿Puedo ir con alguien a tu fiesta?

Simón, al parecer, se sintió acorralado. No podía no contestar, como con el celular. «Te he estado preguntando esto ya una semana». «No vi el mensaje, te juro». Que no jure nada. Ya en su interior, él sabía la respuesta, pero ¿por qué la negativa?, tal vez Victoria tenía razón y tenía recelo de que lleve a alguien con el que no tuviera confianza. Eso se solucionaba, solo había que presentarlos antes. Podría ser en la casa de su abuela, o en el cine. «Claro, mijito», había dicho su abuela, «Hasta para que el amiguito de Miguelito se sienta mejor en su fiesta».

—No, no creo que sea oportuno.

Simón bajó la cabeza. Que no lo tome a mal, que él aceptaba que su hermano menor sea homosexual y que tenga relaciones afectivas o sexuales con quien quisiera, pero estaban hablando de llevarlo a su fiesta y, la verdad, le daba un poco de recelo. «¿Recelo de qué?». Que no se altere. Miguel Ángel estaba plenamente consciente que lo apoyaba en todo y él mismo se había fajado con sus padres para que fuera más libre, más auténtico. «Te quiero, ñaño, de verdad que sí». ¿Y entonces? Entonces nada, que no quería que sus amigos lo vean con su novio, le daba miedo cómo pudieran reaccionar.

—¡Pero si soy tu hermano!

Y por eso mismo trataba de protegerlo. «Tus amigos saben que soy gay, tú mismo les dijiste». Sí, pero una cosa era decirles y otra, que lo vean besándose con otro tipo. Además, no sabía por qué hacía tanto escándalo, ¿no iría Victoria? Bien podría decirle que no lleve a su novio y pasar con ella toda la noche. «No entiendo por qué quieres meterme dentro del armario ahora». No, no era eso. Él lo seguía queriendo y respetando, solo que no se sentía a gusto con que lleve a alguien, por eso a Tomás nunca lo invitó a nada —«Y mira que yo a ustedes los ayudé mucho»—. Estaba bien, no iba a insistir. «Loco, solo no quiero que vayas con un tipo. Por último, es mi cumpleaños». Sí, era cierto y no iba a insistir más. «No entiendo por qué haces tanto escándalo». Tranquilo, no había problema. «Todo sería más fácil si no fueras gay».

—Tú también, Bruto, ¿hijo mío?

Que le disculpe, que no fue su intención decirlo de esa manera… Miguel Ángel ya no escuchó más, le dijo que no había problema y que todo estaba bien, de hecho, iría con Victoria. Que no se preocupe de que lleve o conozca a algún otro amigo suyo, él entendía.

«Al final no fue, lo estuvimos llamando todo ese día, pero apagó el teléfono. Simón, sintiéndose culpable, luego de acabarse dos botellas de ron él solito, comenzó a llorar diciendo que era un mal hermano y no sé qué cosas más. Mi novio y yo le tuvimos que llevar cargando hasta la casa. Al día siguiente, nos pidió perdón por habernos ensuciado el carro». ¿Y Miguel Ángel? Nada, no habló con su hermano durante mucho tiempo y cuando reiniciaron contacto, gracias a su abuela, mantuvieron una relación cordial, pero no era igual a la de antes. «Lo que pasa es que Mickey creía que su hermano lo apoyaba en todo, pero cuando vio que no, se resintió con él».

Eso me retrotrajo a cuando yo le preguntaba sobre su familia. Entendí el porqué de sus respuestas cortas, veladas. A duras penas supe que «la relación con mis padres no es la mejor, pero por suerte tengo a mi abuela» y que «mi hermano me apoyaba, pero ahora estamos distanciados».

Cuando llegué al departamento y lo vi preparando, como siempre, algo de comer, me enterneció. En realidad, estaba solo. Ya Leonardo me había dicho alguna vez que, si le iba a hacer daño, que mejor me aleje. Ante mi solicitud de una explicación me confesó que Miguel Ángel se aferraba mucho a las personas y sufría mucho más cuando le fallaban. Ahora lo veía, esmerándose en preparar algo rico. En el fondo, no dejaba de ser el adolescente lleno de preguntas y de temores. Pero yo estaba con él y eso lo diferenciaba del que fue.

No pudo ni saludarme bien porque le planté un beso delicioso, lo que le hizo preguntarme qué pasaba.

—Nada, solo que a veces no te digo lo mucho que te amo.

* * *

Las reuniones con la organizadora eran periódicas y largas. Ella, al comienzo, había recogido nuestras ideas y trató, en lo posible, de unir todo lo que queríamos. Jacobo nos la recomendó: «Es excelente. Ustedes no tienen que preocuparse de nada. Yo la conozco muy bien». No se equivocó. Ella fue de gran ayuda para la organización, tomando en cuenta nuestros horarios y obligaciones.

Al principio se asombró de que no queríamos una fiesta fastuosa: pocos invitados, la mayor parte amigos, solo muy pocos familiares. Ella tenía una amiga jueza que nos podía casar dónde y

cuándo queramos, así que eso estaba cubierto. «¿Van a decir algunas palabras o votos?». Lo habíamos pensado y sí, queríamos. «¿Van a bailar vals?». En realidad, queríamos bailar tango —nos parecía más elegante—. No había problema, ella conocía a un bailarín que, en menos de un mes, nos armaba una coreografía espectacular.

—En la mesa principal, aparte de ustedes, su madre y su abuela, ¿no va a ir nadie más?

Victoria, que estaba presente con nosotros dándonos ideas, mencionó el nombre de Simón. Miguel Ángel lo excusó. «Lo más probable es que él esté trabajando. Además, no creo que quiera ir». La verdad sí, lo quería. Yo mismo lo había telefoneado y le había dicho que nos íbamos a casar, nos felicitó y se decepcionó un poco cuando le dije que aún su invitación no estaba confirmada. «¿Por qué hiciste eso?», me dijo a lo que llegamos al departamento. «Es tu hermano», le respondí. «Precisamente por eso, es mi hermano y yo sabré si lo invito o no».

—Pues él dijo que quería estar presente en un evento tan importante.

«Hay cosas que tú no sabes», me dijo. Quería decirle que sí, que sabía toda la historia, pero me contuve. «No importa el pasado. Importa nuestro presente y nuestro futuro». No había querido incomodarlo y antes bien, quería que se sienta apoyado por su familia, ¿no lo había hecho su abuela durante todos estos años? «Es diferente, Gio». «Queremos que no te sientas solo». «No lo estoy: te tengo a ti». Sonreí, era verdad, pero por mucho que lo ame, no podía compararme a un hermano.

El teléfono sonó semanas después, cuando el asunto parecía olvidado. Contestó Miguel Ángel: «Hola, Simón, ¿y ese milagro?». Quería hablar con él, ¿podía pasar por el departamento en horas de la tarde? Lo que pasa es que vendría la organizadora, para ultimar detalles. Que no se iba a demorar, solo quería saludarnos. Claro, no habría problema, que vaya nomás, a la hora que sea.

Llegó alrededor de las cinco. Minutos antes, la organizadora nos había dicho que todo iba viento en popa. «Hemos ahorrado muchísimo y la boda va a estar espectacular». Eso esperábamos. Yo estaba muy ilusionado y no había sensación más placentera que ir al sastre para que realizara los ajustes al frac. Miguel Ángel poco a poco ya se había relajado y también se dejaba llevar. Me molestaba, travieso: «Y pensar que tú eras el que no creía en el matrimonio, ahora eres el más emocionado». Y lo estaba. Cuando almorzábamos juntos, todo me parecía un sueño. «El sastre dice que parecemos modelos y que nos quiere tomar unas fotos, como publicidad». En realidad, ahora nos cuidábamos más en los alimentos y, cuando podíamos, entrenábamos juntos, si no cada uno lo hacía por su lado. «Vamos a ser la envidia de todos».

Cuando entró, Simón nos entregó una botella de vino: «Para celebrar», dijo. Yo me porté muy atento y Miguel Ángel bastante cordial. Simón sí, se notaba algo incómodo. Nos contó algunas cosas: que estaba saliendo con alguien, que se había mudado a otro departamento más grande, aunque más lejos de la ciudad y que su continuo ir y venir a veces le pasaba factura y lo agotaba mucho. «Hacer trabajo de campo no es fácil». Lo entendíamos. Preguntó por nosotros, cómo estábamos y qué había de novedades con lo de la boda. Miguel Ángel respondió que no había problemas, que casi todo estaba organizado. Hubo un silencio incómodo.

—Oye, quisiera pedirte…

—Quiero decirte que…

Rieron juntos, mientras yo, diplomáticamente, me había retirado a la cocina a preparar no sé qué menjurjes, si bien, en un departamento, las distancias son muy cortas y escuchaba todo. Simón pidió la palabra. Le pedía perdón por todo lo malo que pudo haber hecho.

—No es nada, no tienes que preocuparte…

—Déjame hablar, por favor.

Miguel Ángel obedeció. «La cagué», dijo Simón a bocajarro, pero que le entienda que nunca se iba a avergonzar de él. No supo qué le pasó esa vez, tal vez tuvo miedo —«Uno no sabe quién puede ser tolerante y quién, un perfecto imbécil»— o tal vez sí tuvo recelo del qué dirán. «La cagué, la cagué». Comenzó a llorar. No a mares, sino más bien quedito. Un par de lagrimones salieron de sus ojos y su voz se quebró a ratos. «Tranquilo, ñaño, no pasa nada». Claro que pasaba, dijo mientras tomaba algo del agua que le brindé, ¿no le había dicho que nunca lo iba a dejar solo?, ¿no le había prometido que siempre iba a estar junto a él?

Miguel Ángel también comenzó a llorar, los recuerdos también parecían hacer mella en su corazón. Me senté a su lado y lo abracé. «Podemos comenzar de nuevo», dijo al final.

Los tres sonreímos.

En la cena posterior —algo preparado al apuro, pero muy rico—, conversamos y reímos. Durante todo ese tiempo, muchas de las cosas que habían pasado —y que no se habían contado — fueron dichas, incluyendo el cómo nos conocimos, cómo comenzamos a vivir juntos, la pérdida de Iván y cómo fue de atropellada mi petición de mano. «Le prometí que le iba a comprar otro anillo yo, y ahí está. Se lo di hace poco, cuando cumplimos un mes más». «¿Y el de la boda?». Ya los habíamos mandado a hacer, estaban muy bonitos. «Me mandas las fotos, va a ser muy lindo ver cómo te casas».

—¿Y si mejor vienes a la boda?

Apenas hice la invitación, Simón miró a su hermano, esperando que él dé la respuesta. Él sonrió. «Si quieres. En verdad, yo estaría encantado de que vayas». No quería incomodar. «No te hagas de rogar», le insistió Miguel Ángel. Simón no se convenció de que su presencia sería bien recibida: «Pero creo que ustedes ya tienen todo listo». Que no sea bobo, que organice sus salidas y que nos acompañe. Estaba todo a tiempo, ni siquiera las invitaciones habíamos entregado, todo iba a estar bien.

Quien no estuvo tan de acuerdo con nosotros fue la organizadora. «Al menos solo es uno». No, en realidad Simón iba a ir acompañado. «Solo dos puestos más», acoté, no era mucho. Sí que lo era: las porciones del menú, el cambio de mesas, el número de invitados. «¡Pero si les pregunté si no iban a invitar a nadie más!». «Sí, pero es que mi hermano sí va a poder, lo siento». Tomando aire, nos dijo que no nos preocupemos, que ella lo iba a solucionar. «¿Seguro que no invitarán a nadie más?». Sí, era seguro ja, ja, ja. Listo: ya había hablado con todos, hasta con los de la imprenta, los partes nos los iban a entregar unos días más tarde de lo previsto, pero todo seguía a tiempo.

El día en el que le iba a entregar la invitación, yo tuve que quedarme hasta tarde en el trabajo. Miguel Ángel, entonces, llamó a su hermano para decirle que se encuentren en una cafetería cercana. «Claro, ahí estaré». Llegó algo tarde, de la mano de una muchacha muy simpática: «Te presento a mi novia», le había dicho. «Encantada».

Inicialmente habían pedido algo de comer, pero luego decidieron que mejor sería tomar algún bajativo. «Ella es guapísima, nada que ver con mi ñaño», me dijo con sorna. «¿Y va a ir a la boda?». «Sí», me contestó Miguel Ángel, «Ahí la vas a conocer, es muy agradable». «¿Y no tuvo problema con que sea una boda gay?». «Dijo que no, que tenía algunos amigos y hasta un primo que eran homosexuales». Quedamos en silencio durante un momento, hasta que Miguel Ángel me confesó: «Me siento bien que mi hermano nos acompañe ese día. En realidad, lo quiero mucho».

Le planté un beso y le recordé que, aunque todos le fallen, yo no lo iba a hacer. «Es bueno siempre dar nuevas oportunidades a las personas», le dije, «Has recuperado a un hermano y yo

me gané un cuñado».

Nos dimos otro beso. Todo iba saliendo de maravilla.

Capítulo 5

Me pidió que lo acompañe, pero yo no quería: «Si tu papá me ve, me mata». Que podía quedarme en el piso de arriba, en su antigua habitación. «Quiero apoyo moral, no es fácil volverlos a ver». Lo entendía —la verdad, no—. ¿A qué hora había dicho la abuela que iban a ir? Alrededor de las tres de la tarde, por eso debíamos salir más temprano, para esperarlos.

No pudimos. Por algunas cosas, nos demoramos y, para cuando nos abrieron la puerta, encontramos a sus padres sentados en la sala. Ambos me dirigieron una mirada fría, seria, mientras yo, tomando fuerzas de flaqueza, me acerqué a saludar a la abuela y a estrechar la mano de la madre y el padre. Contra todo lo que pensé, ambos reaccionaron de manera educada y no me dejaron con el brazo extendido.

Para cuando me excusé, diciendo que tenía que ir a ver unas cosas en la habitación de Miguel Ángel, este trató de retenerme. Se lo veía nervioso y pude adivinar que en su mirada había miedo. Pero ese asunto no me concernía. Le dije al oído que todo iba a estar bien y que, al menor problema, yo iba a ayudarlo enseguida. Me extrañó que no estuviera Simón, pero más tarde Miguel Ángel me diría que no lo habían invitado: «Mi abuela dijo que, en ese momento, los únicos que tenían que hablar conmigo eran mis padres. Simón era alguien aparte». Entendí que era un reclamo velado a mi presencia, y se lo hice saber. «Tú tenías que estar ahí por mí. Solo no lo hubiera podido». «Pero Simón te pudo dar ese apoyo».

En ocasiones me enojaba por lo descorteses que eran con él. Miguel Ángel, a pesar de hacer las paces, aún lo trataba con recelo y sus padres, por otra parte, jamás le perdonaron que se pusiera del lado del *enfermo* de la familia. No me extraña que, apenas haya conseguido un empleo, se haya independizado y decidido a vivir solo y lejos de su familia.

Subí a su antigua habitación, la cual no había cambiado desde su época universitaria. La había conocido una vez que aprovechamos la ausencia de su abuela para tener una de nuestras primeras sesiones de intimidad. Me acosté en su cama —una cama de una plaza que no sé cómo cumplió su cometido en aguantar la pasión de dos chicos con el pico de hormonas en lo más alto— y me dediqué a revisar mi Facebook. Abajo, mientras tanto, Miguel Ángel luchaba con sus padres.

Todo lo que sé de ese encuentro es gracias a Miguel Ángel, quien me lo contó esa noche, mientras tomábamos café. En definitiva, fue un encuentro del que se sabía que no iba a durar mucho y del que no se tenían muchas esperanzas de llegar a un buen puerto, por mucho que lo quisiera la abuela. Su padre comenzó. Con una actitud de ataque, había preguntado apenas me vio desaparecer en las escaleras:

—¿Y ese tipo?

La abuela trató de intervenir, diciendo que era un amigo de su hijo. Dentro de su círculo, *amigo* era el eufemismo para cualquier relación. Así, por ejemplo, Tomás fue su primer amigo, así como otros con el paso de los años. Miguel Ángel la corrigió: «Es mi novio. Giovanni es mi novio».

—No puedo creer lo que estoy escuchando…

Para romper la tensión, la anciana dijo que traería jugo. La madre, nerviosa, trató de iniciar una conversación preguntando sobre cualquier otra cosa: cómo le iba en el trabajo, qué había pasado con ese proyecto de la maestría, si no había pensado en cambiar de automóvil. Todas las preguntas las respondió: en el trabajo le iba muy bien; a la maestría ya había aplicado y tenía que esperar aún el proceso de selección, pero tenía buenas notas y mejores referencias, así que no

habría problema; sobre lo del automóvil, no, no pensaba cambiar por otro, tal vez después, había conversado conmigo para vender el que teníamos y comprar dos más pequeños.

—¿Y el tipo ese no trabaja o qué?

Manteniendo la serenidad, Miguel Ángel enfatizó que «el tipo ese» se llamaba Giovanni y que éramos novios. «Sí, sí trabaja. Es arquitecto. De hecho, él gana más que yo. Se hace cargo de casi todo lo de la casa». Su padre meneó la cabeza en desaprobación, suponiendo no solo que su hijo vivía con otro chico, sino que también este lo mantenía. «Sí, tu hermano nos dijo que estabas viviendo con otro chico como tú», dijo la madre. «Otro enfermito», dijo el padre.

—Y ni le cuento, hasta nos vamos a casar.

El padre dejó su jugo a un lado y viró los ojos. Miguel Ángel, victorioso de poder decirle que estaba haciendo su vida plenamente, continuó dándole detalles. Su abuela trató de suavizar la situación, viendo el rostro rojo del padre y los ojos llorosos de la madre, quien se veía atrapada entre sus dos amores: «En realidad, los chicos se conocen ya muchos años y hasta viven juntos. Creo que es lo mejor». «¿Lo mejor para qué?, ¿para ser el hazmerreír de todos?, ¿para traer la vergüenza a su familia?». «Lo mejor para dos personas que se aman», respondió Miguel Ángel, desafiante. «Tú no sabes lo que es amor. Desde que te metieron esas ideas tontas en la cabeza y te dañaste, piensas que eres normal».

La madre sostuvo a su esposo, quien mientras hablaba se enfurecía más y más y hasta parecía que quería propinarle un golpe. Mi novio se mantuvo inmutable: «Aquí nadie está enfermo». «Pues tú sí», le respondió, «Ya hemos tenido esta pelea antes, cuando te empecinaste en negarte a cambiar. Te metimos con un loquero, aplicamos mano dura, pero si no quisiste cambiar cuando pudiste, no creo que vayas a cambiar ahora».

—¿Cambiar?, ¿cambiar qué?

Yo seguía en la habitación. Me había aburrido ver Facebook, pasé por Twitter e Instagram, pero ya había visto todo, así que comencé a ojear algunos libros, encendí el televisor, y comencé a revisar los cajones o armarios para conocer a ese Miguel Ángel al que solo muy pocos pudieron conocer —capaz nadie, sino él mismo—. Abrí su clóset y no encontré sino poca ropa colgada que, a leguas, se notaba vieja, algo sucia y que le quedaba pequeña. Abrí los cajones de su veladora y encontré algunas fotos que había revelado de su cámara digital o de su celular. Recordé el colegio porque muchas correspondían a esa época, aunque había otras de su universidad y de algunos paseos con su abuela, con Victoria o con Leonardo. En un sobre café de manila, descubrí un paquete de fotos con otros chicos, supongo que sus enamorados. En todas ellas, él se encontraba feliz y a leguas se lo veía muy enamorado. Recordé a Tomás, del cual no había rastro.

Con esa curiosidad, comencé a hurgar en otros cajones. En uno de ellos estaba otro sobre grande, amarillo, protegido con cinta de embalaje y elásticos. Dentro, un cuaderno y otro paquete de fotografías: se presentó ante mí su historia con Tomás, pero más que eso, comprendí todo el odio que tenía Miguel Ángel dentro de sí. Con su letra diminuta, me revelaba cómo lo había conocido, cómo se habían enamorado y cómo afrontó su salida del clóset con su familia. Las fotografías solo hacían complemento a una historia que podía haber sido la mía o la de cualquier otro chico de mi edad, de cualquier edad. Reí recordando cuando Miguel Ángel, tratando de mediar una pelea, fue el que recibió el primer golpe. Pero también me puse celoso al saber que, gracias a ese golpe, Tomás y él iniciaron su relación.

Me retrotraje hacia mi adolescencia y cómo los envidiaba. Estaban juntos y podían hacer todo lo que yo no podía, porque tenía miedo. Yo no quería ser el otro mariquita al que bulleaban, bien

sea de frente o a mis espaldas. No, yo no quería llamar la atención ni que todos me dirijan sus miradas.

Recordando esa época, puedo decir que la historia de ambos fue una revolución dentro de nuestras aulas, porque en medio de un mar de chicos jóvenes, viriles y heterosexuales, había dos que no querían serlo: dos chicos que amenazaban el equilibrio en el que vivíamos y que, aunque nunca lo admitieron, sabíamos que eran algo más que amigos. Tomás, aunque con pluma, se ganó su respeto después de fajarse con dos o tres, un respeto entrecomillado, eso sí, porque a sus espaldas se decían cosas horribles.

Miguel Ángel, si bien era más masculino, no por eso tuvo el camino asfaltado. Ya desde antes era objeto de burlas y hasta algunas golpizas y creo que, hasta yo, alguna vez tuve la desgracia de hacerle la vida imposible. Cuando lo hablamos una vez, él me dijo que no importaba nada, que esas cosas ya habían pasado y que ahora estábamos juntos, felices, libres de amar y ser amados. Me daba paz y consuelo; sin embargo, en ocasiones la culpa venía.

Por lógica, no leí todo el cuaderno de corrido, sino algunas partes. Ese placer lo reservé para después, mucho después. ¿Qué pasaría con Tomás?, me pregunté. Supe que se fue de intercambio y luego tuvo la oportunidad de estudiar en el exterior. ¿Ya habría vuelto?, ¿se acordaría aún de Miguel Ángel?, ¿tendría algún recuerdo de mí, un compañero de su salón que apenas conversaba con él, pero que lo adoraba en secreto?

—¿Cambiar?, ¿cambiar qué?

Los gritos de Miguel Ángel rompieron mi ensimismamiento. Estaban discutiendo. Su padre le respondió algo, pero su voz más cavernosa hizo difícil poder descifrar sus gritos. Miguel Ángel le respondía:

—¡No me diga que no quise cambiar!, ¡no sabe lo que yo viví!

Envolví el cuaderno, las fotografías con Tomás y la cámara digital en mi chompa. En la noche, insomne, pude ver su contenido y me hizo amar aún más al Miguel Ángel al que no me acerqué y al que admiraba porque tuvo la valentía de revelarse como muchos no lo hicimos.

—No me faltes al respeto, Miguel Ángel. No te voy a permitir que…

—¡Ni yo le voy a permitir que me falte el respeto!

Yo ya estaba sentado en el descansillo de las escaleras, pendiente del rumbo que tomara la pelea. La abuela trataba de calmar los ánimos, pero tanto mi prometido como su padre poco caso le hacían.

No estuve presente cuando lo abofeteó, pero apenas escuché el duro golpe, bajé a la sala. Suegro o no, no tenía el derecho de maltratar a mi futuro esposo. Miguel Ángel no reaccionó, se estuvo sobando la mejilla y, tras sus lágrimas, veía con odio a quien, debiendo ser su padre, se comportaba más como un verdugo. Al verlo, sentí algo horrible que me salía del pecho y me dirigí hacia el padre. Por mucho que luego hiciera aspavientos y hasta me amenazara con un juicio por agresión, yo no le pegué, no lo hice. Lo empujé, sí, porque no podía permitir que ese otro golpe alcanzara a Miguel Ángel.

—¡Ya basta, por Dios! —la anciana lloraba, desconsolada.

El padre se levantó del sillón y lanzó otro golpe, no sé si dirigido a su hijo o a mí. Yo estaba de espaldas y poco pude ver. Solo sentí que mi prometido me hacía a un lado y recibió el puño en su boca. «¡Hijo de p…!». Ni siquiera pudo completar la frase, porque comenzó a sangrar. La madre, que estuvo ajena a la riña hasta entonces, protestó:

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Todo es por culpa del enfermo este.

El enfermo era yo. Miguel Ángel, por ende, me defendió: «Aprenda a llamarle "yerno", aunque se demore».

—Eres un mal agradecido, un mal hijo. Mira cómo haces sufrir a tu madre…

La señora se había puesto a llorar amargamente. Se acercó la abuela, secándose sus lágrimas y la rodeó con un brazo. Dijo algo a su oído, algo que no alcanzamos a escuchar y a lo cual ella se negó. Miguel Ángel, mientras tanto, se estaba limpiando la sangre con un pañuelo que le entregué. «Mírame a los ojos», le decía yo, «Mírame a los ojos». Me obedeció, aunque de a ratos dirigía su mirada a su padre, quien seguía gritando algunas barbaridades. En alguna ocasión también miró a su madre, quien se mantenía llorando. «Mírame a los ojos». El color claro de sus iris contrastaba con el rojo de sus escleras. Lo abracé, lo cual hizo que su padre vociferara otras cosas más y a mayor volumen. Mi novio respondió: «Si piensa que no le voy a responder, está muy equivocado». Yo trataba de tranquilizarlo, pero era imposible, seguían discutiendo.

—Vámonos a la casa, amor.

Miguel Ángel me obedeció, recapacitando en que, si seguía la gresca, no iba a pasar nada bueno. Recogió del sillón su chompa y me tomó de la mano. Desafiante, repitió mi orden en voz alta, enfatizando muy clara la palabra *amor*. «¡Lárguense!», nos dijo su padre. «¡De mi casa no se va nadie!», dijo la abuela y nos mandó a sentar a todos.

Se podía percibir la tensión. En un lado, Miguel Ángel seguía limpiándose la sangre del labio y yo trataba de tranquilizarlo. En el otro, el padre, furibundo, bufaba con ira y la madre se enjugaba las lágrimas. La abuela, suspirando para tomar fuerzas, se puso en el medio de ambos grupos y nos explicó que había tenido la esperanza de que por fin vuelvan a hacer las paces. Miguel Ángel, con la voz quebrada, intervino: «Por un momento pensé que podíamos ser una familia de nuevo». El padre lo interrumpió: «Somos una familia, siempre y cuando tú recapacites y dejes ese estilo de vida». Mi novio permaneció inmutable: «Hasta pensé que podían asistir a nuestra boda, que estén presentes en nuestra alegría, que reciban las felicitaciones porque nos casamos, pero me equivoqué».

—Pero, hija, di algo…

La madre de Miguel Ángel permaneció en silencio. El padre gritó: «Señora, no se meta». Añadió que ya era suficiente con que otra vez haya intervenido en un asunto que era exclusivo de la familia y que le haya alcahueteado a Miguel Ángel «tantos años de mariconada y perversión». Nuevamente le pedí a mi novio que nos vayamos, que no íbamos a conseguir nada y que —compartía con él—, esto había sido un error. «Pero ¡por Dios! No puede ser posible que sigan peleados». La culpa no era nuestra —le dije—, porque hasta yo había intervenido para que entre Miguel Ángel y sus padres vuelvan a tener una relación que jamás debieron perder. Y pidiéndole perdón, me despedí en nombre de ambos.

—¿Vas a dejar que tu hijo se vaya así de tu vida, otra vez?

Nos detuvimos en la puerta, esperando que diga algo. Sí que lo dijo: «Nosotros amamos mucho a Miguelito, pero no podemos ser cómplices de semejante abominación». Su esposo sonrió triunfante: tenía una aliada. «No puedo creer que prefieras perder a tu hijo». Miguel Ángel se sintió desolado y se despidió de su abuela, a lo lejos. «¡Tú no te vas!», dijo la anciana, acercándose a nosotros. «Esta es su casa».

Abrió la puerta y dirigiéndose a su hija y a su yerno, les conminó a irse.

No hubo ningún intercambio de palabras ni de gestos. Salieron en silencio —él, henchido el pecho, victorioso, y ella detrás, secándose las lágrimas—. Antes de cerrar la puerta, la mujer cruzó una mirada con su hijo, una única mirada que no supe interpretar bien, pero que parecía

una exhortación al perdón. La abuela cerró la puerta con llave y nos pidió que nos quedemos el tiempo que queramos. Se sentía culpable. «No pensé que esto iba a pasar». Señora, qué podía esperar, iba a decirle, ¿cantos de pajaritos y un arco iris? Obviamente me contuve. Acompañé a mi novio a sentarse mientras sentía que se derrumbaba en mis brazos. «¿Por qué?», me preguntaba, «¿Por qué mis papás me odian?». No tenía palabras para responderle. No lo sabía. Mi padre me apoyó y mi madre, aunque al inicio le costó, nunca tuvo esa actitud conmigo.

Con las manos temblorosas, la abuela nos entregó sendas copas de infusión de tilo «para los nervios», dijo, mientras seguía pidiéndonos perdón por todo lo que había pasado. Miguel Ángel se tranquilizó un poco y se preocupó por ella. Sabía que sus intenciones habían sido buenas, que no pasaba nada. Que, en realidad, le había servido para darse cuenta de que ellos no iban a cambiar y que era una carga menos que llevaba en sus hombros. Que más bien se tranquilice, capaz se le subía la presión. «Sírvase un tecito para usted también». Para cuando nos despedimos, hasta hizo una broma y dijo que la próxima semana la llevaríamos a comer algo, en desagravio por el altercado.

De regreso, apenas cruzamos palabra. Para que piense en otras cosas, le dije que había visto algunas fotos suyas, del colegio. «Mira, hasta un cuaderno». «¿Lo leíste?». «No», le mentí. «Lo escribí como terapia. Luego me lo prestas». «En el colegio estaba enamorado de ti», le confesé. Sonrió. «Nunca me imaginé que eras gay». Hasta llegar a casa, conversamos sobre aquella época, que parecía tan distante. Los ánimos estaban relajados.

Antes del beso de buenas noches, le repetí que lo amaba y que yo sería su esposo, su familia, su todo, siempre. Se acurrucó en mis brazos y poco después sentí cómo su respiración se hacía cada vez más pesada y acompasada, mientras yo, con un nudo en la garganta, pasaba la noche en vela por el espectáculo que había presenciado.

* * *

—Acabo de hablar con mi mamá…

La noticia me dejó en shock. Me contó que había estado esperando a Simón, quien lo había invitado a tomar un café. Lo estaba esperando cuando la vio entrar con él, «Irreconocible: bastante flaca y triste». Ambos se sentaron. Como era previsible, Miguel Ángel se incomodó y, según me diría luego, hasta pensó en irse, pero no quería ocasionar un escándalo y, fingiendo serenidad, saludó cortésmente y pidió tres cafés, «nada más por el momento». Simón comenzó todo: dijo que había ido a la casa de sus padres y que, conversando de cualquier cosa, había salido lo de la boda y lo que pasó con la abuela.

Como era de esperarse, su padre había comenzado a vociferar que eso era una abominación a los ojos de Dios y que traería vergüenza a la familia. «¿Más vergüenza que el tío alcohólico o que el tío infiel a quien se le aparece un hijo nuevo cada año?». «Sí, porque son cosas diferentes. Esas cosas Dios sí las perdona». Simón, impávido, le había dicho que estaba invitado a mi boda y que ya tenía la invitación. Como una última esperanza, había pensado en regalarles su invitación para dos personas a ambos.

—No podemos creer que sigas alcahueteando esa depravación.

Era su hermano y estaría ahí. Ya suficientes errores habían cometido como para seguirlo atacando. «¡Es parte de nuestra familia, por Dios!». Sí, la oveja negra. «Por qué no pudo ser cómo yo: ¿responsable, trabajador, un hombrecito a carta cabal?», había gritado su padre. «Él

nació así, papá, tienen que entender». «Nadie nace así: eso significaría que Dios lo creó imperfecto y eso es una blasfemia». «¿Y si Dios lo creó así y para Él es perfecto?, ¿o seguirán empecinados en decir que Dios lo odia porque no le gusta una mujer?». «Dios ama al pecador, pero aborrece el pecado». «¿Y no es suficiente pecado el despreciar a un hijo, pegarle y humillarlo… o ese pecado Dios no aborrece?».

—Sí, yo tuve la culpa. Pensé que podían cambiar de parecer —dijo Simón.

Miguel Ángel se había mantenido en silencio: «Con lo llorón que soy, ni siquiera enjugué una lágrima —me dijo orgulloso—. Hasta pensé que ya se me habían secado todas las lágrimas y no podía llorar más». Luego, después de tomar un sorbo de su café, había dicho que ese asunto para él estaba finiquitado y que no quería volver a saber más de su padre. Ya suficiente había sufrido y era el momento de cerrar puertas y seguir adelante.

Entonces su madre habló.

Le pidió perdón por cómo había actuado en todo ese tiempo. Sí, para ella saber que uno de sus hijos no era «un varoncito» le había impactado. «Nunca te vi jugar solo con niñas, nunca te vi vestirte como una o jugar a ser una mujer». «No todos los homosexuales quieren ser mujeres, mamá. Muchos somos felices siendo hombres, solo que nos gustan otros chicos como nosotros. Aun así, en el caso de que quisiera ser una mujer, no habría problema». Que la dejara hablar. «Busqué ayuda en el cura y hasta en un Pastor y ambos decían que estabas mal, que podías cambiar. Cuando comenzaste a ir a la terapia, pensé que teníamos una oportunidad, pero no. Luego hubo ese problema de que tú te hacías daño y yo no sabía qué pensar. Creía que nos estabas manipulando» —«¿Puedes imaginar?, pensó que yo lo hacía por llamar la atención»—. Su madre comenzó a llorar, diciendo que se sentía culpable porque había comprendido que ella era una de las causas por las que hizo lo que hizo. Simón le había dicho que ella, sobre todo, era su madre y con ella, él debía sentirse protegido. «¿Qué clase de gallina hace a un lado a sus polluelos para que les hagan daño?», había dicho, parafraseando el Evangelio.

—Si quieres que te sea sincero, sentí pena por ella. Era como que recién hubiera abierto los ojos a mi realidad. La sentía sola, desprotegida, indefensa…

Sí, había actuado mal, y le pedía perdón. Nos daba su bendición y nos decía que, si bien no aceptaba muchas cosas, tampoco iba a cerrarse ni a hacernos a un lado. «Además, ese muchacho —refiriéndose a mí— parece bueno. Se ve que te quiere». No mentía, yo lo amaba con locura. «¿Entonces irás a mi boda?». No, y que por favor no le insista: no quería que eso sea una piedra de tropiezo con su esposo. «Te quiero mucho y te acepto, pero no me pidan que me ponga en contra de su padre». Estaba bien, no había problema. «Además, yo ya estoy vieja y no quiero quedarme sola. Ustedes cada cual ya tiene su vida y yo estoy sola con su papá». De verdad, que no se justifique. Él entendía.

—Al final, nos despedimos con un abrazo. No sabes cuánto me hacía falta un abrazo de mi madre. Quedamos en que ella nos iba a dar algo de dinero, a través de Simón y él confirmó su asistencia.

—En medio de todo, fue algo que esperábamos todos. Digo, eso de que hagas las paces con tu familia.

—Sí, al menos con mamá. Mi padre es un caso perdido.

Me dio un beso y se acurrucó en mis brazos. Al contrario que otras veces, concilió el sueño mucho más rápido y yo dormí más tranquilo. Sabíamos, en nuestros corazones, que él los había perdonado y eso nos quitó, a ambos, un gran peso de encima.

Capítulo 6

El día de nuestra boda me desperté a las cinco y media de la mañana, sin ayuda del despertador. Miguel Ángel, a mi lado, dormía plácidamente, así que, en silencio, planifiqué lo que íbamos a hacer ese día. Releí los mensajes de la organizadora, quien insistía que lo único que teníamos que hacer nosotros era estar ahí, elegantemente vestidos. Ella ya había coordinado con Leonardo y Victoria para que nos recojan —«Van a llegar con tiempo de sobra»—. Que de lo demás, ni me preocupara. Ella misma iría a retirar el pastel y los bocaditos y dejaría todo organizado para cuando llegaran los invitados. «La jueza tiene un compromiso previo, así que tal vez llegue un poco tarde, pero eso ya lo tengo solucionado: el trío de cuerdas hará una presentación».

Yo me encontraba preparando el café cuando él se levantó y me dio un beso. «No es un desayuno como a los que me tienes acostumbrado, pero está rico». De verdad, lo estaba. Algo ligero —ya comeríamos lo suficiente— pero hecho con todo el amor del mundo. «Oye», me dijo, «¿No es de mala suerte que los novios se vean antes de la boda?». «¿Es en serio?», le respondí. «Claro, al menos esa es la tradición». «Nosotros somos todo, menos tradicionales, mi amor… además, Victoria va a pasar por ti a mediodía, porque te arreglarás en su casa». Era verdad. «Tú vas a ir con Leonardo y Jacobo, ¿cierto?». «Claro». «No estarás pensando dejarme plantado en el altar, ¿no?». Reí con franqueza. Sí, estaba planeando irme lejos, de viaje, con alguno de mis muchos amantes. «Eres un tonto». «El tonto eres tú, que piensas que podría dejarte plantado».

No voy a negar que estábamos nerviosos. Se notaba. A pesar de que nos metimos a la ducha, de que nos hicimos mascarillas y otras muchas cosas, los nervios estaban ahí e hicieron que Miguel Ángel brinque asustado cuando Victoria timbró, anunciando su llegada. «Nos vemos en unas horas, mi amor». «Te amo mucho». Lo vi cerrar la puerta y, tras unos minutos en silencio, solté el grito más fuerte que haya podido dar, un grito catártico, que me hizo sacar todo el miedo, los nervios y las emociones que sentía. Ya más calmado, hice un poco de ejercicio, luego de lo cual volví a la ducha, comencé a acicalarme y en unas horas ya me estaba enfundando el frac negro con chaleco mostaza.

Minutos después, llegaron Leonardo y Jacobo:

—Pareces un muñeco. ¡Estás hermoso!

—Pero relájate un poquito, niño. Tienes una cara de angustia…

Para relajarme, sirvieron algo del vino que teníamos e hicieron un brindis. Tomé de golpe todo el contenido del vaso. «Pero si has tenido sed, ¿no? Hubiéramos traído algo más fuerte». Me sirvieron otro poco y comenzamos a reír de cualquier cosa. «Bueno, se hace tarde. Vamos». Me mandaron a cepillar los dientes y, una vez listo, me dieron un beso en cada una de mis mejillas.

En el camino, me escribía con la organizadora. «Tranquilo, Gio. Todo va a estar bien». Ella debía estar tan nerviosa como yo y no era para menos. Si bien nuestra fiesta era pequeña en comparación a otras, no dejaba de ser un evento importante y, en honor a la verdad, ni Miguel Ángel ni yo éramos unos angelitos. Legendaria fue la pelea que tuvimos los tres por el menú que íbamos a brindar.

Para cuando llegué, muchos de los invitados ya estaban asignados en sus mesas, así que los saludé cordialmente y ocupé mi lugar, en una de las sillas que habían puesto adelante, frente a un arco de claveles blancos. El movimiento de mi pierna era cada vez mayor. «¡Mierda, los anillos! No, los tiene Leonardo». Llegó mi madre y me tranquilizó un poco. «Estás hermoso, bebé. Eres el hombre más guapo de todos». Bueno, era mi madre, tenía que decirlo, pensé yo. Me hizo

compañía un momento. Entre tanto llegó mi futuro cuñado, acompañado de una chica muy guapa, a la que presentó como su novia. «Encantada de conocerte, Simón me habló mucho de ti». Sabía que era una formalidad, así que le mentí de igual manera. «El gusto es mío. También nos ha hablado de ti». No dije más, porque el trío dejó de tocar y la jueza se instaló. Todo estaba listo para iniciar. «¿Y mi esposo?». «Él ya llegó. Quiso entrar a último momento. Ya sabes, *drama queen*».

Cuando lo vi entrar, todo el mundo se apagó alrededor: no escuchaba la música, no veía a nadie sino solo a él —vestido con frac y chaleco marrón—, un dios olímpico que bajaba, como en las leyendas antiguas que leía cuando niño, y se hacía terrenal para amarme a mí, un simple mortal. «Estás precioso». «No tanto como tú, mi amor».

La ceremonia fue corta. Todos lloraron cuando dijimos nuestros votos e intercambiamos los aros. Los testigos —y, a la vez, padrinos— de nuestra boda también dijeron unas palabras. Antes de recibir la lluvia de arroz y pétalos de rosas, me dedicó un soneto shakesperiano. Bailamos largo rato, primero los dos, luego él con mi madre y yo con su abuela y viceversa. «Es real», recuerdo que le dije a mi madre, «Me estoy casando y tengo un esposo». Sí, me contestó, era real.

Antes de la cena, proyectamos un vídeo que había elaborado, que contaba nuestra historia y en el cual le hacía una serie de promesas. Él no lo sabía, así que se emocionó mucho y me agradeció con un beso que todos aplaudieron y avivaron. En el vídeo, fotografías de nuestra niñez y la única fotografía de nuestra época colegial en la que estábamos juntos —una fotografía grupal de esas que se entregan al final del curso, como recuerdo—. Las fotos que había tomado del sobre amarillo también estaban ahí. Sonrió al ver a Tomás y yo le tomé la mano. Me preguntaba: ¿qué sería de él?, luego de que se fue de intercambio, según Victoria, apenas retomó el contacto con Miguel Ángel y cada uno tomó su camino, algo que, a la larga, me benefició a mí.

—Gracias, mi amor. Me encantó tu regalo.

Esa noche bailamos hasta que salió el sol. A la tarde siguiente, nos embarcamos en el avión que nos llevó durante doce días a nuestra luna de miel, la cual fue deliciosa cada segundo.

Cuando regresamos, en horas de la madrugada, al fin a nuestro departamento, nuestros amigos lo habían arreglado primorosamente. En la mesa de centro, una foto de ambos en nuestra boda iluminaba la habitación. A los pies, un papelito en el que adiviné la letra de mi madre, donde se leía: «Ámense cada día, un poquito más».

Y eso juramos hacer, siempre.

Epílogo

Escribo esto al año exacto de la boda. Hace unas pocas semanas, Giovanni me pidió que arregle unos cajones para tener más espacio. Dentro de estos, encontré el sobre roto con las fotografías, la cámara y el cuaderno, mi cuaderno. La psicóloga me había dado algunas opciones para poder desahogar toda la ira que tenía y decidí escribir lo que había pasado. Me alivió mucho. Ahora, volviendo a leer lo que viví, no dejo de pensar que todo comenzó porque me enamoré de Tomás. Habría que pensar qué habría pasado si no lo hubiera conocido. Tal vez nunca hubiera salido de ningún armario y ahora estaría casado con una chica, esperando tener un hijo, viviendo un engaño. Conozco personas que hacen eso. Es triste.

Por suerte, el asunto con Tomás me dio fuerzas para poder salir y ser auténtico. Claro que no fue fácil y eso se nota. Pero las cosas pasan por algo y ahora estoy libre para poder amar a quien yo quiera, y afortunadamente, Giovanni me ha correspondido en ese amor. Un año, ¡quién lo hubiera imaginado!

Nuestra boda fue uno de los eventos más comentados entre nuestro círculo. La organizadora hizo todo de lujo y yo, algo entonado por los cocteles, se lo agradecí con un beso. Ella no reaccionó mal a mi efusividad, si bien Gio, algo avergonzado, me excusó. «Lo hice con el mayor placer, chicos. Los quiero mucho».

Cuando Simón se acercó a despedirse, yo estaba bailando con Victoria. Nos interrumpió. Me llevó hacia un rincón y me dijo lo mucho que me quería y, en un sobre, me entregó dinero. «No tenías que haberte molestado». «No es mío, enano, te manda mi mamá». Su ausencia me hizo daño. En medio de la pista podía ver a mi esposo bailando con su madre y la mía se había ausentado de mi propia boda.

«Ella te quiere, en verdad que sí». Las palabras de mi hermano me sacaron una sonrisa. Sí, a su modo, supongo. No he hablado con ella desde el velorio. Por Simón me he enterado de algunas cosas, como que mi padre tuvo que cambiar de trabajo debido a un despido intempestivo y que ella ha dejado de trabajar también, para dedicarse por completo al cuidado del hogar. Que preguntan por mí, inclusive mi padre, para saber si estoy bien o no. «Siempre les digo que estás mejor que nunca».

Mi hermano ahora es un asiduo visitante a nuestra casa. Mantiene aún la relación con su novia, quien, según pensamos, podría estar embarazada, aunque eso no nos lo ha confirmado aún. Durante los primeros meses de nuestro matrimonio, cuando organizábamos algún paseo, ellos nos acompañaban y hasta les dimos la confianza para que, cuando Simón viaje, ella nos acompañe o se quede a dormir con nosotros. «Puedes quedarte en mi antigua habitación», le he dicho.

Terminó siendo una gran amiga y confidente.

Ahora vivimos en la que fue la casa de mi abuela. El departamento lo tenemos en arriendo y eso nos ayuda mucho con los gastos, aunque nuestro trabajo, por suerte, nos permite vivir holgados. Nos mudamos a los pocos meses de su fallecimiento, según sus propios deseos plasmados en el testamento que realizó cuando se le diagnosticó un cáncer para el que ya no había tratamiento posible. Giovanni me ayudó mucho con la pérdida, porque yo me sentía devastado, había perdido a mi segunda madre. «Al menos nos vio siete meses como esposos», le dije.

El día del velorio fue la última vez que pude intercambiar algún gesto con mis padres. Él se mantuvo educado y respetuoso, si bien en su rostro no podía esconder su incomodidad. Ella, destrozada, nos abrazó a ambos y en mis brazos se quebró completamente. Siendo sincero, pensé que con la partida de mi abuela toda aspereza en nuestra familia se hubiera limado, pero no. Después del entierro, mi esposo y yo tomamos nuestro camino y mis padres tomaron el suyo.

Victoria nos acompañó en el velorio, pero no en el entierro. «Tengo que ir donde el abogado para ver si ya finiquitamos todo». Su divorcio fue largo y en ocasiones las peleas se agudizaban, hasta que tomaron conciencia y se dieron cuenta que nada bueno sacaban discutiendo y menos, delante de su hija. «Si él quiere llevarse todo, que se lleve, yo no voy a estar rogando nada a nadie». No lo hizo. En una de las mediaciones, solucionaron todo y eso les ayudó para mantener una relación cordial, la cual persiste. Su hija está más tranquila también y sigue siendo nuestra consentida, sobre todo de Giovanni, por quien se desvive. «¿Cuando estaban en el colegio ustedes eran novios?». Le dijo que no, que nos habíamos conocido, pero que ni siquiera podíamos decir que éramos amigos. «En esa época yo tenía una novia y él estaba con un chico». Me sonrojé cuando ella me preguntó si mi novio era guapo. «No tanto como el Gio», dije.

Mentiría al decir que no he pensado en Tomás. En ocasiones desde antes de la boda, y un poco más seguido luego del video que proyectaron en la misma, pienso en él y, sobre todo, en qué hubiera pasado si él no se iba de intercambio. El día que encontré las fotografías y este cuaderno, me transporté hacia el colegio y en cómo viví esa época: Tomás presentándose ante la clase, la pelea con Rafael y Jorge, el beso en el baño, nuestra primera vez, el apoyo que tuve cuando salí del clóset, el viaje que hicimos juntos, nuestra graduación y la discusión que tuvimos cuando me anunció que se iría de intercambio «pero que íbamos a seguir juntos cueste lo que cueste». Me prometió que iba a volver y que todo iba a ser como antes. Por su madre, y luego por él, supe que iba a quedarse estudiando en el exterior. Cuando decidimos, por videollamada, cortar con todo, lloré como no lo había hecho en mucho tiempo. Sentía que me habían arrancado una parte de mi corazón.

Por suerte, luego de algunos chicos, conocí a Giovanni. ¿Sería que Tomás también conoció a alguien? Entré a su Facebook, pero la mayor parte de su contenido estaba oculto. Intenté con Instagram y en su perfil lo pude ver: las últimas fotografías eran aquí, por lo que deduje que regresó. Mantiene su misma belleza, si bien ahora su rostro se acompaña de una barba dorada bastante poblada. En la mayoría de sus fotos, inclusive en la que está en el lago, se acompaña de otro chico, algo menor. Supongo que es su novio. De sus primeras fotografías, muy pocas quedan. Me gustó que mantenga la fotografía del peluche que le regalé. Yo aún mantenía algunos de sus regalos.

Leonardo me dijo que lo había encontrado en un centro comercial: que ahora está estudiando una maestría y que vive con sus padres. «No hablamos mucho, pero se despidió con un abrazo y me pidió que los salude a todos». Sonreí. Le confesé que iba a seguirlo en Instagram y a enviarle una solicitud de amistad por Facebook, pero que me contuve. «Las cosas del pasado es mejor dejarlas así».

Durante esta charla, Leonardo me confesó que, con Jacobo, estaban pensando en comprarse un departamento, pero no sé si lo harán, porque para cuando escribo estas líneas, están peleados, no sé por qué. ¿Infidelidades, quizás? No sería la primera vez que escucho algo así de ellos, pero, como digo, solo estoy elucubrando.

Me ha llamado Giovanni y con esto espero terminar estas notas. Quedamos en vernos en un momento para celebrar nuestro primer aniversario de esposos. No sé qué tenga preparado, pero

yo contraté un paseo en carroza. Por desgracia, nuestros horarios —y las horas extras que estamos haciendo, para solventar los gastos de la boda—, nos impiden hacer algo más, pero lo importante es que seguimos juntos y, como se lo habíamos prometido a mi suegra, no hemos dejado de amarnos cada día, un poco más, aunque a veces es difícil, no solo por la convivencia, sino porque seguimos inmiscuidos en un mundo que nos odia por ser diferentes, por amar distinto, por ser auténticos.

Pero, si me preguntan, no cambiaría este amor por nada del mundo.

Lecturas recomendadas

Verde verde (Penélope Peralta Furet)